

*Islas  
Afortunadas*

*por*

**L. GARCIA DE VEGUETA**



**L**UIS GARCÍA DE VEGUETA nació en Las Palmas (Gran Canaria) durante la primera guerra mundial. Entre los ascendientes del escritor canario hay un irlandés, O'Shanahan, que abandonó su patria hace siglos por las luchas religiosas, y varias generaciones de marinos y armadores de buques de vela. Su padre era canario, Procurador de Tribunales. Un tío paterno continuó la tradición marinera de la familia. Su madre es uruguaya, de Montevideo. García de Vegueta cursó las primeras letras y bachillerato en su ciudad natal y luego realizó sus estudios superiores en la Universidad y Escuela de Arquitectura de Barcelona.

El joven escritor canario ha viajado mucho, y sus crónicas de arte y paisajes—unos paisajes más metafísicos que geográficos—han aparecido en diversas publicaciones españolas y americanas. Ahora ofrecemos su primera obra, escrita hace unos años en homenaje a sus islas. A este libro seguirá una novela, «En busca de un pecado nuevo», de técnica original y gran movimiento de ideas y masas.

Algunas de las leyendas y tradiciones de García de Vegueta han sido publicadas en Estados Unidos en español, con notas en inglés, por el profesor universitario J. F. Cronning. En las narraciones de ISLAS AFORTUNADAS fluye la vida como si una varita mágica hubiera tocado a los personajes que dormían entre el polvo de los archivos. El estilo, ágil y desenvuelto, se ciñe al relato con justeza, y ante los ojos del lector queda vibrante una visión del mundillo colonial de regentes, obispos y corregidores, con todo el encanto pintoresco de unas escenas del retablo de Maese Pedro.

Ptas. 15'—



**ISLAS AFORTUNADAS**

**SIN VALOR COMERCIAL**





ATAQUE DEL PIRATA VAN-DER-DOEZ A  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.  
(Grabado holandés; nótese los  
nombres topográficos equivocados.)

*LUIS GARCÍA DE VEGUETA*

# ISLAS AFORTUNADAS

RETABLO PINTORESCO  
DE VIDA COLONIAL



MCMXLIV

EDICIONES AYMÁ  
DE BARCELONA

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 1944

LA BAHÍA  
VOL. VI

*ES PROPIEDAD*

## DEDICATORIA

*A la memoria de mi padre.*

# PREFACIO

*«Vuela por alta mar, isleño esquife,  
a competencia de las grandes naves;  
canta con versos dulces y suaves  
la historia de Canaria y Tenerife...»*

LOPE DE VEGA

a Viana en *Antig. Isl. Afort.*

**E**SPÍRITU medieval. Mares fabulosos y quiméricos. Tierras paradisíacas. Islas de maravilla. Los navegantes tiemblan al nombrar el Océano Tenebroso, protegido por serpientes y dragones alados. Y en este mar, los cartógrafos aprisionan en una malla de meridianos y paralelos, siete islas — llamadas Afortunadas o de Canaria — con sirenas y tritones en las olas de cobalto y plata que van a romperse sobre la purpurina dorada de las playas.

En el archipiélago se cultivan unas manzanas de metales preciosos codiciadas por Hércules. Aquí vive Radamante, y las Medusas han edificado para él un palacio de pórfidos y esmeraldas. Hay un árbol, el drago, cuya sangre — que no savia — contiene la esencia de la inmortalidad. Los diablos se han refugiado en algún cráter sin llamas, y las almas de los bienaventurados gozan en los campos isleños de las delicias eternas. La isla errante de San Balandrán navega a la deriva como una ballena sin norte, llevando sobre su lomo siete ciudades, con sus siete

obispos, y un santo irlandés. Y todos los islotes de las Hespérides o de la Fortuna viven su existencia edénica sublimados por el ansia de los marinos que no pueden arribar a sus costas.

Hasta aquí, la leyenda.

Mas éste es un libro que sólo ha de recoger la leyenda en contadas ocasiones, y ha de fijar su atención principalmente en la historia — y aún menos, la pequeña historia — del pueblo que habita las islas Canarias. Suelen los historiadores desdeñar los hechos humildes, deslumbrados por el fulgor de las grandes hazañas. ¿Debe quedar en la sombra, sin embargo, la historia menuda de la humanidad, porque los cronistas la juzguen demasiado insignificante para merecer su atención? En una catedral se esconde el trabajo de varias generaciones de artífices, aunque la historia sólo conserve el nombre del rey que la mandó construir o del alarife que trazó su planta. Y en esa turba de anónimos artesanos reside precisamente el espíritu que ha quedado grabado en los sillares y en la madera como expresión de una época y un pueblo.

No es tarea fácil dar nueva vida a los personajes que yacen olvidados en los archivos. La historia de las antiguas Purpurarias o Hespérides es una intrincada maraña, y hemos tenido que abrir una brecha para encontrar a nuestra gentecilla. El paseo, no obstante, ha sido agradable. Ojalá que este recrear de



personajes que ya existieron recree a nuestros lectores, y que el revivir de sus aventuras les reviva y les dé alientos como al autor mientras las trasladaba a la página de su libro.

Siempre han sido amadas de los dioses las islas perdidas en medio de los mares. El documento literario más antiguo de la humanidad señala el archipiélago del golfo Pérsico como morada de las primeras culturas. Lo mejor del espíritu griego emergió de unos trocitos de tierra rodeados por las espumas del mar Jónico. Y la antigua Roma encontró apoyo en la civilización de Sicilia para combar sobre el mundo el arco triunfal que diera paso a sus legiones.

Las islas Canarias tampoco fueron olvidadas del Cielo. Desde los más remotos tiempos, se celebraron sus riquezas naturales. Homero, Prudencio y Sidonio han descrito las bellezas de sus valles y montañas. Estrabón afirma que sus contemporáneos las llaman «País de Bienaventurados». Virgilio y Petrarca alaban la fecundidad de su suelo y el singular prodigio de su clima eternamente primaveral. Y San Isidoro, encantilado por las narraciones de los navegantes, da gracias a Dios por haber deparado a los hombres un rincón del mundo donde se pueden gozar las delicias celestiales.

Y en el aspecto de las islas creadoras de cultura, se puede señalar que en las Afortunadas vió la primera luz buena parte de los colonizadores de In-

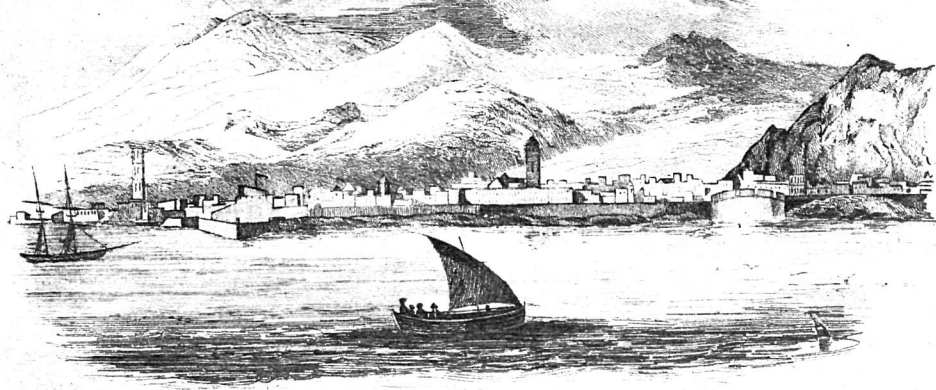
dias. Pueblos enteros — con alcalde y cura en vanguardia — fueron a establecerse a las nuevas tierras y llevaron con su nombre la civilización recibida de España. Ahí están para demostrarlo, sobre mapas americanos, *Tenerife*, a orillas del Río Grande, *Villa de Candelaria*, en Paraguay, *Realejo*, en Nicaragua, y otros muchos lugares que han conservado el apelativo isleño y el espíritu de sus primeros pobladores.

Los canarios han sabido escapar al melificio del aislamiento. Un rey aborígen llegó hasta la corte de los Reyes Católicos, y otros guanches fueron a vivir por propia voluntad a Sevilla y Granada. El almirante isleño Díaz Pimienta — feliz argonauta de los mares atlánticos — estableció el dominio español en la isla de Providencia. Y el poeta y canónigo don Bartolomé Cairasco de Figueroa levantó con su pluma una etérea escala para huir en sueños de *Flos Sanctorum* de las realidades de la vida.

Este libro ha sido también para el autor una huida del prosaísmo circundante. Si el lector lo desea, puede aventurarse por el mismo camino. Le bastará seguir el consejo de Horacio, cuando proponía a sus compatriotas que marcharan a las islas Afortunadas para olvidar los sinsabores del mundo:

«*Vamos en pos de aquellas pingües islas,  
de aquellos campos, venturosos campos...*»

# GUERRA DE CAMPANARIOS



SANTA CRUZ DE TENERIFE.

**P**RIMAVERA en el alcor, erizado de arcabuces, junto a la pequeña laguna de Agüere. Corre el 1494. El Muy Magnífico Señor Adelantado, don Alonso Fernández de Lugo, «con la ayuda de Dios, Santa María y su patrono San Miguel», concibe la idea de fundar una ciudad para asiento de los conquistadores con ánimo de enraizar en la isla de Tenerife.

Pocos años después, lo imaginado se vuelve realidad, verdes praderas listadas de riachuelos, boscajes de mocaneros y madroños, enjuncias, amapolas y campanillas azules, encierran por los cuatro costados la villa naciente y floreciente de San Cristóbal de La Laguna. Castilla y la vieja Nivaria reunidas. El romancesco recuerdo del capitán Castillo, muerto de amores por la princesa Dácil, prestando aromas de leyenda al solar donde se eleva poco a poco la gracia lagunera.

Surgen por doquier las casas encaladas de vivos colores, coronadas por la roja caperuza de las tejas de barro cocido. Los balcones de celosías ocultan las

miradas de las damiselas, que atienden con disimulo al paso de sus caballeros cuando suena el clarín de la bajada de la bandera. Sobre algunos portales, grandes escudos, tallados en piedra del país, muestran la hidalguía de los infanzones castellanos. Entre ellos vive la gente humilde, peones y mesnaderos, que han trocado sus armas por los aperos de labranza y se cruzan en matrimonio con las doncellas del país.

Unos decenios más. Los cristianos viejos — y los nuevos — pueden ya enlazar sus oraciones al humo de los incensarios litúrgicos en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción. Alrededor del templo se agrupan las casas de los conquistadores con señorío y datas de tierra en el valle. Con lenta penetración, las nuevas familias de colonos llegados de España invaden estos lugares, y los hidalgos se desplazan hacia los manantiales de Aguerre y fundan la *Villa de Abajo*. Allí se erige otro santuario, dedicado a la Expectación del Parto de la Virgen, bajo la advocación y tutela de Nuestra Señora de los Remedios.

Dos parroquias a tiro de espingarda. Y una población dividida por prejuicios de clase: En el barrio inferior, los personajes del árbol genealógico; en el de arriba, labradores y gente sin pergaminos. No ha de transcurrir mucho tiempo sin que broten las discordias entre los feligreses de Nuestra Señora de la Concepción y Nuestra Señora de los Remedios.

## LAS CAMPANAS

Mil setecientos y pico. Ya La Laguna es una ciudad de importancia. Tiene calles amplias y largas, y jardines de ambiente tropical. Hay muchos estudiantes y no faltan físicos y gentes de leyes. El obispo ha erigido un suntuoso palacio. En cada esquina se levanta una iglesia o un convento. Los descendientes de aquellos hombres que en la guerra tenían cifrado su destino, han vuelto los ojos a Dios, y la leyenda épica se ha transformado en la difícil realidad mística. Un lagunero — el maestro de campo don Luis Interián de Ayala — he hecho posible el refugio maravilloso de San Diego del Monte, de donde un día habría de salir aquel lego Juan de Jesús, santo y pícaro, que convertiría al diablo en asno para que le ayudara a llevar la cal hasta las bardas de su convento.

Las cosas mínimas adquieren gran valor en la tranquila vida de la ciudad. Para algo existen las tertulias, y la sangre española no se ha dormido.

Mas, sobre todo, las campanas.

Dim, dom; dim, dom... Graves tañidos de graves campanas. La Laguna, mística y señorona, con sus innumerables frailes y monjitas y sus historiados escudos nobiliarios, ha visto nacer, vivir y fenecer muchas generaciones campaniles.

Campanas del siglo xv. Campanas del xvi. Que si en 1541 había tres campanas en la Concepción.



Que si en 1561 se gastan tres mil maravedíes, mal contados, en otra campana de mayores dimensiones. Que si el mayordomo Agustín de Vargas encarga a Londres dos nuevas campanas de ocho y quince quintales. Todo son habladurías y comentarios. Y campanas.

No se quedan atrás los partidarios de la iglesia de los Remedios. Nuestras campanas — dicen ellos — son las más grandes. La *Inglesa* pesa quince quintales. La *Santa María* y *San José*, de procedencia holandesa, quizá llegue a veinte, si no se olvida en la cuenta el grueso badajo de hierro.

Dim, dom; dim, dom... Graves tañidos retumban sonoros. Los frailes y las monjitas se santiguan devotamente. Y surge también — tilín, tilín; tilín, tilán... — una irónica campanilla lanzada al vuelo desde la Concepción:

*«Las campanas de arriba  
son los clarines,  
con que cantan y bailan  
los serafines.*

*Las campanas de abajo  
son las calderas  
donde calientan agua  
las panaderas.»*

La copla, como de campanas, es sonada. Aparecen los garrotes en plaza, y nadie se atreve a salir sin compañía por las calles de la heráldica ciudad. El corregidor ha de dictar un bando prohibiendo el trán-

sito después de la hora de queda. Mala providencia ésta, sin duda, para los apegados a la serenidad de las lunas tinerfeñas, pero más enojosa para los amores nocturnos — tan laguneros —, junto a las celosías de las ventanas o al socaire de los árboles, en las largas avenidas de palmeras y eucaliptos.

El tiempo, gran médico del mal de rencillas, ha de apaciguar los ánimos. Y otra vez las aguas turbulentas se encauzan entre emulaciones más pacíficas. Los mozos van al terreno de luchas canarias y a la gallera, a apostarse su jornal a un pinto o un canabuey de más o menos espuelas. Y en los salones aristocráticos — fuera, claro está, de la cuaresma —, se imponen de nuevo los viejos saraos insulares, entre la indignación de algún canónigo que condena desde el púlpito las fiestas mundanas. Pero los bailes continúan. Y hay damiselas que se amapolan de rubores ante las reverencias de los caballeros. Y cruje-cruje de tafetán y gorgoranes. Y secretos rumorosos. Y libretillos de baile, donde se reserva un minuet o un rigodón para el galán preferido. Y perfumes de Londres o París de la Francia. Y refrescos de ananá y chirimoya. Y una música saltarina o languideciente, a cuyo compás danzan las parejas olvidadas ya de las disputas campaniles.

Siglo XVIII lagunero. Siglo de conventos y campanas. De monjes milagreros y volterianescas tertulias con chocolate y bizcochos. De riñas de gallos y saraos aristocráticos. Las calles de la ciudad ven erguirse cada día un nuevo palacio blasonado. Hay rosas en los jardines — siempre primaverales — y rondas

de músicos enamorados bajo los balcones de las doncellas laguneras.

### LA DISPUTA DEL RELOJ

No habían de cesar todavía las cuestiones por motivos de campanas. Un auto de visita del obispo don Antonio Cámara y Murga ha dado origen a una torre nueva en la iglesia de la Concepción. Y a otra campana, no muy pequeña por cierto. En su interior los prebendados concepcionistas han podido medir hasta doce fanegas de trigo, y para subirla a lo alto de la torre se ven obligados a emplear la fuerza de doce yuntas de bueyes.

Aquí, entonces, del despertar de viejos rencores, y de las ansias de desquite. La oportunidad se presenta con motivo de la adquisición de un reloj para la ciudad. Se desempolvan antiguos pergaminos genealogistas y cartas de privilegios parroquiales. Además, a la querrela se une la historia amorosa de dos damiselas de la Concepción y unos carreros de la *Villa de Abajo*: que los tiempos han cambiado y hay sangre azul en la parroquia alta y alguna gente ocupada en modestos menesteres entre la feligresía de los Remedios.

El reloj ha sido encargado a Londres por mediación del comerciante lagunero don Guillermo Vanden-Heede y Dujardin. Las negociaciones son laboriosas. El pomposo artefacto — su coste es de catorce mil reales — parte al fin de Inglaterra en el navío

*Las Dos Hermanas*, un bergantín-goleta que lleva como capitán a John Batur y como grumete a un futuro arcediano de la Catedral de Canaria.

Y mientras llega el reloj...

Anda de nuevo revuelta la ciudad. Hay reuniones secretas. Se conspira. Los guiños de inteligencia están a la orden del día, y los regidores, beneficiados y capitulares brujulean de un lado para otro en busca de voluntades que aunar a sus esfuerzos antagónicos.

El horizonte se despeja poco a poco y las intenciones respecto al objeto en porfía se van delimitando. Tres, nada menos que tres pretendientes, tiene el reloj encargado a Londres por la ciudad de La Laguna. La lucha es enconada. Si unos — los Remedios — aducen el derecho de iniciadores de la compra, otros — las Casas Consistoriales — la importancia de una torre todavía en proyecto, y los terceros — la Concepción — la concordia celebrada años atrás entre las dos parroquias litigantes.

Se celebra un capítulo. La votación resulta muy reñida. Los principales partidarios de la Concepción son los regidores Anchieta, Castro y Laisequilla. El síndico personero de la isla, Yáñez Machado, se decide por la otra parroquia, y el resto de la gente de pro queda dividida entre las tres parcialidades. La sesión concluye sin un acuerdo. Y el mismo día, 8 de junio de 1751, entra en puerto tinerfeño el navío que conduce el reloj que ha de medir las horas de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna.

## UNOS AMORES EXTRAÑOS

Son muy lindas las niñas del regidor don Josef de Anchieta y Alarcón. Tienen el cabello negro y los ojos — como las sirenas — verdes y centelleantes. Juanita es quizá más activa y Candelaria más dulce, pero las dos encandilan a sus admiradores con esa belleza montaraz de las laguneras. Se han criado entre el campo y la ciudad. Si señoritas de pergaminos, ellas no desdeñan el placer de corretear por los prados o lucir sus gallardas figuras sobre unos potros que conocen de memoria las sendas de la isla.

Candelaria. Juanita. ¿Cuál de las dos vence en gentileza? Ambas son seductoras... Unos días antes de la llegada del reloj, don Josef las convoca en el estrado de la casa solariega para hablarles de un asunto muy delicado. El señor Anchieta inicia la conversación con unas disquisiciones sobre campanas y relojes, para continuar señalando la importancia «indubitabile y varia» de la iglesia matriz de la Concepción. Luego se extiende en consideraciones encaminadas a demostrar la necesidad de vencer a sus enemigos, sin parar mientes en los medios empleados para lograrlo. En este punto, la voz de don Josef se ahila en melosas insinuaciones: el reloj, el honor público, amoríos inocentes, una cita... Sus hijas le escuchan interesadas. Y cuando don Josef ha terminado su peroración, Juanita y Candelaria se miran

con picardía y sonrían ante la perspectiva de una agradable aventura.

No se han interrumpido los paseos de las dos jóvenes por la campiña lagunera, aunque algo han variado las condiciones en que los realizan. El regidor ha apalabrado a dos carreros de la parte de los Remedios para espoliques de sus hijas. Son dos mozos altos y fornidos, que recuerdan por sus facciones a la raza aborigen. Desde el amanecer, aprestan las caballerías y esperan junto a la portalada de los Anchietas la salida de las muchachas. Con las primeras horas de la mañana salen al campo, donde permanecen todo el día. Poco a poco se ha establecido una corriente de intimidad entre las damitas y sus rústicos caballeros. Y a veces, ellos se convierten en jinetes y las dos muchachas les abrazan con el pretexto de sujetarse a la grupa de los potros. A la vuelta a la ciudad — el sol en el ocaso — canturrean alegremente, y con las manos en la misma brida, desmontados y divididos en parejas, dejan acortar el paso para retardar la llegada.

El día que ha de arribar el bergantín *Las Dos Hermanas* — según noticias llegadas de la isla vecina — emprenden una ascensión a las Cañadas del Teide. Al salir de La Laguna, el paisaje se esfuma con suavidad a través de la neblina mañanera. El camino, orlado por esas arañas vegetales de las pitas y por las mariposas amarillas de la aulaga, serpentea hacia la crestería volcánica, que empieza a precisarse sobre el azul del cielo. Amazonas y caballeros departen amistosamente. En los altos de la marcha, sin des-

cender de las cabalgaduras, contemplan el grandioso panorama de los valles cubiertos de pinares y blancos caseríos.

Al mediodía llegan a la cima. El sol se deshilacha ahora en jirones de luz, orificando las lavas petrificadas y las flores blanquinosas de la retama de las islas. El almuerzo, bajo el amable celestinaje de una encina, transcurre alegremente, como si una antigua amistad uniera a los comensales. Las viandas son sabrosas. Y el vinillo de Icod refresca las gargantas y transmite su ardor a los corazones juveniles.

Después de la comida, Juanita se pierde entre los árboles con uno de los mozos, en busca de una fuente que mana con pausado barboteo al pie de un peñasco. El palafrenero ofrece agua a su acompañante en una ancha hoja de ñamera. Ella bebe despacio, en tanto sus ojos verdes se clavan en las encendidas pupilas del mozo. Éste baja la vista, azorado. Juanita de Anchieta sonrío: una alocada idea ha cruzado por su mente. El tímido galán, alto como una torre, está a su lado contemplándola de nuevo. La muchacha se sube a una piedra para llegar hasta él y le anuda los brazos alrededor del cuello...

Los labios de Juanita tienen la frescura de las moras silvestres.

La señorita de Anchieta invita a su galán a encontrarse por la noche en el jardín posterior de su palacio. El mozo promete no faltar a la cita. Mas de pronto se ha quedado pensativo, y con acento de angustia recuerda que por la noche ha de ir con su compañero a buscar el reloj a Santa Cruz. Ella le tran-



quiliza. Dirá a su padre que están muy cansados y él se encargará de buscar a otros carreros que lo traigan del puerto.

No ha de menester más requisitos un corazón enamorado para convencerse. Irá al jardín. Al asegurarlo, la emoción hace temblar las palabras del mozo. Irá al jardín, aunque el reloj se quede por los siglos de los siglos en el puerto de Santa Cruz. Una escena análoga se ha desarrollado entre la otra pareja bajo la encina donde han almorzado. Otro susurro misterioso se ha unido al susurro del manantial, nacido — como el amor de los galanes — de la roca viva con destino a perderse en el infinito del mar. Ya el sol declina hacia poniente. Y cuando emprenden el retorno a la ciudad, dos hombres, los corazones henchidos de dulce esperanza, se consideran los seres más afortunados de la tierra.

#### LA LLEGADA DEL RELOJ

Don Isidoro Lecuona, corresponsal del señor Vanden-Heede en la ciudad de Londres, ha ido personalmente al muelle para acondicionar el reloj en la sentina del velero destinado a transportarlo a las islas de la Fortuna. El capitán Batur ha dirigido la maniobra con órdenes precisas, sin abandonar su pipa humeante ni su sonrisa de buen caballero. El señor Lecuona le explica con su inglés endemoniado al señor Batur que aquel reloj es una maravilla y que a su llegada a Tenerife causará la

admiración de sus paisanos. Añade, además, que una época de paz seguirá a la llegada del reloj, pues terminarían las discordias por las horas de riego o el final de las faenas y todos los laguneros se regirían por un mismo canon del tiempo.

Después de un apretón de manos, el señor Lecuona ha vuelto a tierra. El bergantín despliega sus velas y empieza a navegar río abajo. El señor Lecuona ha sacado su pañuelo de seda y lo ha agitado en señal de despedida.

El bergantín-goleta *Las Dos Hermanas*, con el velamen recogido, se mece sobre las tranquilas aguas de la bahía de Santa Cruz de Tenerife. La luna clava su cuerno de plata en el negro confín del mar. Una estela fosforescente queda tras el lanchón que conduce el reloj a tierra.

Camino de La Laguna, el carro de mulas retiembla de cascabeles y folías. Al amanecer llega a la ciudad. En las afueras le espera un grupo de personas con faroles encendidos. Los regidores Anchieta y Laisequilla se adelantan para dar unas órdenes, y la comitiva desvía su derrotero hacia los graneros del Cabildo. Allí queda depositado el reloj, bajo una guardia designada por los partidarios de la iglesia de la Concepción.

Durante la mañana siguiente, la noticia corre por la ciudad como cohete desr abonado. ¿Quién ha hurtado el reloj? ¿Cómo pudieron los concepcionistas, si ellos fueron, burlar a sus enemigos? La clerecía de los Remedios reclama la presencia de los dos carreros

de la parroquia. ¿Por qué fueron sustituidos por otros mozos? Los carreros no aciertan a explicar su conducta. Hablan de otro trabajo extraordinario, sin explicar su naturaleza. Pero a ellos quizás les duela más el cariz que ha tomado el asunto. No en vano tuvieron que empeñar sus corazones en la lucha. Porque el reloj ha ido a parar a otras manos, pero ellos han sido burlados doblemente. Toda la noche la pasaron esperando a las niñas de Anchieta en el jardín de su palacio, y para colmo de desventuras encontraron al amanecer un papel que les decía que dieran recuerdos al párroco de los Remedios cuando lo vieran. Claro está que el mensaje no llegó a su destino.

Con palabras no se resolvía nada. Era necesario obrar. A toque de campana se ha convocado una asamblea para precisar el camino que debía seguirse. Reunidos los cabildantes, el mayordomo de la iglesia de los Remedios recuerda los derechos inmemoriales de su parroquia. El síndico personero le apoya y afirma que llevará el asunto ante la Audiencia de Canaria y el Consejo de Castilla, si los parciales de la Concepción no devuelven en el mismo día el reloj sustraído. Al disolverse el conclave se tramita una denuncia, redactada en términos enérgicos, ante el gobernador de las islas, don Juan de Urbina.

Corresponde al señor gobernador decir la última palabra. Su decisión no se hace esperar. En carta dirigida al corregidor don Anselmo Quintín le ordena la entrega del reloj a la iglesia de los Remedios y la inmediata colocación en su torre, pues «se ha traído el reloj — escribe — para servicio y gobierno de la

república y no es bien que a ésta se le prive y dilacte el beneficio».

Ya los laguneros tienen un reloj para acompañar el lento discurrir de sus vidas. Las agujas de la esfera señalarán los instantes tristes o felices. Y la ciudad seguirá alentando a su compás sin perder el aroma antiguo y recatado de las calles y palacios, aunque sus habitantes desfallezcan de angustia ante la idea de que una u otra parroquia posea mayores prebendas o mejores campanas.

#### EL FINAL DEL LITIGIO

No volvieron las señoritas de Anchieta a disfrutar de la compañía de sus antiguos mozos de espuela. Ellas no deseaban encontrarlos. Ni los burlos galanes se atrevieron a mirarlas de cerca. También es verdad que don Josef de Anchieta no tuvo necesidad en el resto de sus días de la ayuda de sus hijas para torcer el rumbo de un objeto codiciado.

Es día de fiesta en La Laguna. La ciudad vive prendida del gozo de mirar a la torre de los Remedios. Concluída la discordia, todos encuentran justa la determinación del señor gobernador. Al fin y al cabo, el lugar elegido es el más céntrico. Hasta don Josef de Anchieta olvida sus viejos afanes y — ¡pelillos a la mar! — toma parte en los festejos con que se celebra la inauguración del reloj y sus campanas para dar la hora. Por la noche, ya de regreso en su casa,

ha requerido su pluma de ave y su tintero de cuerno y ha anotado en su Diario:

«Martes, 22 de junio de 1751, como a las once de la mañana subieron la campana grande del reloj en la torre de los Remedios; subiéronla la gente de mar de los navíos de Indias que a ello vinieron. A la tarde todos fueron a diversión a las Mercedes, a caballo, y echando voladores, y al venir lo mismo, y a comer, que comieron en casa del Mayordomo del Cabildo.»



LA CIUDAD DE LAS PALMAS.

## EL AZOR DE DON GUILLÉN PERAZA



**L**A Palma y siglo xv. A la isla ha llegado don Guillén Peraza, un hidalgo guerrero y cazador. Vino en carabela empavesada, con sus ballesteros y gente de a caballo. Trae el propósito de conquistar a la antigua Benajoare por encargo de su padre don Fernán Peraza, el muy magnífico veinticuatro de Sevilla, señor de Valdeflores y conquistador en estas islas de la Fortuna.

## EL CABALLERO DEL AZOR

La plata al cuño y el azor al puño. En los viejos decires afinca la verdad. Del cuño sale la plata amonedada y con nuevo valor. Y del puño sale el azor para tomar el alto vuelo de ser ave de cetrería. Porque se va el azor solo, y retorna al puño con la victoria de su altanería y el sobreprecio de la pieza cobrada.

De halcones y azores en mano cerrada de fijodalgo está plagada la literatura medieval. Vedlos con

el conde Arnaldos cuando «la caza iba a cazar», o con el Infante Vengador, que afilaba en sus alas el venablo guardado para el traidor don Quadros. Un azor se escondía bajo el brial de la romancesca doña Alda como augurio de la muerte de Roldán. Y otro entretenía al esposo de Blanca-Niña, en tanto ésta se solazaba con un mancebo,

*«que el conde es ido a la caza  
a los montes de León.»*

El caballero llegado a tierras de Benajoare suele llevar también el azor al puño, mientras la espada cuelga de la cintura al alcance de la mano. Guerra, caza y amor son sus afanes. Y amor, caza y guerra marcan siempre el norte de su rosa de los vientos.

Don Guillén va por los caminos palmeros al frente de sus ballesteros corajudos. Su caballo caracolea por los senderos cubiertos de laureles y brezales. El barbilindo doncel aguza su mirar bajo el penacho de la cimera. Pronto ha de llegar a la burujina de Tijuya para enfrentarse con los lanceros de Echeyde. Y si de añadidura logra ejercitar sus aficiones cetreriles en los pajarracos de la selva y en los corazones de las lindas palmeras, ¿no hay por qué dar gracias a la fortuna? Y continúa su camino el hidalgo, erguido sobre su corcel, con una mano afilada contra la brida y en la otra el azor, sin abandonar su sonrisa de eterno vencedor en lides amorosas y guerreras.

Caldera de Taburiente. Las pitas han desenrollado, al conjuro de la primavera, el largo tallo de sus flores,

y las tuneras se aureolan con los higos picos de pulpa sabrosa. A lo lejos se divisa el mar azul, por donde vinieron los titanes para moldear el Teide en el enorme cráter apagado. Las sombras corren tras las piedras. Y el sol va cayendo sobre el horizonte, como una onza de oro que la mano de Dios guardara en la hucha del Atlántico.

### SIRINOQUE

Cuando don Guillén se dispone a acampar con la soldadesca en el borde de la Caldera, ve cómo se enciende de rojizos reflejos el bosque lejano. Entonces se decide a prolongar la descubierta. Los ballesteros avanzan lentamente, pues el paso es difícil. Mas un vago rumor de música les atrae con la fuerza de lo desconocido.

Al llegar a la linde del bosque y agazapados en los arbustos, contemplan una extraña fiesta que se celebra ante una doncella sentada en lo alto de un roque. La noche se encalma en los árboles, y la luna, entre lambrequines de nubes, ofrece su plata heráldica sobre fondo de azur.

En la brisa caliente cabalga el tinguili-tinguili de los instrumentos de cuerda. Los pinos apuntan al cielo sus flechas verdinegras. Y por el terciopelo del césped saltan las mozas, y sus corazones rebrincan al compás del bailoteo:

*«Que quiérote bien lo sabes,  
si quiéresme no lo sé,  
tú mereces ser querido,  
yo sueño si lo seré.»*

La sorpresa de don Guillén no tiene medida. ¿Cómo cantan en castellano estos indígenas semidesnudos de la idílica Benajoare? No alcanza a adivinarlo, y su atención queda prendida de los parches y flautas, que entonan una extraña melodía. Los jóvenes, frente a las doncellas, sonrían mientras avanzan y retroceden contestando a la copla:

*«Vámonos pasando  
de aquí para allare,  
que las relaciones  
se van a cantare.»*

Las muchachas cruzan hacia el otro lado con gracioso revoloteo de palomas. Los mozos giran a su alrededor y ven cómo ellas caen de rodillas y luego fingen dormir sobre la hierba. Las flautas imitan un agudo quiquiriquí. Y los mozos se llevan la mano al pecho, e inclinados sobre las zagalas entonan un aviso mañanero:

*«Levántate aluego,  
dulce amor y vete  
que ya el gallo canta  
y el día amanece.»*

Ante los deslumbrados ojos de Guillén Peraza se desarrolla la vieja danza del amor y la vida: el Sironoque. En su corazón siente un ansia tras la noche que escapa. La brisa agita levemente los pinos. Desde su alto trono de piedra, la reina de la fiesta sonrío. Y las zagalas se han incorporado, y con gesto mitad pícaro, mitad compungido, han dejado que su lamentó se una al temblor susurrante de los tan-tanes:

*«Si el gallo supiera  
qué cosa es amor,  
no cantara el gallo  
sin salir el sol...»*

## EL RAPTO

Cuenta un viejo cronista que el azor de don Guillén Peraza era «mudado de muchas mudas». Y, además, fiero y de gran corpulencia.

Mudados eran los azores que dejaban las «alcáncaras vazías» por seguir al Cid y aquel azor que valió Castilla a Fernán González, cuando lo vendió con un caballo al rey en progresión geométrica, o a gallarín doblado como se decía en la dulce fabla de entonces. Y también mudado — ¡doce mudas, vive el cielo! — es el de la bella Colectrix, del *Libro de Alexandre*, que bien premiara a su dueño, si se lo robaran, pues habría de percibir aquellos cien sueldos por muda que los antiguos fueros de Navarra señalaban a los amigos de azores ajenos.

La historia nos dice cuántas mudas tenía el azor de don Guillén. Pero en este caso poco importa la historia, ya que forzosamente hemos de coger el hilo de nuestro relato de la rueca de la leyenda. Porque...

Ha terminado el Sirinoque. Don Guillén Peraza se ha incorporado tras los matorrales y ha extendido el brazo. El azor, en su puño, ha abierto las alas, y luego ha volado hacia el punto que le ha señalado su dueño. Los bailarines permanecen quietos, estupefactos, viendo al azor que revolotea sobre sus cabezas. Y — aquí de la leyenda — el ave ha tomado con sus garras a la doncella sentada en el roque, sujetándola por la túnica de piel pintada, y la ha llevado hasta el lugar donde se encuentra el hidalgo español.

...Y cuentan que don Guillén huyó a caballo con su presa, y que se refugió en una cueva labrada en una montaña, y que fué feliz por algún tiempo, y que conoció el secreto de los españoles llegados a la isla antes que los conquistadores en un navío mallorquín.

#### LA PRINCESA CAUTIVA

La cautiva de don Gillén se llamaba Tauriagua. Era una princesa real por sangre española y por sangre indígena. Ella tenía una vaga idea de sus ascendientes maternos. Provenía por línea directa de don Luis de la Cerda, príncipe nominal de las islas de la Fortuna, que a su vez era biznieta de don Alonso de Castilla. Por su padre era descendiente de los anti-

guos reyes unitarios de La Palma, que gobernaban todo el país hasta que las guerras interiores lo dividieron en varios reinos.

Una vieja tradición aseguraba que uno de los navíos del príncipe de la Cerda — huídos de Canaria cuando la escabechina de mallorquines en aquella isla — fué a embarrancar a una playa del levante palmero. Los indígenas acogieron de buen talante a los fugitivos. La mayor parte de los españoles se adaptó de tal forma a las costumbres de la isla que al cabo de pocos años era difícil diferenciarlos de los aborígenes. Por otra parte, éstos aprendieron el idioma de los castellanos y muchos de sus usos, como la manera de sembrar los granos y el manejo de algunos instrumentos de música.

Una doncella española, pelirroja y de andares felinos, había venido al mando del carabelón cristiano. Era la hija menor de don Luis de la Cerda. Sus subordinados la respetaban como una diosa. El rey de la isla quedó enamorado de ella y quiso hacerla suya por la fuerza, pero luego lo pensó mejor y se conformó con retenerla como garantía de la buena conducta de sus vasallos y compañeros. Cuando la doncella española recobró la libertad, el rey la volvió a llamar para proponerle que fuera su esposa. Sería reina de toda la isla. Ella aceptó, y a las bodas ante los dioses palmeros asistieron los españoles e indígenas confundidos como un solo pueblo que tuviera los mismos ideales.

Tauriagua nació en el otoño siguiente. El coro de hechiceras y adivinos le prometió a su llegada al

mundo mil venturas, y a medida que iba creciendo éstas se convertían en todas las gracias que una doncella pudiera soñar. Era de una belleza inigualable y tenía una voz muy dulce y una sonrisa que, según los viejos proverbios isleños, alejaba a los espíritus del mal.

En aquella noche del Sirinoque, la princesa contemplaba a los bailarines desde la roca donde había puesto el pie el dios Idafe, y soñaba con algo impreciso que solía centellear en su mente en diversas ocasiones. ¿No era ella diferente de aquellos jóvenes indígenas que danzaban y cantaban ante sus ojos vestidos de pieles? ¿Por qué ella misma llevaba una túnica de gamuza pintada? Su madre le había hablado de hermosos trajes, y de fiestas en su lejano país con grandes iluminarias en unos salones muy lujosos, y de unos caballeros que venían de otras tierras con vestiduras de hierro y plumas de colores en la cabeza. También había allí unos templos enormes elevados a unos dioses muy buenos, y se viajaba en unas cajas tiradas por caballos, y se cruzaba el mar en casas blancas que se movían por el viento... ¿Y qué significaba aquel terrible pájaro que revoloteaba sobre su cabeza?

## EPITAFIO

Volver a la historia después de la leyenda es dejar el oasis para internarse en el páramo. Aquí están la carabela y las dos fragatas — ya desmanteladas — que



trajera don Guillén. Y de los doscientos ballesteros, sólo un pequeño grupo de supervivientes. Que dura fué la lucha, y esta vez la veleta de la suerte se inclinó por vientos isleños.

Don Guillén Peraza ha dejado en su refugio a la princesa palmero-mallorquina para luchar contra los vasallos de Echeyde. El camino y los sueños no habían de ser muy dilatados. Sin pensarlo, vino el encuentro. Y todo pasó como luz de estrella fugitiva. Y herido de muerte quedó el hidalgo en la rocambre, entre dardos de pitas y espinas de tuneras.

La primavera brota sobre los volcanes apagados de la isla. Las rudas montañas se cubren de tapiz virgiliano y el galón de plata de los riachuelos se desfleca entre las palmeras de penacho florecido. Y con una flecha clavada en el corazón se le escapa el alma a don Guillén, y el secreto desvelado de su princesa, y el enigma fáustico y no desvelado de la primavera canaria. Días, años y siglos habían de transcurrir, pero su recuerdo permanecería para siempre en los versos de unas endechas doloridas:

*«¡Llorad las damas — si Dios os vala!  
Guillén Peraza — quedó en la Palma,  
la flor marchita — de la su cara.*

*No eres palma — eres retama,  
eres ciprés — de triste rama,  
eres desdicha — desdicha mala.*

*Tus campos rompan — triste volcanes,  
no vean placeres — sino pesares,  
cubran tus flores — los arenales.*

*¡Guillén Peraza! — ¡Guillén Peraza!  
¿do está tu escudo? — ¿do tu lanza?  
todo lo acaba — la mala andanza.»*

## EL AZOR VUELA

Otra vez la leyenda. La princesa Tauriagua tuvo un hijo de don Guillén. Pasaron los años y este hijo creció y fué rey en su cantón, y fué muy aficionado a la caza y a las bellas mujeres.

Cuando iba de caza el doncel palmero, llevaba al puño un azor de extraña fortaleza e innumerables mudas. Era el mismo de su padre. Su reinado transcurría en medio de una gran placidez. En las noches de plenilunio tomaba parte en los sirinoques y danzas mágicas. Conocía el castellano y los más encumbra- dos vasallos de su corte también lo hablaban. Al cumplir los veinte años se casó con una nieta del cau- dillo Garejagua, el que vengó la muerte de su her- mana a manos de Jacomar y Hernán Martel, cuando la venida de don Guillén Peraza a la isla.

Entre los adivinos de la Palma había uno de gran fama por sus profecías y sus prolongados ayunos. Un día, después de la ofrenda a Idate y Abora, se sintió iluminado por el influjo de los dioses. Entonces se presentó al rey y le dijo que cuando su azor levantara el vuelo y se perdiera en el horizonte vendrían mu- chos españoles y empezaría una nueva vida para los palmeros. Sólo en caso de que la isla fuera desgra-

ciada regresaría el azor, aunque hubieran transcurrido muchos siglos.

El rey no le dió crédito. Corría el tiempo y el azor seguía acompañándole en sus cacerías, cada vez más fuerte a pesar de su larga existencia, y sin ganas de agitar las alas para abandonar a su dueño. La vida transcurría monótonamente para los isleños. Muy de tarde en tarde surgía algún acontecimiento. Nacieron varios príncipes. Hubo unas pequeñas luchas con el cantón vecino. Se recogieron cosechas y cosechas. Y el azor, siempre fiel, en el hombro o el puño del caudillo palmero.

Pero en cierta ocasión fué el rey a Taburiente. El cielo estaba muy claro y el sol reverberaba en el azul del mar. De pronto, el azor rompió la trenza de palma que le sujetaba y se remontó suavemente. Voló y voló, y cuando se perdía de vista aparecieron en el horizonte unos puntitos oscuros que se fueron agrandando poco a poco hasta transformarse en varios navíos que navegaban hacia la isla a impulsos del viento.

El azor no ha vuelto.

## EL ALFÉREZ Y LA MORISCA



ERUPCIÓN DE CAHORA EN TENERIFE.

**T**ELDE: casas enjalbegadas de nata y colores chillones en medio del páramo de tierras renegridas por la lava. Un barranco abierto a cuchillo entre los montes y algunas palmeras con el penacho deshilachado por los vientos del sur. Alfalfa y tabaibales. Y la ciudad — ciudad, no pueblo — apretujada en el centro y desvaída en los imprecisos límites. Casas terreras y de dos pisos, algunas con escudos más o menos historiados, otras con grandes portales y puntas de arados asomando por las bardas de los corrales. Un par de iglesias. Un sacristán perdonavidas. Alguna mujer de mal vivir. Varios labriegos ricos y muchas nobles familias sin más fortuna que sus pergaminos. Un espíritu tirando al mal de ojo y a la nigromancia, cuando no asoma la oreja el Santo Oficio, y una apatencia sensual que pone cercos violetas en las ojeras de los mozos y relumbrones de oro en las pupilas de las doncellas. En las tabernas corre el áspero vino de la tierra. Y los cuchillos al acecho, siempre afilados, sobre el torso, con sus puños damasquinados con metal blanco y asta de cabra, esperando la mano

que ha de volverse garra para partir corazones traidores.

Telde: almas bravías que pendulean entre la iglesia y la taberna, la blasfemia y los ojos amorosos del Cristo traído de tierras mejicanas. Miradas de soslayo. Oraciones. Vino. Y la vida que transcurre despaciosamente, con las almas por vilo sobre aceros brillantes, tranquila, con cánticos en la trilla y amores turbulentos, pacífica, y las almas en pena arrastrándose en sueños, y las querellas como relámpagos alumbrando por un momento paisajes de desolación y todo despaciosamente, tranquilamente, pacíficamente.

La casa de los Rocha se alza junto a la iglesia de San Juan Bautista. Desde el balcón, en las noches de luna, el alférez don León María de la Rocha y Alfaro se entretiene en mirar las sombras de las palmeras que listan de negro el suelo plateado. Y en pensar. No hay guerras y la milicia se aburre. ¿Para qué una espada, si no se usa? ¿Por qué unos galones en la casaca, si no le ofrecen ocasiones de abrillantarlos? Total, unos desfiles en Las Palmas, de vez en cuando, ante el gobernador de armas o el corregidor, al frente de unos granaderos cansados de no pelear, o algún amago de piratas que vuelven las proas para no recordar antiguos descalabros. Y las niñas del pueblo que no se fijan en su uniforme. ¡Ah, pero ya llegará el amor! Y si no viene, lo buscará. La espada y el corazón siempre van unidos; el soldado necesita un acicate para las grandes empresas y el amor se lo depara. Por una mirada tierna a la vuelta, se buscan aventuras difíciles en tierras lejanas, y por una sonrisa

enmelada de cariño, no importa aventurar la vida mil veces.

—León María, las doce.

Ya es hora de ir a dormir. El viejo coronel de la Rocha ha leído los papeles con las últimas noticias de Indias, y su esposa, doña Luscinda, ha sentido cómo sus ojos se cerraban sobre los complicados encajes de su telar. También Ana Josepha, la hermanita, que ha avisado la hora al alférez, se ha cansado de dibujar arabescos imaginativos, tras los cristales de la ventana del salón, en torno a la figura de un joven que ha paseado su timidez y melancolía por la plaza, sin atreverse a levantar la vista en homenaje a un amor que juzga imposible.

Todos se van a la cama. El coronel piensa todavía en las Indias. Doña Luscinda cuenta mentalmente los puntos del encaje. Ana Josepha sueña con su tímido enamorado. Y el alférez, sin decidirse a apagar el velón, mira con afán a la espada pendiente del tahalí, y procura alejar de su mente el recuerdo de las doncellas isleñas, para columbrar en el reflejo del acero un camino heroico. Primero, la gloria. Ya vendrá luego el amor.

## LAS MÓRISCAS

Don León María está en Las Palmas. Una noche de insomnio le ha deparado un proyecto magnífico. Su amigo don Alonso Ojeda Mayorga, el capitán de la goleta *Estrella de Telde*, va a regresar en su



navío de la costa de África. Antes de partir había comunicado al alférez su propósito de hacer un viaje a Sevilla para llevar un cargamento de orchilla y vinos de Tenerife. Don León María le acompañará. Todo está arreglado. Desde Sevilla embarcará para las Indias occidentales, a correr fortuna, con el permiso de su padre y el general gobernador. Los lloriqueos de Ana Josepha y doña Luscinda han sido inútiles, y el hijo realizará el sueño aventurero que el coronel venía rumiando en silencio desde su ya lejana juventud.

Bahía de las Isletas. Llegaba la *Estrella de Telde*. El viento henchía las velas, y en la proa, las espumas rizaban sus virutas de cristal. En la playa, un marinero, sentado sobre un rollo de cuerdas, encogía y estiraba en su acordeón una dulzona habanera. Don León María ha esperado con impaciencia durante largo tiempo. Pero ya está ahí la goleta. Un grumete juguetón saluda desde lo más alto del mastelero con un pañuelo. Y el navío, al llegar frente al castillo de Santa Catalina, ha aquietado la marcha con los rizos recogidos y ha dejado caer el ancla hasta el fondo del mar.

Los aromas salinos cabalgan en la brisa. El mar se ondula junto a la playa y lanza sobre la arena dorada una alfombra de algas verdinegras. Terminada la faena de anclaje y arrollamiento de velas, el capitán viene hacia tierra en un bote. Le acompañan dos mujeres arrebuajadas en mantos azules, que saltan sobre las algas de la orilla ayudadas por el capitán. Don León María se acerca para abrazar a su amigo. Después del saludo, don Alonso Ojeda presenta al alférez

a sus acompañantes: dos damas moriscas que vienen a las islas en busca de las aguas bautismales. Son madre e hija. Barca nació de los amores de un mercader berberisco y una portuguesa cautiva de los piratas islámicos en la isla de Porto Santo. Su hija Fatjma, una doncella de dieciocho años, es la heredera del jefe de tribu Aliogrey, célebre guerrero de Beni-Izarguin. En la canela faz de la morita se alargan los ojos oscuros. Bajo el velo se adivinan unos rasgos delicados, en tanto chapurrea graciosamente unas palabras españolas aprendidas durante la travesía.

Anonadado de amor, ha quedado don León María de la Rocha. Durante el viaje hacia el centro de la ciudad de Las Palmas, no ha podido apartar su vista de Fatjma, y va notando cómo se debilita el deseo de partir a otras tierras. ¿Aventuras? ¡Qué mayor aventura que la pasión que se adentra sin querer en su alma! Y ha depositado a las viajeras en casa de su tío don Lorenzo Alfaro, con el consentimiento del capitán, mientras se adoctrinan para ser recibidas en el seno de la Iglesia Católica, y ha ido a visitar al general gobernador, y ha presentado su renuncia a marchar a las Indias, «por motivos y razones particulares, que son fuerza a permanecer en la isla de Canaria».

El cura del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Santa Ana, don Joseph Ventura Reyes, enseña poco a poco a las dos moriscas las verdades de la religión cristiana. Por consejo del capellán, Barca y su hija han abandonado sus velos y túnicas y visten a la española. El alférez, en las frecuentes visitas que realiza a la

casa de su tío, puede admirar ahora en toda su integridad las dulces facciones de Fatjma. También ella ha sentido en su corazón una nueva primavera. Y cuando él habla, una sonrisa aletea en sus labios gordezuolos, y la cruz de plata pendiente del cuello se agita al compás de sus suspiros.

Dulce, graciosa y linda Fatjma. Frescura de juventud surgida de las cálidas brisas del desierto. Añoranza del aduar dormido entre rezos de almuédanos. Almíbar de dátiles y gracilidad de palmeras. Vago aroma del kiff ensoñador. Oasis y manantial... ¡Cómo has enamorado al bravo doncel don León María de la Rocha y Alfaro, alférez de granaderos de Su Católica Majestad!

## LOS CRISTIANOS VIEJOS

La fe cristiana está muy arraigada en las islas. Hay numerosos conventos e iglesias, y todos los isleños viven pendientes de las novenas y de los predicadores de pico de oro. Las ciudades están erizadas de campanarios y los campos de ermitas y cruces de término. El Señor debe mirar con ojos cariñosos a esos hombres y mujeres que se yerguen sobre los surcos para rezar las oraciones de la tarde, y con ojos de pena a algunos teldenses que confían en las brujas y llaman a las almas en pena como proxenetas de sus amores y luzbelerías.

Los navíos traen a veces herejes de ojos azules y cabello rubio, venidos de tierras extrañas. Mal para

ellos, si caen en manos de la Santa Inquisición. Y para los moros, si prefieren a Majomed en vez de Jesucristo. No obstante, las ideas de los creyentes respecto a los moriscos son contradictorias. El inquisidor Padilla ha afirmado en 1545 que «algunos se tornan christianos y por la mayor parte son aquéllos que en Verbería son pobres y no dexan allá hazienda para su rescate». Algún tiempo después, el ingeniero de las fortificaciones de Fuerteventura, Próspero Casola, declara en un informe que las correrías de los canarios por las costas africanas sólo conducen a infestar las islas de «moros, moriscos y hereges maometanos». A pesar de ello, durante la expulsión decretada en 1609 por Felipe III, se acuerda excluir de la rigurosa medida a los bereberes avecindados de las islas Canarias. Y los motivos son de alta calidad: La morisma se dedica al cultivo de las tierras yermas y coadyuva con valentía y generosidad en la lucha contra los piratas de todas las naciones que pululan por los mares isleños.

Don Antonio de la Rocha y doña Antonia Alfaro, en la vieja casona de Telde, tratan de persuadir a su hijo del loco empeño de casarse con Fatjma ben Aliogrey. Ella ha venido «de la costa de África, donde dicen Río de Oro, con uno de los barcos que de Canaria navegan a ella a la pezca de pezes». ¡Moros en la ilustre familia teldense! El coronel don Antonio de la Rocha y Bravo de Laguna enumera los mil motivos que se oponen a tal enlace. Don León María alega la virginal pureza de su amada, y su

ardiente fe católica, transmitida por la abuela portuguesa. Además, sobre todas las razones, está la sinrazón del incontenible amor del alférez.

Nada le volverá atrás. Don León María ruega a sus padres que sean padrinos del bautizo o que autoricen para tal fin a su hermana doña Angela Josepha. De todas formas, él se casará con la morita. El coronel se ha quedado pensativo. Se le ha ocurrido una idea salvadora. Su hijo insiste en la pretensión. Y el señor de la Rocha y Bravo de Laguna, le ha dado un golpecito cariñoso en la espalda y ha afirmado con gesto sonriente:

—Bueno, ya vemos que estás decidido a llevar adelante tus propósitos. En vista de ello, tu madre y tu hermana serán las madrinas de las moriscas.

...Un jinete, y un corcel lanzado al galope. Una mancha rauda y neblinosa en las pardas lomas de Jinámar. Barranqueras. Cardones. Una estela de polvo y el eco de unos gritos de ánimo confundidos con el rebote de los cascos del caballo sobre las piedras del sendero. Y ante el enamorado alférez, a lo lejos, el blanco caserío de Las Palmas anaranjándose por el sol poniente.

## EL BAUTIZO

El coronel de la Rocha ha imaginado un proyecto para impedir la boda de su hijo. Pero antes ha de esperar a que se celebre el bautizo. Las damas mo-

riscas están todavía bajo la protección del señor obispo, y sus argucias podrían frustrarse si quisiera precipitar el curso de los acontecimientos. Por algo aconseja la vieja Castilla: Dad tiempo al tiempo y esperad el Adviento.

Los pormenores de la ceremonia del bautizo constan en los libros del archivo catedral: «Se les puso óleo y chrisma, domingo, 15 de diciembre de 1756, día en que anualmente se celebran los desagravios de Christo Sacramentado...» En el templo basilical de Santa Ana, Barca y Fatjma se han arrodillado y dirigen la vista al suelo. El Ilustrísimo Señor Obispo don Francisco Delgado y Venegas, del Consejo de Su Majestad, se ha acomodado en su «silla y cojín violado», asistido por el cabildo eclesiástico en pleno con sobrepellices y dalmáticas relumbrantes de oro y sedas. En el coro se entonan las preces a los acordes del órgano, y ante las cristaleras las volutas del incienso se irisan de mil colores.

El obispo se viste su mitra y manto de medio pontifical. Por la puerta del sur aparecen seis capellanes con cruz alzada y cirios encendidos. Su Eminencia levanta el báculo y recita el *Deus in adiutorium meum intende*, mientras avanza seguido de los racioneros y beneficiados hacia un dosel de terciopelo colocado junto a la capilla de Santa Bárbara.

Fatjma y Barca, escoltadas por sus madrinas, doña Angela Josepha de la Rocha y doña Luscinda Alfaro, acercan sus hachas de tea a los cirios chisporroteantes. El señor Delgado y Venegas vierte sobre sus cabezas exorcismos y santos óleos. Y otra vez la comitiva se

ha puesto en marcha, y ante el Evangelio han concluído las ceremonias, después de dar el señor obispo un golpe con el pie al cojín, «acción que siempre practica», y de trocar sus vestiduras moradas por otras completamente blancas. Ya son cristianas las dos moriscas, y el obispo se despide bendiciendo a los fieles. «...Y se hizo dicha función con admiración del pueblo, cuyo concurso no se ha visto jamás, a ocasión de haver repicado las campanas de esta Santa Iglesia una ora antes del toque y después prosiguió el repique hasta volver dicho señor Ilustrísimo a su palacio.»

#### MALOS VIENTOS

Las nuevas cristianas se trasladan a una casa del callejón del Diablito, amueblada con el resto del dinero que produjeron las joyas «de gran preciosidad» traídas de Río de Oro. Al principio, menudean las visitas: gente de alto copete y clerecía empingorotada. Mas poco a poco se las va olvidando y únicamente acuden desde Telde, con alguna frecuencia, la señora y la hija del coronel de la Rocha.

El alférez ha sido destinado a Tenerife. Don Antonio de la Rocha y el general gobernador son muy amigos. El padre de don León María ha hablado con su jefe, y el alférez ha de marchar forzosamente a la isla vecina. La despedida de los dos enamorados ha sido muy triste. Pero él volverá para desposarse con la linda morisca. Y Fatjma, llamada ahora Ana Joa-

china, ha prometido no salir a la calle hasta que don León María regrese a Gran Canaria.

Tenerife es una isla deliciosa. Tiene grandes montañas cubiertas de cedros y tilos, mocaneros y sabinas, y un dosel casi perenne de nubes, sostenido por el Teide, que filtra los rayos de sol y convierte los calores del trópico en un clima suave y puro. En el pueblo de Anaga, que está muy retirado de Santa Cruz, hay una playa de arenas doradas y una torreta de defensa escondida entre grandes pinos. Aquí se podría vivir muy feliz, pero don León María se siente muy solo, y vaga junto al mar pensando en otra isla, y vierte en extensos pliegos el ansia que encandece su corazón.

¿A dónde van a parar estas cartas? En vano las espera Fatjma, y en vano escribe también al joven teldense. Una densa niebla, más espesa que la del Teide, ha sido tendida entre los dos enamorados. Y si Ana Joachina no duerme y está desolada, alguien la consuela, aunque con la más aviesa de las intenciones. Doña Luscinda, en cada viaje que realiza desde Telde a Las Palmas, deja descender sobre los cálidos sueños de la morisca la nieve de unas esperanzas envenenadas:

—No te preocupes, León María es muy bueno. En todo caso, algo olvidadizo.

—Él volverá, aunque no tiene más cariños que sus caballos y sus uniformes.

—¡Es una pena que siempre haya sido tan inconstante! ...

Y así, un día y otro día. Además, la vida se mues-



tra difícil para las dos moriscas. El oro no dura siempre, y Aliogrey ben Ibramjin el Aalem, el padre de Fatjma, niega el apoyo solicitado si insisten en permanecer alejadas de su país. Don León María no da señales de vida. Su madre aconseja también la vuelta al hogar abandonado. La situación se ha ido haciendo insostenible. No tienen dinero. El alférez — piensan — ha olvidado a Fatjma. Y un buen día embarcan las dos moriscas con rumbo a la media luna de arena de los territorios españoles del Sájara.

Don León María ha recibido una carta de su madre:

«...Ana Joachina no te escribe porque se sintió tocada de la mano de Nuestro Señor Jesucristo y ha profesado en el convento de las clarisas y no la podrás ver en jamás porque el Señor no lo ha querido, y es lo mejor porque...»

Al llegar la triste noticia, el alférez solicita permiso para trasladarse a Gran Canaria. Se lo concede el gobernador militar de Tenerife tras una espera de varias semanas. Los últimos días en Anaga han sido desesperantes: Las idas y venidas del alférez sobre la playa han marcado un profundo surco en la arena. ¿Por qué ha entrado la morita en un convento? ¿Y a qué se debe su silencio? Algo extraño debe haber ocurrido...

La primera visita de don León María, al llegar a Las Palmas, es para la priora del convento de Santa Clara. La venerable madre Feliciano de San Juan Nepomuceno le ha recibido entre dos Ave Marías

de los maitines. El tiempo justo para decirle que Ana Joachina no está ni ha estado nunca entre su seráfica grey.

Corre el galán a la Catedral. Don Joseph Ventura Reyes, el cura del sagrario, le saluda con muestras de efusión. ¿Y la morita? Tampoco conoce su paradero don Joseph Ventura Reyes. Ni su tío don Lorenzo Alfaro, ni la priora de San Ildefonso... Comienza a impacientarse el alférez. La casa del callejón del Diablito está cerrada. Pero he aquí, que cuando se marchaba apesadumbrado, una vieja le asegura desde el portal fronterero con relamido aire de beata:

—¿La morita? Allá se fué, hijo mío, a la maldecida costa del moro.

¡Ira de Dios! Como una tromba ha aparecido el mayorazgo de los Rocha en su casa de Telde. ¿Qué han hecho con Fatjma? ¿Por qué le han engañado? Doña Angela Josepha llora. Suplica doña Luscinda. El coronel grita con furia. Y sin esperar la respuesta a sus preguntas — que todo lo adivina en el mirar de su madre y de su hermana — don León María ha vuelto a salir a la plaza, y ha tomado su caballo, y ha partido al galope para la ciudad de Las Palmas.

## RÍO DE ORO

Ha llegado la noche. Titilan las estrellas en el espejo tembloroso del mar. La brisa dormita en los palmerales de la costa y el velero se desliza mansamente con susurros cristalinos. El curvado lomo de un delfín

relampaguea un instante en el aire. La *Estrella de Telde* se ha detenido. Paz. Quietud. La noche guarda el equilibrio de la tranquilidad no turbada. Sobre el azul del cielo, traslúcido y fosforescente, las nubes algodonosas pulen la plata viva de la luna.

Al amanecer varios tripulantes saltan a un bote y se dirigen a tierra. Van disfrazados con chilabas y jaiques. El desembarco en la rada se efectúa sin dificultad. El capitán Ojeda aposta dos hombres junto a la lancha varada y se interna en las dunas con el alférez de la Rocha y el resto de los marineros. Con ellos va un moro cristianizado que conoce la tribu de Fatjma ben Aliogrey.

La patrulla, con los fusiles cruzados sobre la espalda, avanza por las llanuras arenosas. Por la tarde vadean un río de aguas turbias, y a su paso se levanta una bandada de patos salvajes con el plumaje azul y el pico rojo y muy puntiagudo.

Durante el día siguiente, el sol es abrasador. El paisaje se abre en amplias perspectivas de arena ondulada y sierras rocosas. De vez en cuando, surgen entre las lomas algunos árboles raquíticos y manchas verdosas de jarales. Al anochecer divisan el aduar de Aliogrey, con los blancos lebreles de sus casas apretujados en torno de una mezquita que simula un cazador al acecho.

El alférez y sus acompañantes esperan la noche escondidos entre los matorrales. Poco a poco las sombras velan el caserío. Las palmeras, moviendo mansamente sus ramas colgantes, se confunden con el fondo negro de Beni-Izarguin. Parpadean las prime-

ras estrellas, y en el horneado brisote del desierto cabalgan los rezos coránicos de los muecines:

—*Al-lak ikemmel bel farja!*... Dios lo concluya todo con alegría.

Cuando el pueblo duerme, dos hombres se deslizan en silencio entre los árboles. Son el capitán Ojeda y don León María de la Rocha. A la entrada del aduar reposa un centinela con la capucha del jaique echada sobre la cara y el fusil entre las piernas. Un certero golpe del capitán Ojeda profundiza su sueño de oasis venturosos y placenteras huríes.

—Aquella es la mejor vivienda. Sin duda será la residencia del jefe de la tribu y su familia.

No se ha equivocado el capitán Ojeda. Los dos amigos escalan la fachada de la casa y no tardan en encontrar a Fatjma. Vuelven al exterior; la morita les acompaña. Y cuando ha salido el sol, la pequeña caravana se halla muy lejos, y Fatjma y León María caminan en busca de esa felicidad que espejea siempre sin dejarse alcanzar ante la codiciosa mirada de los hombres.

## EN EL MAR

Con las velas henchidas y las escotas sujetas, la goleta teldense corta el lomo de las olas a gran velocidad. El tajamar se enfleca de algas rojizas, y en lo alto de los mástiles gallardean al viento los colorinescos banderines.

Bajo la toldilla a rayas blancas y azules, Fatjma

sonríe escuchando las exaltadas palabras del alférez. Don León María habla de la próxima boda, tan pronto lleguen a Gran Canaria. Vivirán juntos para siempre y serán dichosos como nunca lo fueron dos amantes. La brisa trae efluvios de sal y mariscos. Fatjma se ha dejado besar en los labios. Y ha vuelto a sonreír. Pero algo — un lejano presentimiento — le tortura en su interior. Su sonrisa se quiebra en dulces congojas. «—¡Eh, jovencitos!» El capitán Ojeda saluda desde lo alto de la cámara. Ellos le ofrendan en alto el nudo amoroso de sus manos. Y ríen alegres, que la tristeza dura poco en el corazón de los enamorados. Ríe el galán y ríe la dama, y se vuelven a besar, ahora a hurtadillas, en un momento en que el capitán vuelve la cabeza para atender al compás de la bitácora.

Y de pronto, el vigía ha gritado:

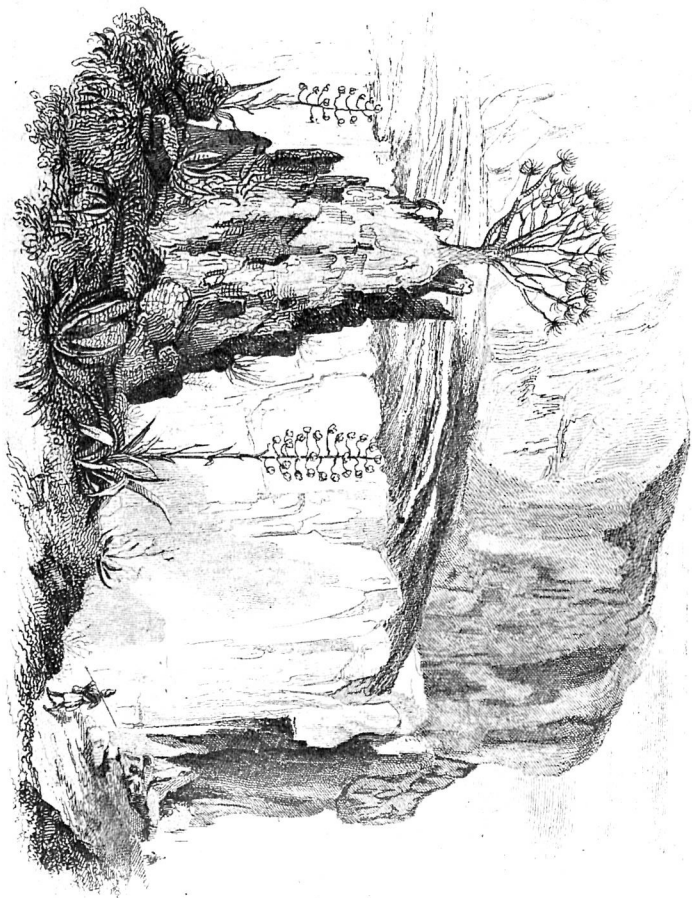
—¡Vela a estribor!

Y luego:

—¡Paño verde! ¡Piratas berberiscos!

Un bergantín se perfila en el horizonte. Viene navegando a todo trapo hacia la *Estrella del Telde*. Al paso de la goleta, las ondas azules se recaman de plata espumosa. El velero pirata va acortando poco a poco la distancia. Al fin consigue acercarse al costado de su presa y se cruzan las primeras descargas de fusilería. En vano el capitán Ojeda se esfuerza en dar virajes atrevidos a la goleta para quitar el barlovento a sus enemigos.

La morisma se lanza al abordaje enarbolando hachas y cuchillos. Es inútil la defensa. Por cada cristiano hay una docena de moros armados hasta los dientes.



DRAGONERO Y ALOES.

La matanza es horrible y sólo se respeta la vida de aquéllos que pueden significar un buen rescate: Fatjma, don León María y el capitán Ojeda. Una vez recogido el botín, los bereberes prenden fuego a la goleta y toman el derrotero del Mediterráneo. ¡Adiós para siempre a la *Estrella del Telde*! Sus despojos, envueltos en llamas, crepitan sobre las olas y la gigantesca antorcha arde ante el dios implacable de la piratería.

Los prisioneros son maniatados y conducidos a las bodegas bajo la vigilancia de una nutrida guardia. Hasta allí llegan los gritos de la morería, prendida en el embrujo del vino — Al-lá es indulgente con los exterminadores de infieles — y de los monótonos canturreos, sahumados por la calmosa nostalgia del desierto.

La fiesta se prolonga toda la tarde. Con frecuencia cambia la escolta para tomar parte en la orgía. Durante el crepúsculo se abre una vez más la escotilla y entra un morazo de turbante ladeado. Con su puñal desata a los prisioneros, en tanto habla rebuscando las palabras:

—Subir conmigo, Sidi Ajdul Karedín estar contento y quiere ver cristianos.

En la camareta de popa, la algarabía se eleva ahora en loor del dios del Islam:

—*¡Al-laj akbar!*... Dios es grande.

—*¡El jamdu lil-laji er rabbi el aalimin!*... Alabado sea Dios creador de los mundos.

El nombre de *Al-lá* se repite una y mil veces:

—Al-lá es único.

—Al-lá nos concede todos los beneficios.

—Al-lá perfuma nuestras vidas con el azahar de la esperanza.

—Al-lá nos reserva el bien infinito.

—Al-lá relumbra desde la inmensidad de los cielos.

—Al-lá domina al sol y la luna...

Los piratas, tendidos en almohadones de cuero pintado, pasan de mano en mano la pipa de kiffi. Al entrar los cautivos, Ajdul Karedín extiende los brazos y renace el silencio. Con lánguidos ademanes señala a Ana Joachina, en tanto le dirige unas palabras en árabe. La morita, con la cabeza baja, no contesta. Se levanta Karedín y le imitan sus compañeros. Lentamente se ha ido acercando a los prisioneros y ha colocado sus manos temblorosas sobre los hombros de Fatjma. Con rudo forcejeo intenta atraerla hacia sí, para saciar en los labios de ella la lujuria desatada por el vino.

Don León María se lanza contra Karedín. Varios moros le sujetan por la espalda y queda imposibilitado para defenderse. Ajdul saca un puñal, y el arma con ciega furia va contra el corazón del alférez. Brilla por un momento la hoja de acero. Pero la morita se coloca con rapidez ante su amado y recibe en el pecho la terrible cuchillada...

Sobre la plateada estela del bergantín se mece una roja flor de sangre. Don León María había aprovechado la confusión para huir hacia la popa llevando en brazos a la morisca agonizante. Por unos segundos se han dibujado en el azul del cielo las siluetas de



los enamorados. Luego se lanzaron al mar. Los piratas bereberes se agolpan sobre la borda. Y Fatjma y León María se han hundido entre espumas, y sobre el yermo infinito del mar ha florecido el símbolo de sus esponsales con la muerte.

## EL RECUERDO

Telde y primavera. El capitán Ojeda, concluído su largo cautiverio, describe los azares de su vida ante el grato panorama del pueblecito que le viera nacer. Las aventuras de Fatjma y el doncel canario traen a su memoria el mágico encanto de los años juveniles, cuando todo es poesía y el corazón sueña sin tener en cuenta las realidades del mundo. Muchos años han transcurrido desde que la fatalidad puso fin al romance amoroso de sus dos amigos. Pero aún perdura el recuerdo. Y el capitán don Alonso Ojeda Mayorga, después de dedicarles un emocionado capítulo, no ha podido reprimir un profundo suspiro, y su añoranza ha quedado entrecruzada en los negros trazos de su letra redondilla:

«...Jamás hubo nada más hermoso que aquel desdichado amor. Eran jóvenes, y la juventud es bella aunque se muera sin acabarla.»

# LA HERENCIA DEL CANÓNIGO

CUANDO llueve en las cumbres de Gran Canaria, el puente de Verdugo, que une los barrios de Vegueta y Triana de la ciudad de Las Palmas, se transmuta en puño y guarnición de gavilanes de la oxidada tizona que forman las aguas y tierras de aluvión al discurrir por el barranco de Guinguada. El tiempo ha manejado esta espada para dividir a la ciudad en dos partes: Vegueta, el pasado; Triana, el presente. Un barrio quieto y heráldico, y un barrio comercial y lleno de vida. En Vegueta reside el obispo, allí está el Palacio Regental y la Audiencia, la Catedral y la antigua cárcel de la Inquisición. En Triana, los establecimientos bancarios y las tiendas exóticas de indios y jarabandinos. Vegueta guarda las reliquias aborígenes en el Museo Canario. En la parte de Triana, los campos de deportes ofrecen sus canchas y terrenos a una juventud ansiosa de cultivar sus fuerzas físicas. Y en medio queda temblando — cuando llueve — la espada de dos filos del Guinguada con la punta hundida en las ondas azules del Atlántico.

En una encrucijada del barrio viejo, junto al barranco con ansias de río, se yergue la llamada casa de don Zoilo: Cal amarilla y jambas de piedra. Balcones de madera en celosía. Puertas de tea claveteada y dos ventanas unidas en ángulo por la bisagra de una retorcida columna de cantería aruquense. Todo pequeño y ligero. Una sonatina o un minuet colonial, entre el rigodón de los vastos conventos y la grandilocuente música de armonium de la mole catedralicia.

Esta casa tiene una curiosa historia. Y hasta una leyenda. De la historia damos fe, porque la hemos trasladado de relatos y papeles fidedignos. Sobre la leyenda juzgue quien quisiere, que a nosotros nos basta con consignarla aquí sin comentarios ni interpretaciones. Malos son los tiempos para creer en brujas y aparecidos, pero si hubiere aún creyentes en estas milagrerías, le rogaríamos que se acercaran a la isla atlántica de Gran Canaria, para dilucidar si el fantasma que vaga por los pasillos de la vieja casona fué en vida don Pedro de Herrera o don Zoilo Padrón. Ambos son los personajes más calificados que han vivido en ella, y tanto a don Pedro como a don Zoilo le cuelgan los pacíficos habitantes de la ciudad el sambenito de unos hábitos fantasmales para purgar delitos que quizá no cometieron. Ignoramos si las almas en pena conservan los atributos que les adornaran en vida. De todas formas, procuren examinar con todo cuidado los presuntos investigadores, si el fantasma tiene barba y bigote. Según verá quien leyere lo que sigue, un detalle al parecer tan insigni-

ficante pudiera guardar la clave del intrincado problema.

Y que la paz de Dios sea con los buscadores de fantasmas.

### BARBAS Y BIGOTES

No constituye el adorno piloso del rostro humano materia despreciable para un profundo estudio. En Espira se prohibieron las barbas en el siglo xv, y poco antes las crónicas de Hagecio censuraban a los que permitían crecer su perilla y bigotes, «a la manera de los paganos, o como los gatos y chivos». Y nuestro Juan de Timoneda, en una de sus obras más conocidas, dirige donosas burlas a los caballeros que no pueden acercarse a sus amadas, por temor a quedarse para siempre sujetos a ellas si enredan sus bigotes o barbas en los adornos del pecho femenino.

El señor don Pedro de Herrera y Valentín, racionero de la Santa Iglesia Catedral de Las Palmas, era un hombre original y muy aficionado a llevar la contraria a sus semejantes. Si alguien decía pares, en seguida aparecía él para decidirse por los nones. Desde que entró en el Cabildo Catedral, allá por los años del Señor de 1677, no hubo discordia ni rebotallo en el seno de la clerecía o entre el elemento civil, sin que nuestro canónigo no se creyera obligado a meter su cuchara y embestir contra todo bicho viviente. Y pobre del que se interpusiera en su camino. Allí

estaba don Pedro para soltarle a quemarropa cuatro frescas al más pintado, y para dejarle como no digan dueñas si no se avenía a su partido.

Con estos antecedentes, es fácil imaginar el cuidado que todos ponían en no contradecirle. Pero sobre él gravitaba la autoridad de Su Ilustrísima el Señor Obispo don Bernardo de Vicuña y Suazo, que a pesar de su natural bondadoso no admitía que por dimes y diretes canonjiles se le alzara el gallo. Si Herrera tenía ideas a contrapelo, al prelado no le faltaba el cepillo de admoniciones y multas para alisarlas.

Y por cierto, una cuestión de pelos fué la que obligó a don Bernardo a tomar medidas que sujetaran al revoltoso canónigo. En aquel tiempo, clérigos y seglares usaban barbas, en especial aquéllos a quien exigía un noble porte su alcurnia o jerarquía social. En las *Constituciones synodales del obispado de Canaria, hechas y ordenadas por el Doctor don Christóbal de la Cámara y Murga, Obispo de Canaria, del Consejo de Su Majestad, en el Synodo Diocesano que se celebró en la dicha ciudad de Canaria en 30 de abril de 1639*, se dictan normas a los sacerdotes para que su pergeño y buen comportamiento muevan al respeto de los fieles. Véanse algunas de las disposiciones, entre las cuales no falta el capítulo correspondiente al adorno barberilescó:

#### ARMAS

«Ningún clérigo de Orden sacro trayga armas, ni de día ni de noche, ofensivas ni defensivas; pero permitimos pueda llevar una espada de camino.»

## TONSURA O CORONILLA

«Cada clérigo trayga la Corona conveniente a su Orden, pues es la insignia de su milicia espiritual: sea en buena proporción, y siempre la traygan abierta so pena de seis reales.»

## BARBA Y BIGOTE

«Diferente ha de ser la barba del Eclesiástico a la del seglar. Sea su barba redonda, baxa, pareja, sin punta ni vigotes, y de tal manera la traygan compuesta que no les sea impedimento para recibir el saludable Sacramento del cuerpo y sangre de Iesu Christo.»

Junto a estas pragmáticas se añaden otros consejos referentes a los convites y juegos prohibidos, modo de llevar las sobrepellices, y otras observaciones *de vita et honestate clericorum*, cuyo contenido, por espinoso y reservado, sólo debe ser materia de estudio para varones sesudos. Razón esta última que permite acogerse al lego cronista al amparo del aforismo popular: «¿No toca el asunto a vuestro sayo? Pues mejor es no meneallo.»

## LA PERILLA DE DON PEDRO

El beneficiado don Pedro de Herrera, pese a sínodos y advertencias, dió en la manía de dejarse la barba y los bigotes a lo galán, con una perilla punti-

aguda y unas guías empenicadas que en conjunto remedaban una Y. Aquello estaría fuera de lo dispuesto por las ordenanzas eclesiásticas, pero no se puede negar que añadía cierta prestancia al canónigo. Una extraña mezcla de hidalguía y unción religiosa daba a su figura una aureola de santo caballeresco. En los sermones — tenía fama de pico de oro, cuando no de pico de gavilán —, la gente quedaba embelesada oyendo sus latines, aunque no le entendieran, pues eran suficientes sus soberbios ademanes para indicar que sus ideas no le iban a la zaga en cuestión de sublimidad.

Las primeras protestas contra la barba de don Pedro surgieron de sus compañeros de silla y coro. O se recortaba la perilla — argüían — o se reconocía el derecho de los demás a imitarle. En principio, la discordia no traspuso las puertas del Cabildo. Mas poco a poco la discusión se fué extendiendo hasta convertirse en hecho público. Con todo ello la fama del barbado canónigo llegó a su punto más alto. La ciudad, en compacto bloque, se descolgaba en la Catedral los días de sermón para oír las oraciones sagradas — cada vez más plagadas de latines — del insigne don Pedro de Herrera y Valentín.

Al poco tiempo comenzaron a verse en procesiones y otras ceremonias del culto, innumerables perillas y bigotes, que los señores canónigos lucían como protesta de la osadía del prebendado. A una paternal advertencia del obispo, le contestaron que todos estaban dispuestos a acatar sus consejos, siempre que Herrera se sujetara también a los preceptos escritos. Un en-



viado del prelado fué a visitar al rebelde don Pedro, mas éste afirmó que su barba no hacía daño a nadie, y que cada cual podía disponer de su persona como gustare mientras no se ofendiera a Dios.

Entre tanto los rumores crecían en el público y se ponía en duda la autoridad episcopal. El prudente don Bernardo de Vicuña comprendía las razones de don Pedro, pero dejar la cuestión como estaba equivalía a dar su consentimiento a una peligrosa indisciplina. Al fin y al cabo, las sinodales de Murga estaban vigentes, y la intransigencia del promotor del litigio merecía un castigo. La orden fué a rajatabla: Todos los canónigos debían recortar su barba hasta dejarla «redonda, baxa, pareja, sin punta ni vigotes» como disponían los cánones, y al recalcitrante Herrera se le ordenaba que en el primer día de coro se presentara con el rostro completamente rasurado.

## EL LEGADO

¡Aymería que andan revueltas sus paternidades! Los canónigos — y los sacristanes y los monaguillos — hablan de la actitud que tomará el prebendado. ¿Vendrá con barbas o sin ellas? ¿Triste o sonriente? .. Más vale esperar, que las horas vuelan, y diga el tiempo lo que ignoraran los aficionados a las profecías.

Probablemente, al recibir don Pedro de Herrera el mandato del obispo pensó no cumplirlo. Mas luego, una vez se hubo serenado, recordó sus deberes

de sacerdote y buen católico y decidió domeñar su violento carácter, acatando la orden de su superior para no dar motivo a escándalo. Al día siguiente, en efecto, se presentó en el coro con la faz monda y litoronda, entre las miradas — y alguna sonrisa — maliciosas de los demás beneficiados. Don Pedro se sintió ofendido ante este recibimiento y la indulgencia que *in pectore* había concedido al obispo, por creer en su buena fe, se la negó a los canónigos, a quienes diputaba causantes de todos los males que le habían sobrevenido.

Si entonces puso punto en boca, al llegar años después la ocasión de hacer testamento, no pudo reprimir el deseo de consignar en cláusula secreta una burla a sus compañeros de canonicato. Por medio de ella se vengaba de la ofensa recibida, sin que esto fuera obstáculo para que dejara patente su espíritu de verdadero cristiano al legar su casa al que precisamente había de sufrir en su persona la broma que el prebendado le dedicaba en representación de todos los canónigos.

Cuando las barbas de tu vecinos veas quemar, pon las tuyas a remojar. De barbas había sido el litigio y con barbas soñó don Pedro. Y ello a pesar de que una vez olvidado el incidente, el obispo le había permitido dejárselas crecer de nuevo, aunque siempre sujetas a los preceptos ordenados. Con barbas murió don Pedro, y entonces se hubo de abrir el testamento, y sin barbas quedó un canónigo, y otro, y otro...

La parte más sustancial de las disposiciones posteriores del ilustre clérigo se refiere al legado de la hoy

llamada casa de don Zoilo, sita en las calles de Pelota, n.º 17 y Herrería, n.º 10, a favor del canónigo *que se sentara en su silla del coro*, por riguroso orden de antigüedad, y así por los siglos de los siglos, como se ha venido cumpliendo hasta nuestros días. Según los libros del archivo catedral el legatario estaba sujeto a los siguientes privilegios y obligaciones:

### *Derechos*

- 1) Vivir o habitar la casa por todos los días de su vida.
- 2) Poseerla, como usufructuario de ella.
- 3) No poder traspasar este derecho.
- 4) Percibir los frutos de la parte que no habite, la que, al efecto, puede arrendar.

### *Deberes*

- A) Habitar la casa.
- B) Levantar los gravámenes impuestos por el testador: 1) Decir cada semana dos misas por su intención en el altar de San Gregorio de la Catedral. 2) Pagar el censo anual de seis doblas al Comunal. 3) Otro de igual cantidad a la Fábrica.
- C) Hacer las reparaciones y reedificaciones necesarias para su conservación.

Al hacerse cargo de la herencia el primer canónigo a quien correspondía el beneficio, se encontró con la inesperada novedad de la cláusula secreta. En ella se

traslucía el espíritu, más burlón que vengativo, de don Pedro de Herrera. Al legatario de la casa se le imponía una condición bajo pena de renunciar a su propiedad si no la aceptaba. ¿Cuál era esta condición? Muy sencillo: había de llevar siempre el rostro afeitado.

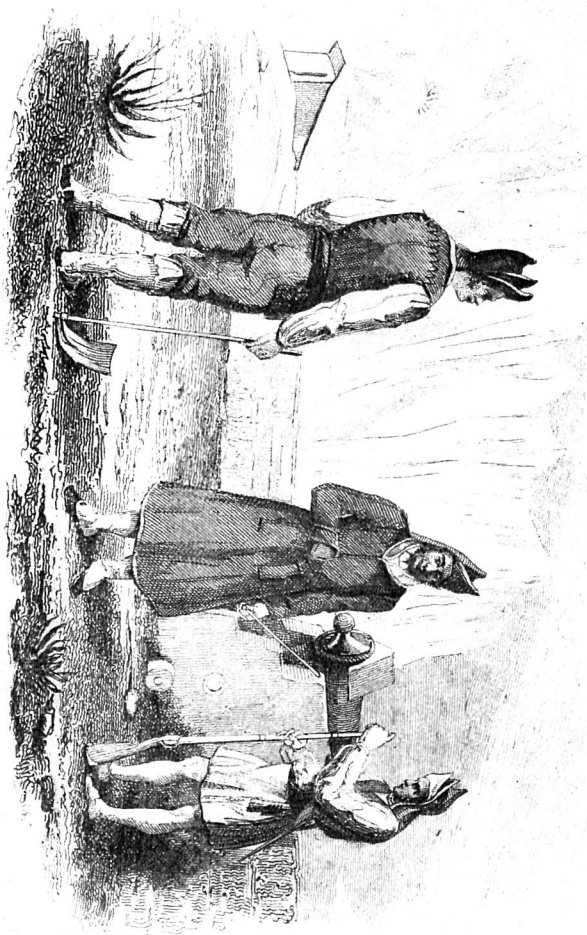
Y aquí del dilema: o barbas o casa. Algunas noches debió tomarse el nuevo ocupante de la última silla del lateral izquierdo del coro, donde se sentaba en vida don Pedro, para pensar si era mejor quedarse con barbas y sin casa o le convenía decidirse por la inversa. El asunto requería meditación. Abundaban los pros y contras. El secreto había trascendido, y al bendito canónigo le agradaba tanto la casita como temía las burlas si aparecía afeitado ante el pueblo y sus compañeros.

Llegó el día de ocupar la casa o renunciar a su posesión. Ya lo hemos consignado: Con barbas había muerto don Pedro, y por su herencia, desbarbado quedó un canónigo, y otro, y otro...

#### LOS TIEMPOS NUEVOS Y LA LEYENDA

Estos canónigos a quienes nos referimos, fueron los sucesivos usufructuarios del legado. Tan pronto moría el ocupante de la silla y casa de don Pedro de Herrera, pasaba otro a ocuparlas, previa visita a una barbería, hasta que la costumbre de rasurarse el rostro hizo desaparecer este singular requisito.

Puede parecer extraño que la casa haya tomado el



TRAJES DE NATURALES DE LAS CANARIAS.

nombre de uno de sus múltiples propietarios y no el del canónigo que cediera su propiedad de una manera tan original. Nadie conoce el motivo, ni a nadie se le ocurrió bautizarla, hasta que en ella vivió don Zoilo Padrón, un doctor en Sagrada Teología cuya fuerte personalidad se tradujo en un reguero de topónimias. Baste citar como nuevo ejemplo el *Barranquillo de don Zoilo*, donde dicho canónigo poseía una finca que al tomar su nombre perdió su antiguo apelativo catastral.

Don Zoilo Padrón de la Torre, natural de Las Palmas y beneficiado de su Santa Iglesia Catedral, se recibió en la primera canonjía el año del Señor de 1899, después de haberla ganado en discutidas oposiciones. Al correr del tiempo fué profesor del Seminario y Vicesecretario de Cámara y Gobierno del Obispado. Afirman quienes bien le conocieron que era de carácter alegre y muy bromista. Tenía, además, gran afición a las riñas de gallos, suelta de palomas, y toda clase de diversiones en que figuraban animales — lo que convirtió la casa de Herrera en un pequeño parque zoológico —, sin que esto fuera impedimento para que dedicara lo mejor de su vida al cumplimiento de sus sagrados deberes. Si luego hubo de servir para que le colgaran milagros ajenos, allá se quede cada uno con la parte de culpa que le correspondiere, y él disfrute de la gloria de Dios por los siglos de los siglos.

Nunca don Zoilo olvidó las doblas — 23'35 pts. — que le correspondía pagar como censos obligatorios anejos al testamento, ni dejó de officiar las dos misas

por el eterno descanso del donante en el altar de San Gregorio de la Catedral. Años y achaques le llevaron a la tumba desde el domicilio que fué de don Pedro en el cruce de las calles de Pelota y Herrería a las 21 horas y 2 minutos del 18 de noviembre de 1934. Se cuenta que fué a partir de entonces cuando se sintieron los ruidos extraños en la casa, y la primera ocasión en que una sirvienta aseguró haber visto una sombra blanca que se deslizaba por los pasillos.

¿Realidad? ¿Leyenda? Nadie conoce los designios del Señor y es preferible no aventurar augurio alguno cuando ni siquiera sabemos discernir la existencia real de los hechos que nos parecen tangibles. Y si hubiera el tal fantasma: ¿Será don Pedro? ¿Será don Zoilo? La mayoría de la gente se decide por el último. Otros opinan que el señor Herrera y Valentín trata de averiguar si los canónigos usufructuarios de la casa respetan su codicilo secreto. ¿Mas para qué, si ya los eclesiásticos no usan barbas y bigotes?... En fin, quede el asunto, como decíamos, para los peritos en fantasmas, y al cronista se le perdone el haberse metido en camisas de once varas, en gracia a que asegura que no le guía otro propósito al descubrir fantasmagorías ajenas que enaltecer la memoria del caritativo canónigo don Pedro Herrera y Valentín.

GUAYARMINA, PRINCESA  
DE GRAN CANARIA



**S**IETE islas en el Mar Tenebroso. Los navegantes traen la noticia de su descubrimiento a los puertos europeos. Se cuentan historias inverosímiles. Las sirenas rodean a los navíos, y los marinos se lanzan al mar atraídos por sus maravillosas canciones. La Gran Serpiente no se aleja de sus costas. Y unos genios fantásticos, caballeros en alados corceles, protegen a las islas con sus espadas de fuego.

Y, además, en ellas está el paraíso. En la biblioteca nacional de París se conserva el atlas del mallorquín Abrahan Cresques. Fué delineado para el rey Carlos V de Francia, el Sabio, y en él se enriquecen las Canarias con una leyenda que promete mil venturas: «Las islas Afortunadas hállanse en el mar Grande, cerca del término de Occidente. Estas islas se llaman afortunadas porque de toda suerte de bienes están abastecidas. Los paganos creen que aquí está situado el paraíso por la templanza del clima y por la ubértad de su fértil suelo.»

¡Buena presa, buena, vive el cielo, para los amantes de las aventuras difíciles!

## LOS NORMANDOS

En los primeros años del cuatrocientos, unos hidalgos de Normandía sienten el deseo de correr mundo en busca de nuevos cuarteles para sus escudos y doblones para sus arcas. Uno de ellos es Juan de Bethencourt, barón de Saint-Martin-le-Gaillard y sobrino de Robin de Braquemonte, el galante caballero francés de la corte de don Juan I de Castilla. El otro, Gadifer de la Salle, senescal de Bigorre, que tiene fama de ser buen espadachín y un excelente marino. Dos bravos caballeros, en verdad, para desafiar tempestades marítimas y humanas. Y en el año de 1402 el rey francés Carlos IV ha escrito al obispo de Chartres que si alguien pregunta por el «dit Sieur de Bethencourt» y sus compañeros, se le responda que han vendido cuanto poseen para marchar a la conquista de las islas de Canaria y del Infierno.

Después de muchas peripecias, llegan los expedicionarios a las Afortunadas. A la primera islita que encuentran la llaman *Joyeuse* o Alegranza, y plantan en ella la bandera de conquista. Luego se apoderan de Lanzarote y Fuerteventura y pretenden extenderse por el resto del archipiélago. Un ardid reduce a su voluntad al Hierro, la más pequeña de las islas habitadas. Vencer a las otras, pobladas de aguerridos indígenas, es empresa de mayor dificultad. Y Bethencourt se ha visto obligado a pedir ayuda al rey castellano don Enrique III, y ha vuelto a las Canarias

con una escuadra bien pertrechada, y ha traído en su compañía un notable refuerzo de guerreros y bastimentos para la lucha.

Todo es inútil. La isla de Gran Canaria — como la Palma, Gomera y Tenerife — se defiende con tenacidad, y los aborígenes hacen honor al nombre de *Tamarán* o Tierra de Valientes, rechazando los repetidos intentos de conquista de los caballeros normandos.

Gran Canaria. Un cielo siempre azul y unas montañas siempre verdes. El agua que se desliza rumbosa hasta el mar. Los pinos y las palmeras confundidos, como un abrazo del norte con el sur. Y unos nativos, «de gran hermosura», que viven placenteramente cultivando las tierras y adorando al dios *Alcorao* en los bravíos roquedales de Tirma.

## LOS ESPAÑOLES

El tiempo corre. Pasan legiones de propietarios teóricos y conquistadores: el conde de Niebla, Fernán Peraza el Viejo, Herrera, Diego da Silva, el belicoso obispo López de Illescas... Ni los caballos ni la artillería asustan a los temibles isleños, y Gran Canaria sigue manteniendo su independencia pese a los continuos ataques de sus adversarios.

Llegan los Reyes Católicos. «Los serenísimos príncipes don Fernando y doña Isabel — escribe Mosén Diego de Valera — con entrañable deseo que han avido e tienen a servicio de Nuestro Señor, no sola-

mente han querido fazer guerra a los moros enemigos de nuestra sancta fee, mas trabajaron por a ella convertir a los canarios, que de tantos siglos acá han estado fuera del conoçimiento de nuestro Señor.» Por orden suya, marcha a la isla una nutrida escuadra al mando de Juan Rejón, capitán que luego es sustituido por Pedro de Vera, «cavallero esforçado», y como el primero, curtido en las luchas contra la morisma en tierras de *Al-Andalús*.

La guerra es larga y costosa. Los españoles avanzan lentamente, y transcurridos varios años, los indígenas continúan refugiados en las montañas de Ansite, Ajódar y Tazartico.

Algo cambian las tornas con la primera salida de Pedro de Vera. De resultas de ella ha de abandonar este mundo el caudillo Doramas, *contra a sua vountade* como el hidalgo del célebre epitafio portugués. Algún tiempo después, cae en poder de los españoles el *guanarteme* o rey Tenesor Semidán, apresado con otros naturales en una cueva del cantón de Telde.

Los conquistadores envían a Tenesor a la andariega corte de los Reyes Católicos. El arzobispo de Toledo don Pedro González de Mendoza le bautiza en Calatayud bajo el padrinazgo de don Fernando de Aragón. El nuevo cristiano queda admirado de las grandezas de Castilla y promete cooperar con todo entusiasmo a la rendición pacífica de la isla. A cambio de ello, Fernando e Isabel le dan seguridad — «bajo real palabra» — de respetar la libertad de los canarios, si deponen las armas, y considerarlos en lo sucesivo como nuevos españoles.

Mientras tanto los indígenas han elegido como jefe a Bentejuí, primo y prometido de la princesa Guayarmina, heredera del trono que ha dejado vacante Tenesor. El antiguo rey, llamado ahora don Fernando de Guanarteme llega al real de Las Palmas, donde es recibido cariñosamente por los españoles.

Los canarios rechazan todos los ataques. En una expedición al interior de la isla el guanarteme acompaña a los españoles. Al verlos llegar al pie de las montañas donde están escondidos, los canarios echan por las laderas grandes piedras que causan muchas bajas entre sus enemigos. Don Fernando se dirige a sus antiguos vasallos para darles a conocer las promesas reales. Sus súplicas son inútiles. Los canarios les muestran sus armas y le responden señalándole los montes vecinos coronados de guerreros isleños:

«Tamarán aún existe... ¡Mírala en pie sobre esos roques!»

## GUAYARMINA

El sol prende llamitas doradas en las verdes aguas de los pinos. Cantan las alondras y ríe la fuente. Las baifas o cabritas — lomo de peluche gris y vientre plateado — retozan sobre el terciopelo esmeralda del césped. Sus siluetas movibles se reflejan en las aguas bruñidas del lago. Una nueva figura tiembla ahora sobre el agua. Las cabritas huyen. Guayarmina, la gentil infanta canaria, se mira en el narciseño espejo.

¡Qué fino es el oro de la cabellera! ¡Qué lindos los ojos canelos! ¡Qué graciosos los bermejos labios! El *tamarco* de piel gamuzada ciñe las gracias de su cuerpo juvenil sin ocultar los brazos y muslos, melados por el sol de los trópicos. ¡Qué hermosa es la princesa! Y Guayarmina ha buscado amapolas y margaritas entre el césped, y ha convertido en aureola de sus rubios cabellos, aquellas amapolas y margaritas que eran en el prado sangre y espumas.

Allá viene Bentejuí. Es alto y moreno, de compleción hercúlea. En el joven caudillo todo destella nobleza y bravura. Con paso quedo se ha acercado a la princesita, inclinada sobre la laguna. Y, junto a ella, ha exclamado:

—¡Dulce Guayarmina!

La princesa siente ahondarse la tristeza en su corazón. ¿Y por qué sufre? ¿Por qué suspira al ver a su amado? Si su prometido la toma de las manos, ¿por qué brillan las lágrimas en sus lindos ojos? Pobre Guayarmina dolorida y enamorada. No llores y sigue a Bentejuí, que la rogativa, si no otra cosa, dará al menos a tu pueblo esperanza para continuar la lucha contra los crueles invasores.

Los roquedales de la Cumbre se encienden en llamaradas rojizas. Las piedras, al conjuro del sol ardiente, se retuercen en gigantes convulsiones. El Bentaiga y el Nublo, los colosales monolitos, que hacen la guardia eterna a los dioses canarios, parecen fundirse en un infierno plutónico. ¡Que Alcorac proteja a sus siervos!

Ya las *jarimaguadas* — vestales desnudas bajo sus

collares y faldellines de flores — avanzan agitando las varas sagradas de eucalipto. Los guerreros ofrecen sus armas al padre Sol. Y Guayarmina y Bentejuí se han cogido de las manos desde sus andas de oloroso ramaje, y se han contemplado con esa sonrisa que el amor hace florecer en sus elegidos aunque les acechen las mayores desventuras.

### UN DÍA DE SAN PEDRO MÁRTIR

Sale el sol tras las altas montañas del centro de la isla. Los dos ejércitos se aprestan para la lucha. Entre los riscos encendidos de pitas y chumberas han aparecido los torsos semidesnudos de los canarios, apenas cubiertos por breves ropillas de piel y palma trenzadas.

En el campo contrario, los rayos solares despiertan rutilantes reflejos en los cascos y corazas de los españoles. Aquí están los *pardillos* y *azules viejos* de los Tercios con sus rodelas y ballestas. Los hidalgos de a caballo, luciendo sus trajes pintorescos y tizonas bruñidas. La artillería con culebrinas y falconetes. Y entre yelmos y cotas de malla, un bosque de espingardas y picas, florecido a trechos por los airones de plumas de los fijosdalgo con derecho a repartimiento en las conquistas venideras.

Al frente de las tropas caracolean dos caballos espumajeantes. Sobre sus sillas engualdrapadas se yerguen sendos guerreros con fuerte coraza y espada desnuda. Son los dos capitanes de Sus Altezas. Don Pedro de Vera, el antiguo alcalde de Ximena y vein-

ticuatro de Jerez, mira al frente con gesto de águila dispuesta a lanzarse sobre su presa. Don Juan de Frías, el caballero burgalés de la mano enjorada por anillo episcopal, empuña la tizona para batirse por Cristo, que «bien se juzga — afirma en una carta — que para ganar almas se faze nesçesario acabar antes muchos cuerpos.»

La soldadesca cristiana avanza con las lanzas en ristre. Los isleños esperan el ataque desde lo alto de los cerros, con sus escudos pintados de vivos colores, sus grandes *magados* o mazas y sus arcos y flechas de maderas endurecidas al fuego.

Ya se oyen los clarines bélicos de los españoles y los agudos gritos de guerra de los indígenas. Las dos vanguardias se acercan. Van a chocar...

#### EL TRIPLE GRITO TRIUNFAL

...Vibran las trompetas de Castilla en el aire primaveral y responden desde lo alto de las montañas las cuernas de macho cabrío de los insulares. Comenzaba el combate, cuando he aquí que de las tropas hispanas se destaca un canario vestido a la usanza de los caballeros españoles. Va con los brazos en alto en son de paz. Es don Fernando de Guanarreme que luce los ricos ropajes de grana con adornos de plata que le relagaran los reyes de Castilla y Aragón. Y al llegar junto a los isleños, don Fernando ha acallado el griterío con majestuoso ademán. Y les ha hablado de unos poderosos reyes que dominan al mundo y



cuyas caras resplandecen más que el sol. Y de un país inmenso, al otro lado del mar, con grandes ciudades, y magníficos templos, elevado a otro *Alcorac*, que es el verdadero Dios. Esos reyes podrían destruir a la isla si lo quisieran, pues les bastaría mandar miles y miles de hombres, con armas que arrojan fuego por una punta para cada uno de ellos. Y si no lo hacen es porque quieren que los canarios conozcan al nuevo Dios y sean como los demás españoles. Podrán cultivar las tierras con aparatos que facilitarán su labor, y tendrán vestidos como los de él, y sus viviendas serán cómodas, y sus actuales enemigos se llamarán sus hermanos, y los canarios podrán casarse con sus mujeres. Y una nueva época de paz vendrá para la isla y para todos sus habitantes.

Don Fernando de Guanarteme ha logrado el triunfo en esta ocasión. Los canarios se han convencido con sus emocionadas palabras y se rinden a la nobleza de los reyes de Castilla. Ociosos resultan los esfuerzos para impedirlo de Bentejuí y de Faya, el *faicán* o sumo sacerdote del cantón de Telde. Y cuando sus tropas se dirigen hacia el campamento español, los dos jefes se lanzan abrazados por un precipicio, repitiendo la milenaria invocación al dios guanche:

—*¡Atis Tirma! ¡Atis Tirma!*

Los españoles — que no en vano hay por medio una palabra real — permiten que los nativos disfruten de libertad para cultivar los sembrados abandonados. Al concluir la recolección, marcharán al real de Las Palmas para fijar las capitulaciones que han de unir a los dos pueblos en uno solo.

¡La paz! Canarios y españoles se abrazan como hermanos. No hay vencedores ni vencidos. El alborozo reina en todos los pechos. Y el alférez mayor don Alonso Jáimez de Sotomayor ha levantado la insignia de la cruzada entre redobles de atambores y florituras de clarines y ha exclamado con potente voz que retumba en los encrespados penachos:

—¡La Gran Canaria por los Muy Altos y Poderosos Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, Rey y Reina de Castilla y Aragón!

#### LA INCORPORACIÓN A CASTILLA

Ya la sementera dió su fruto y los canarios se disponen a rendir homenaje ante el general gobernador don Pedro de Vera. Un homenaje simbólico: los nativos han entrado a formar parte de la comunidad española y van a ofrecer su gratitud y adhesión a los Reyes Católicos.

El cortejo de Guayarmina discurre por las veredas cinceladas en las rocas de negro maipés. En primer lugar pasan los *faicanes*, con sus bordones de acebuche en las manos santificadas por el antiguo culto y por los tatuajes. Les siguen los *guaires* o nobles, y sus mujeres, adornadas con diademas y collares de barro cocido y conchas marinas.

Guayarmina llega escoltada por el resto del pueblo canario, en un trono sobre andas que transportan cuatro guerreros. La dulzura y candor de su expresión contrasta con la rudeza de los insulares. Va ador-

mecida por las melodías obsesionantes de los tantanes y flautas de caña, mientras la comitiva marcha por los abruptos montes que encauzan al Guinguada.

Al mediodía verifican la entrada en la que hoy es plaza de Santo Domingo en la ciudad de Las Palmas. En ella está reunida toda la colonia española. El general Pedro de Vera se adelanta a recibir a la princesa, rodeado de sus soldados y «genterío de mar». Guayrmina desciende de su trono y con voz fresca y juvenil — traducida por un trujamán isleño — hace entrega de sí misma y de su pueblo al representante de los reyes de Castilla. Le contesta el gobernador tomándoles bajo la salvaguardia de Fernando e Isabel. Y de nuevo se repiten las muestras de alegría y los abrazos entre españoles y canarios, y la isla queda para siempre incorporada a la ruta gloriosa de los países hispánicos.

#### LA BODA DE LA INFANTA

«El gobernador Pedro de Vera — dice un cronista anónimo — avisó a sus Altesas cómo la isla de la Gran Canaria era ganada y los canarios christianos, estando debaxo de su rreal çetro, y que fuesen servidos de mandar vesindades a los que en ellas quisiesen vivir. Y sus Altesas se lo agradiesieron, y por su proibición se lo cometieron, y el Pedro de Vera rrepartió la tierra y aguas, dando a cada uno según la calidad de su persona, y hiço traer de Castilla y de la isla de la Madera muchos sarmientos y otras plantas y semillas

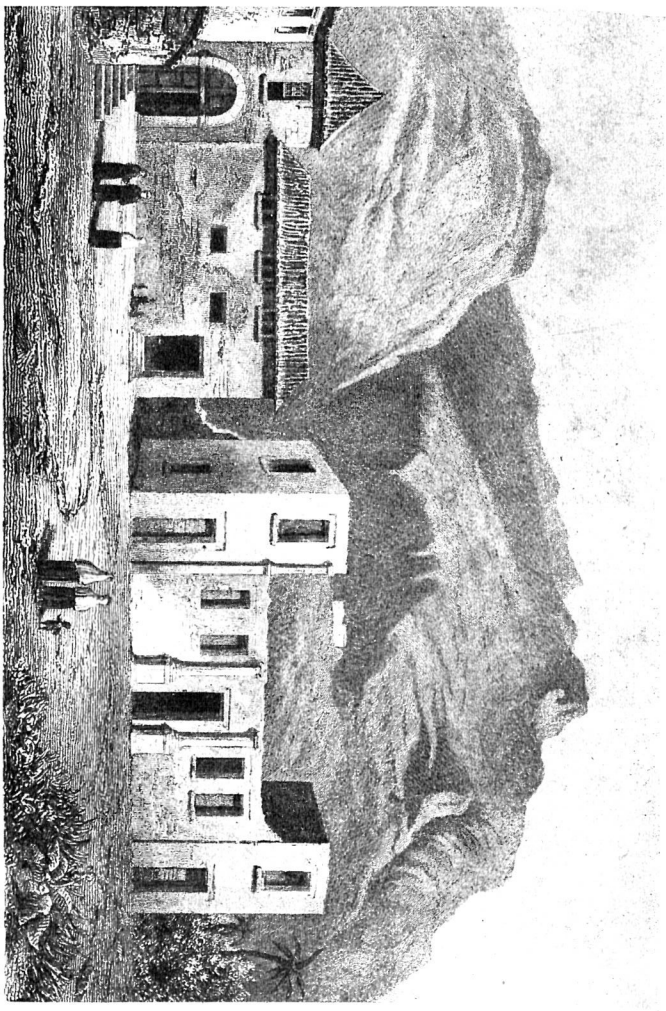
y cañas de asúcar, con que la isla se ennoblesió en pocos años.»

Ya se han nombrado para el buen gobierno de la isla los doce nobles personajes que han de regirla conforme al mandato real. La silla prelatia de San Marcial de Rubicón, en la isla de Lanzarote, ha sido trasladada con gran pompa litúrgica a la iglesia pal-mense de Santa Ana. Hay exención de pechos y alcabalas. Y la isla ostenta unas armas que rememoran su fidelidad a los Reyes: un León linguado de rojo, un castillo de oro en campo de plata, dos canes altos con una palma en medio y diez espadas cruzadas de dos en dos como orla. Al correr de los años, la pequeña villa del margen del Guiniguada crecerá en población y honores, concediéndosele diversos títulos, en varias etapas, que la convertirían en *La Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas de Gran Canaria*.

La naciente colonia se desenvuelve con rapidez. Los canarios reciben en masa las aguas bautismales y se convierten en verdaderos cristianos. Empiezan a llegar frailes domingos y monjitas de toda laya. Se fundan conventos. Los soldados españoles se casan con doncellas indígenas, y al cabo de algunos años la fusión de razas no permite distinguir diferencia entre los dos pueblos.

La princesa Guayarmina ha tomado el nombre de doña Catalina Fernández de Guanarteme. La dulce infanta está otra vez enamorada, pero ahora de un caballero español. Bentejuí ha muerto. Bentejuí es ya sólo un sueño. El tiempo no ha pasado en vano

RUINAS DEL PALACIO DE LOS CONDES DE LA GOMERA, EN GARACHICO



y ella ve en su matrimonio con don Hernando de Guzmán el alto destino de su raza.

Amor une a don Hernando y a Guayarmina, a Castilla y a Gran Canaria. Amor vence siempre, si a tiempo se trueca el gesto fiero por la sonrisa y la espada por el corazón.

# LA CASQUIVELETA NIÑA DE BERMÚDEZ

**F**UERON siempre las riquezas de las islas Afortunadas señuelo alucinante que atrajera a sus costas los navíos de piratas y corsarios. Desde tiempos inmemoriales, los caballeros de industria — ajorca en el brazo velludo y arracada de oro en la oreja izquierda — buscaban allí pertrechos de boca y bolsa para estibar las bodegas de sus veleros malditos. Jacques de Soria, Pata de Palo, Drake o Vander-Doez amenazaban con varia fortuna a los atemorizados isleños. Corriendo el año de 1595, el ingenio peregrino del canónigo Cairasco pone en boca de Drake una arenga que debía deslumbrar a los piratas ingleses, preparados para el asalto a la ciudad de Las Palmas:

*«...Los regidores son ricos,  
y más ricos los abades,  
mermelada y confitura  
no hay otra que se le iguale.  
Hallaréis damas bizarras  
de discreción y donaire,*



*muchas vírgenes hermosas  
porque no hay con quién se casen.  
Hay tiendas de gran riqueza,  
caudalosos mercaderes,  
y, en fin, todos los regalos  
que pueden imaginarse...»*

Los piratas han de volverse sin satisfacer su codicia. Pero no siempre sucede lo mismo. Dos siglos después, concertada la paz de Basilea y en guerra con los ingleses, el cañón de San Fernando y las campanas de los conventos anuncian con frecuencia la cercanía de velas corsarias. La población en masa abandona en estos casos sus menesteres para engrosar las milicias. Los hombres útiles se reparten por los castillos con toda clase de armas. Se erizan las azoteas de viejas ballestas y mosquetones, manejados por ancianos y muchachuelos. Las mujeres ayudan a la marinería de San Telmo, atrincherada tras las barcas que se despezan al sol sobre la pedregosa playa de la Marina. Las monjitas elevan sus rezos a Dios, y algún cura esforzado arenga a los soldados contra los malditos herejes. Y los *blanquillos* y granaderos, desde los fuertes del litoral — Santa Isabel, San Felipe, Santa Ana... — cargan los cañones con bolas de hierro, abren las aspilleras y esperan tranquilos el momento de batirse por la isla y por la Madre Patria.

## LOS MEMORIALISTAS

Periclita el setecientos. En la calle de la Peregrina de la ciudad de Las Palmas, tras su alto pupitre de comerciante, don Antonio de Vetancourt garrapatea a la luz de un velón de aceite sus *Quadernos de Apuntes Curiosos*.

Estamos a miércoles, 18 de mayo de 1796. El señor Vetancourt se ha calado sus antiparras festoneadas de verdín y ha escrito una nota con su acostumbrada heterodoxia gramática:

«A las dos de la tarde se dieron a la vela los nueve nabíos olandeses que estuvieron fondiados por muchos días y sucedió la desgracia de que en esta misma ora un oficial del Navío Clarís mató al sargento Arsola con una escopeta con bala, pero fué inosente por haver sido por una rara casualidad.»

El señor Vetancourt enhebra a su relato el vocablo *casualidad* sin parar mientes en interpretaciones alambicadas. Pero a veces hay que destilar las palabras en el alambique de las torcidas interpretaciones, aunque se transmute en plomo el filamento de oro que culebrea dentro de una narración.

Lo casual no es absoluto, sino esencialmente relativo. Un efecto siempre requiere una causa. Difícil el dilucidar si esta causa necesaria se debe al azar o a una voluntad determinativa. El señor Vetancourt, tan sencillo y caballeresco, con su barbita en punta y

su capa de anascote azul, no puede creer en malas voluntades. No ha mucho que han llegado a la ínsula unos papeles impresos en París de la Francia, con ciertas ideas revolucionarias de un hereje ginebrino sobre la bondad primitiva del hombre no contaminado por la sociedad. Don Antonio — ¡Dios nos libre! — no los ha leído. Le basta saber que de cara al mar los hombres no pueden ser malos, aunque como este Filipo Van-Balen, primer oficial del Clarís, hayan tenido accidentes desgraciados que dejen sin vida a un semejante «por una rara casualidad».

En la isla hay muchos aficionados a distraer sus ocios llevando al papel los hechos grandes o pequeños de la vida cotidiana. El tiempo parece discurrir lentamente. Todo duerme. Las fiestas con motivo de la coronación de un nuevo rey o un simple catarro de una sobrina, merecen al cronista particular una atención meticulosa.

Don Isidoro Romero y Ceballos, otro coleccionista de menudas noticias, es algo más erudito que don Antonio, aunque desprecia igualmente la ortografía. El señor Romero y Ceballos, sí que ha leído los papeles impresos en París de la Francia. Pero él conoce mejor el asunto, y a pesar de las nuevas teorías ha consignado en su *Diario Cronológico Histórico* de forma diferente la marcha de los holandeses:

«...al tiempo de Levarse cometieron la inhumanidad, por algún resentimiento particular, de matar de un fusilaso que graduaron de casualidad al Sargento José Arzola, comandante del castillo de dicho puerto, estando a la Lengua del agua a tiempo que se despedía

de la Playa el último bote de dichos buques que estaban ya a la Bela.»

«Algún resentimiento particular.» El señor Romero y Ceballos sabe ciertas cosas...

El señor Romero y el señor Vetancourt pasean juntos por la *Pialla di Santa Ana il Domo*, como la llamara en el xvi el cremonés Leonardo Turriano, y comentan los sucesos de la ínsula que luego han de trasladar a sus pintorescas memorias. El señor Vetancourt habla de Filipo Van-Balen. El señor Romero le escucha. Siente no poder descubrir un secreto muy delicado. De pronto, para distraer sus pensamientos, se detiene y pregunta al señor Vetancourt:

—¿No es muy linda la niña de Bermúdez?

## HA LLEGADO UNA ESCUADRA

A la bahía ha llegado una escuadra. Nueve fragatas y navíos de línea holandeses. Traen apetito y escorbuto, y prometen no atacar «por siempre jamás» a los barcos españoles. Las velas amarillentas flamean todavía en los mástiles. Hay cabildeos de tierra al mar, entretejidos de mensajes con banderolas. El señor gobernador ordena que las campanas enmudezcan y que el cañón de alarma — ¡al arma! ¡al arma! — deje de atronar el espacio con sus periódicos zambombazos.

Doña María Rosario de Bermúdez, gentil damisela de diecisiete añitos, ha salido a su verde balcón para contemplar las maniobras de la armada. Allá abajo,

en la Marina, hay muchos curiosos. Un catalejo pasa de mano en mano. María Rosario reparte sus miradas entre el grupo de vigías de ocasión y los navíos, que sobre las olas ensayan un aquelarre de gaviotas.

La niña de Bermúdez es muy gentil: rubia, con el cabello dorado como las espigas de candeal maduro. Y María Rosario es graciosa. Y María Rosario vuelve ahora su vista hacia el lejano castillo de las Isletas, donde un artillero se desoja avizorando con igual interés un verde balcón entre mil balcones verdes.

Los pensamientos de María Rosario de Bermúdez son tan volubles como su mirada. Y su corazón tampoco es muy firme. Pero ahora está enamorada, locamente enamorada, del granadero de las milicias don José de Alzola. ¡Qué guapo — opina la señorita de Bermúdez — es su galán! En la última fiesta en el palacio de los Hurtado de Mendoza llevaba chupa de terciopelo, calzón de seda azul anudado por debajo de las rodillas, medias blancas y zapatos con hebillas de oro. Y ella, al pasear por el jardín del brazo de su amado, sentía cómo el espadín del sargento se enredaba en los volantes de su traje rosa, espumoso de encajes de Fuerteventura.

...La escuadra ha *fondiado*. El enviado del general de la plaza vuelve a tierra en un bote. Blancos puños se agitan desde la playa y blancos pañuelos les contestan desde los buques holandeses. Las iglesias lanzan al vuelo sus campanas en saludo de bienvenida. Y las velas amarillentas se abaten, y quedan al aire los espinazos de vergas y mástiles adornados de colorinescas banderas.

## ESCARAMUZAS

Una de las pocas distracciones con que cuenta la buena sociedad palmense, aparte los bailes en los palacios de la Alta Vegueta y las jaraneras excursiones a la Laja o a la playa del Confital, son los paseos nocturnos, en días señalados, de la plaza Mayor o de Santa Ana. El pueblo suele husmear de lejos, sin atreverse a entrar en el recinto adonde acude el señor General Gobernador, el señor Corregidor, el señor Regente, y sus familiares, además de los caballeros y damas de apellidos más empingorotados de la ciudad. Aquí, paseo arriba, paseo abajo, anudan las damiselas y los galanes sus amores con nudos de amor en celo. Y aquí, a la sombra de la Catedral Basílica, de los palacios Regental y Episcopal y del Ayuntamiento, que bordean la plaza, se habla no sólo de amor, sino también de una carta real concediendo el hábito de Santiago a un intrigante personajillo, o de las últimas noticias de la explosión de un volcán en una de las islas vecinas. Y el tiempo, en tanto, transcurre lentamente bajo el cielo estrellado.

Esta noche hay mucha animación. Los marinos holandeses han concurrido al paseo con sus uniformes de gala. Las muchachas canarias son muy bellas; pero a todas las aventaja la niña de Bermúdez. Hace tiempo que varios galanes isleños, además de don José de Alzola, la cortejan y le dedican serenatas bajo su balcón de la calle de la Marina. Hasta un día hubo una

batalla campal entre sus rondadores en que fueron despanzurradas algunas guitarras, cuando a la lucha de folías siguió la más efectiva rivalidad de tirarse los instrumentos a la cabeza.

No cabe duda. En la plaza de Santa Ana, y en toda la ciudad, María Rosario de Bermúdez es la más linda. Y la más solicitada, que no en vano, además, ella es rica y tiene en su escudo jaqueles de oro y sable.

Mas, hoy, sus galanes están entristecidos. Un rubio holandés pasea al costado de la hermosa damisela. La conoció en el baile que ofrecieran las primeras autoridades de la isla a la escuadra del rey destronado por los revolucionarios creadores de la República Bátava. El marino habla despacio, buscando en su mente los pocos vocablos galantes que conoce de la lengua española. Ella sonrío. En su corazón se van borrando todos los recuerdos de amores anteriores. El marino holandés le ha tomado una mano con disimulo y ella siente que una suave oleada de emoción agita su espíritu.

El sargento-comandante don José de Arzola ha llegado tarde y barloventea nervioso. Si sus miradas tuvieran el poder medusino, ¡pobres de la niña y el niño rubio! Don José de Arzola y Díaz — por Arzola un lobo embarrado en el blasón, y por Díaz una corneta de oro en campo de azul — arrastra el espaldín con noble prestancia, mientras sus fieras miradas se clavan en la señorita de Bermúdez.

¿Ha arrojado definitivamente el holandés al canario del corazón de la damita? María Rosario de Ber-

múdez es muy gentil y alocada. Si hoy acepta con complacencia los galanteos del marino, perdida estaba ayer de amores por el gallardo sargento; y mañana...  
*¡chi lo sa!*

Y llega el mañana.

Es la víspera de la marcha. Con una fiesta marítima, los holandeses corresponden al recibimiento de los insulares. Las luminarias de los barcos se deshacen sobre la negrura del mar en lentejuelas de oro. El comodoro, con su tricornio escarapelado de verde y rosa, recibe a las autoridades y *familias ricas* a la entrada del navío almirante. Se alternan los sones de la Marcha Real de Granaderos y la Wilhelmus von Nassouven.

Poco a poco van llegando los invitados. El general gobernador sube la escala con su señora y sus tres hijas. Pasan los Manrique de Lara, Sosa, Sopranis y Castillo-Olivares, descendientes de don Cristóbal García del Castillo. Luego llegan los Mendoza, Alarcón, O'Shanahan y la señora viuda de Bermúdez con su hija María Rosario. Y los Rocha, Padrón — naturales del Hierro —, Millares, Massieu, Calero, Sarmiento, León, Inglott — malteses —, Cabrera, Mesa, Hurtado de Mendoza, Velásquez, Alzola, Delgado...

En el entrepuente, enguinaldado con farolillos y flores de papel, se bailan mazurcas y rigodones. La fiesta ha llegado a su apogeo. Un artillero del castillo de las Isletas se ha acercado a la niña de Bermúdez. Un marino del *Clarís* se ha acercado asimismo a la niña de Bermúdez. Son los dos enamorados que



turnan la guardia, desde hace varios días, bajo el verde balcón de la calle de la Marina. Ahora la banda de a bordo entona un minué de alegre ritmo. María Rosario vacila, no sabe por cuál decidirse.

Filipo es rubio y apuesto.

Arsola, cetrino, como buen canario, y no menos apuesto.

Y María Rosario ha dicho:

—Dance uno conmigo y el otro vaya después bajo mi balcón.

María Rosario se queda sin bailar el alegre minué. Dos reverencias gemelas subrayaron sus palabras y dos hombres — uno moreno, otro rubio — se retiraron a un tiempo.

## AMOR, PÉRFIDO AMOR

La fiesta terminó muy tarde. Se bailó y se bebió profusamente. Al salir, por poco se cae al agua la señora del regente de la Audiencia. Durante el baile se formalizó el compromiso de una condesita de la Ortava y un joven estudiante de físico de la nobleza palmense. Se repitió el desfile de Mendozas, Castillos, Caleros, Manriques, Bermúdez, Sarmientos, Rochas, etcétera. Y para todos tuvo un saludo marcial y un apretón de manos la oficialidad holandesa, con el comodoro al frente sobre la cubierta del navío almirante.

Es muy oscura la noche. Ya se han apagado las luces de la escuadra. Un bote conduce a tierra

a un marino de charreteras doradas y fajín celeste.

En la calle de la Marina, un farol tiende sobre el pavimento un círculo de luz temblorosa. Por él pasa Filipo Van-Balen buscando el verde mirador perdido entre los miradores verdes.

Al oficial le late el corazón con violencia. Transcurridos unos minutos, descubre el balcón ansiado. Filipo silba levemente. Espera. Vuelve a silbar.

Una luz vacilante destella en el balcón. Por la puerta entreabierta se agita una mano. En seguida, la oscuridad vuelve a espesarse, pero no tan pronto que oculta a la vista del marino una soga pendiente ante la fachada de la casa, y sobre el empedrado, un papel envuelto en un pañuelo femenino.

El oficial recoge el mensaje. Lo desdobra y lee unas palabras escritas con letra puntiaguda:

*«Llegaste tarde,  
ya estoy con él;  
vuelve a tu nave  
rubio holandés.»*

A la tarde siguiente, la escuadra se prepara para levar anclas. Se aparejan las velas y se tesa el cordaje de barlovento. La insignia de Su Majestad Neerlandesa flamea en el mastelero de la nao almirante. La última lancha, con varios oficiales, zarpa de la playa junto a la fortaleza de las Isletas, después de haberse despedido el comodoro de las tropas de guarnición de la ciudad.

La soldadesca del castillo se asoma tras las almenas.

Los marinos les saludan. Hay un ligero mar de fondo y el bote caracolea sobre las espumas, mientras se despega de tierra. De pronto, sucede la desgracia. Durante la maniobra se dispara un fusil desde el mar, yendo la bala a herir — a matar — al sargento y comandante don José de Arsola y Díaz.

Regresan los marinos a tierra. El comodoro está consternado. Rápidamente se toman declaraciones ante el gobernador de la plaza. Cree de buena fe el señor gobernador que el accidente tuvo una causa fortuita. El comodoro presenta excusas en nombre propio y del oficial Van-Balen, causante del doloroso suceso, y con sus marinos se dirige de nuevo a los navíos preparados para zarpar.

Se marcha la escuadra. Nueve velas se recortan sobre el horizonte. El viento ruge una patética despedida. Y el sol del ocaso cuelga del cielo nubes de rojo damasco y tiñe de sangre las estelas de las naves neerlandinas.

### ...Y LOS MEMORIALISTAS

El sol, entre las desmochadas torres de la Catedral, lanza sus rayos sobre la plaza de Santa Ana. Unos alguaciles están sentados en la puerta de la Regentía. Varios niños juegan con aros y cometas. Pasan dos curas con sombrero de teja y un campesino con quitasol rojo. Un buhonero anuncia con lánguida voz su mercancía.

El señor Romero y el señor Vetancourt pasean len-

EL PINO SANTO DE LA ISLA DE PALMIA.



tamente, y de vez en cuando se dirigen algunas palabras. Parecen muy preocupados. El señor Vetancourt habla de Filipo Van-Balen. El señor Romero y Ceballos no ignora — pocos conocen el secreto — que el *comodoro* de la *Real Armada Holandesa* es el célebre corsario de Dunkerque, Van-de-Zande, de origen holandés, y el primer oficial del *Clarís*, su lugarteniente Federico Van-Boom, más conocido por *Pelo de Oro* en todos los rincones del mundo donde se oye hablar de bucaneros y piratas.

El señor Vetancourt continúa su peroración sobre las cualidades morales del oficial rubio y apuesto, que han de ser forzosamente intachables por su calidad de marino. El señor Romero no le escucha. En su interior lamenta que una palabra de honor le vede contar su secreto. Además, está soñando con la gentil figura de María Rosario. El señor Vetancourt pregunta si Filipo Van-Balen será católico. El señor Romero no le contesta. Enfrascado en sus pensamientos, se detiene y musita con sentimental añoranza:

— ¡Qué linda, qué linda y qué casquiveleta es la niña de Bermúdez!

# LA MALDICIÓN DE FUERTEVENTURA

**F**UERTEVENTURA es una isla comida por los vientos del desierto. El aire del Sájara llega ardiente y todo lo quema! Don Miguel de Unamuno, durante su estancia en ella, la solía llamar isla acamellada y esquelética. Y, sin embargo, fuerteventurosa.

En el páramo con límite de espumas marinas, las colinas le parecían gibas de camello, que perfilaban la vigorosa osamenta de la isla. Encontraba esqueléticos al tarajal y a la aulaga: el escueto tamarindo sin hojarasca, y la mata todo espinas y flores. El alimento de los isleños, la pella de gofio, simulaba un esqueleto de pan. Y esqueléticos eran también la tierra, las casas y los hombres.

Fuerteventura es la más infortunada — pese a su nombre — de las islas Afortunadas. Se pueden andar leguas y leguas, a bordo de una de esas fragatas bamboleantes llamadas camellos, sin encontrar un árbol ni una gota de agua. Se ven pueblos abandonados, con casas desprovistas de techos y puertas, que se dirían arrancadas por la ventolera. A veces una pal-

mera y el brocal de un pozo recuerdan los paisajes evangélicos; pero todo es ilusión, porque la palmera no da fruto y el pozo está seco.

Y otra vez surge el recuerdo de don Miguel, vi- viendo en la isla y describiendo su pensamiento:

«¡Estas soledades desnudas, esqueléticas, de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed! ¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosa! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo, en la línea desnuda del esqueleto, para el que sabe descubrir en una calavera una hermosa cabeza.»

Hay escenarios apropiados para las tragedias. No se comprenderían un Cyrano de Nueva York, ni una Medea de la graciosa Melbourne; pero sí un trágico don Quijote en estas llanuras desoladas, o un Hamlet con el *ser o no ser* hundido en la carne y el espíritu, frente a las tierras reseca que se van muriendo sin remedio. Aquí el hombre ha de vivir metido en sí mismo y de cara a las verdades eternas. ¡Cuidado del que no lo haga, como don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura! Una maldición pesa sobre la isla y sobre sus habitantes. No importan antiguos esplendores y títulos de *Erbania* o herbosa; el mal está en las mismas entrañas del existir fuerte-ventureño, y siempre ha atacado a los corazones, agostándolos y quemándolos como los campos por el viento del desierto vecino.



¡Y qué bella, no obstante, Fuerteventura, con la enamunesca belleza de los huesos que fueron sostén de pasadas hermosuras!

## EL SEÑOR DE LA ISLA

Vieja es la historia de la casa de Saavedra, y no faltan en sus cartas genealógicas ricos-homes de caldera y pendón, ni comendadores y mariscales. Los reyes de armas se remontan en sus cacerías de pergaminos hasta los tiempos mitológicos, pero augures menos ambiciosos se contentan con adivinar el solar primitivo de la casa en la Galicia medieval. Ya Saavedra el Bueno, del Consejo del rey don Enrique IV — por no subir más arriba — obtiene el espaldarazo de claro varón a manos de Fernando del Pulgar y Lucio Marinneo Sículo. Y su descendiente don Pedro Fernández de Saavedra recoge laureles por tierras de moros y obtiene el nombramiento de señor de la isla de Fuerteventura.

Don Pedro es un adolescente gallardo y arriscado. Su padre, el mariscal Fernán Darías, se atreve contra los Reyes Católicos, y deja la defensa del castillo de Utrera encargada a la valentía de este «mozuelo de fasta catorce o quince años» según el Cura de los Palacios. Poco después, siendo veinticuatro de Sevilla, brujulean por la capital andaluza don Diego García de Herrera y doña Inés Peraza, y el joven Saavedra pone los ojos en una hija de los señores de las islas Afortunadas. Herrera llega a un acuerdo con

Sus Altezas y las islas de Tenerife, Gran Canaria y Palma pasan a ser realengas, mientras las restantes quedan bajo su dominio. Don Pedro se casa con la hija de García de Herrera, ya en las islas, y toma el mando de la antigua Erbania.

El archipiélago había pasado de unas manos a otras como aguzanieves saltarino. Cairasco — el poeta que según Lope amenazaba esdrujular al mundo — ha dejado por unos momentos su rima favorita para relatar los traspasos que siguieron al abandono de Juan de Bethencourt:

*«...Dejó las islas a Mosiur Maciote,  
sobrino suyo, y dió la vuelta a España,  
éste las dió en empeño, muerto el tío,  
a don Guillén, llamado de las Casas,  
y éste las dió con una hija en dote  
a Hernán Peraza, caballero noble,  
el cual las dió también en casamiento  
con su heredera doña Inés Peraza,  
ilustre, generosa y bella dama,  
al valeroso Diego de Herrera...»*

Y he aquí a don Pedro Fernández de Saavedra — igualmente por matrimonio — convertido en señor de la isla de Fuerteventura.

## HIJOS Y CABALGADAS

En estos tiempos la isla fuerteventureña o majorera está cubierta de acebuches, viñátigos y palmas, y en

sus colinas, venadas por el agua de las fuentes, hay césped macho y retama amarilla. No escasean tampoco el ganado ni el oro en hilachas del trigo y la cebada. Todavía se distinguen los poblados indígenas, y alguna vez cruza los caminos una moza con *tamarco* de pieles a medio muslo, *guapil* sobre el cabello y *majos* o zapatos, atados con trencilla de palmiche a las piernas.

Don Pedro Fernández de Saavedra y su esposa doña Constanza Sarmiento, la hija de Herrera, viven una existencia trashumante. Tan pronto están en la Oliva, como en Betancuria o la Antigua. En todas partes tienen casa y capilla con cura y misal. Al mismo tiempo van echando hijos a voleo por el mundo: Catorce en junto, y varios más ilegítimos por cuenta del marido. Pero bueno será frenar y no adelantar acontecimientos, que muchas cosas sucedieron al margen de los ímpetus pobladores de los señores de la isla.

Pronto se cansó nuestro caballero del estrecho marco que la isla podía ofrecer a sus ansias de aventuras. No en vano sus marimorenas de la primera juventud andaban en romances, como las correrías por tierra andaluza de su tío-abuelo don Juan de Arias el Famoso:

*«...Sayavedra que lo oyera  
como un león revolvió;  
tiróle el moro un cuadrillo  
y por alto revolvió;  
Sayavedra con su espada  
duramente le hería...»*

Los precisos límites fuerteventurenos le angustiaban: soñaba con algo nuevo. Entonces don Pedro se acordó de África, y de las andanzas de sus antepasados y parientes en Berbería. Su suegro Pedro García de Herrera, en 1467, quiso celebrar la boda de una de sus hijas realizando una expedición a la desembocadura del Guader o Río del Mediodía. Luego efectuó la captura de Jelexgrut, el Juan Camacho de las viejas crónicas, que vivió 146 años. En otro desembarco edificó un castillo en Xibica. Y así, cuarenta y siete expediciones, pues en aquellos tiempos era ocupación predilecta de los señores de las islas «ir de cavalgada a África a saltar moros».

...Y don Pedro ha marchado a tierras africanas, y ha luchado contra los berberiscos, y ha levantado un nuevo fuerte en Erguila de Mar Pequeña, y ha dejado algún hijo a aquellas moritas que le veían pasar al frente de sus tropas con ojos enamorados.

## EL LOBO Y EL CORDERO

Entre la progenie legítima de don Pedro y doña Constanza — cuyos cabos se le quedaron a Viera en el tintero — está don Luis Fernández de Herrera, un galancete que ha ido creciendo con más vanidad que cacumen. Por las calles de Betancuria se le ve pasear muy peripuesto con gorguera rizada a tenacilla, pluma colorada en el birrete, ferreruelo de vellorín y espada rabitiesa. Tiene ya veinte años, y no hay moza que se le ponga a tiro sin que saque tajada. En esto

se conforma con seguir el ejemplo paterno: De tal palo tal astilla, y fúyete niña que te pillá.

Hace algún tiempo que anda tras una muchacha indígena, ahijada de un capitán burgalés y de su esposa. La doncella vive con sus protectores y únicamente muy de tarde visita a su madre en la península de Jandía. A ella no le disgusta el mancebo, pero teme su fama, y procura retirarse cuando don Luis acude a casa del capitán. El hijo del señor de la isla no se arredra por tales dificultades y la asedia con reverencias y cumplidos en los breves instantes en que consigue disfrutar de su presencia.

Don Pedro Fernández de Saavedra organiza otra expedición al África, como castigo de un ataque de piratas berberiscos a las costas lanzaroteñas y majoreras. En este viaje ordena que le acompañen sus hijos mayores don Pedro, don Sancho y don Luis. Este último se ve forzado a abandonar su aventura amorosa, pero confía en obtener el triunfo a la vuelta de su aventura guerrera.

En tierras africanas no suceden tan bien las cosas como en otras ocasiones. Don Pedro y sus hijos tienen que resistir el ataque de los bereberes parapetados tras las ruinas del castillo de Erguila, y sus ballesteros van muriendo poco a poco de hambre y penalidades. Un inesperado refuerzo, llegado de Lanzarote, les salva las vidas. Entonces reconstruyen el fuerte y aprisionan algunos cautivos. A los dos meses de la partida, vuelven a la isla de Fuerteventura. Don Luis no se ha distinguido mucho. Todas sus proezas consistieron en guardarse cuidadosamente del peligro; más

quizá por no estropear el traje, que por miedo a perder la vida.

Al regresar a Betancuria encuentra a la muchacha — Fernanda es su nombre cristiano — algo mejor dispuesta a dejarse cortejar. Ya no rehuye la presencia del joven, y hasta contesta halagada a sus requiebros. El lindo don Luis cuida cada vez más de su pergeño. Ahora ha añadido a los jubones acuchillados y los pasamanos milaneses, una loba muy galana de cambray con cordoncillo de oro. La muchachuela le admira, pero le sigue temiendo. Cuando está lejos de él se promete a sí misma no volver a mirarle. Que cuando el lobo aparece frente a la majada, es regla de corderos avisados no querer salir del redil de la prudencia.

## DE CACERÍA

La otoñada dejó la hojarasca por los caminos. El aire es sutil, y los higos abren su pecho rojo a los picotazos de las calandrias. Algunas nubes tamizan la luz del sol. Por las llanuras fuerteventureñas marcha un tropel de gente en son de caza. Al frente de la comitiva pasa don Pedro Fernández de Saavedra, el muy magnífico señor de la isla, sobre su caballo negro, y le siguen damas y caballeros, también montados, con los espoliques a la vera de las cabalgaduras. Los halconeros — las aves en las alcándaras de los hombros — ventean la caza formados en ala de ataque. Cierran la marcha doña Fernanda y don

Luis, algo rezagados del resto de los cazadores. Los propósitos de la damisela se soterraron en el olvido ante los arrumacos del galán.

Durante toda la mañana se dedican los cazadores a perseguir las piezas. Capturan muchas cabras salvajes, y guirres, y alcatraces, y algún águila de poderosas garras. Las damas atienden al vuelo de las ballestas y a los tiros de los arcabuces, recogidas a la sombra de los árboles. Después de la comida, se organizan juegos de cañas y un simulacro de torneo. Los caballeros pelean por sus damas, e invocan su ayuda de ánimo a grandes voces. Los galanes se arremeten a lanzazos como en un combate de verdad, mas los hierros de las puntas están embotados con papayos y manzanas y todo se reduce a alguna aparatosa caída sobre la hierba.

¿Y Fernanda? ¿Y don Luis? En el grupo de las damas no está la muchacha, ni el mancebillete entre los caballeros. El torneo continúa. Ahora han salido al palenque dos adolescentes, que se defienden de los ataques del rival llamando a sus madres, a falta de cortejo amoroso, por temor a caerse de los caballos. Los gritos de los espectadores les da alientos, y los niños disimulan el miedo cantando victoria a cada golpe del adversario asestado al aire.

Al atardecer, cuando la fiesta ha terminado y todos se disponen al regreso, se oyen unos chillidos a lo lejos, como de una persona que se defiende y pide socorro. Alguien ha notado la ausencia de Fernanda, y dice que bien pudiera ser ella. Don Pedro Fernández de Saavedra monta en su caballo y pide dos

caballeros más para que le acompañen. Los tres parten inmediatamente al galope. Dirigidos por los gritos, divisan al cabo de unos minutos de carrera a dos hombres, que disputan bajo unos chopos ante la presencia de una mujer.

Don Luis y doña Fernanda habían estado toda la tarde paseando a solas. El galán hablaba de su amor. Ella rechazaba sus proposiciones. Don Luis decidió cambiar de táctica, y caminaba al lado de su amada, alejándose cada vez más del sitio donde se hallaban los cazadores. Cuando el sol se ocultaba, quiso intentar por la fuerza lo que no lograba por la persuasión. La muchacha comenzó a llamar, y entonces acudió un labriego que pasaba por las cercanías. Don Luis, furioso, había sacado una daga para atacar al intruso. El campesino se defendía, ante la vista atemorizada de Fernanda, que gritaba con desesperación. En esto, se acercaban don Pedro y sus acompañantes, y la muchacha cayó al suelo desmayada.

Don Pedro Fernández de Saavedra, que avanza al galope tendido, seguido de los dos caballeros, ha visto cómo un hombre ha derribado a su hijo y le ha arrebatado el puñal. Ya está muy cerca, y aprieta las espuelas con furia. El agresor levanta el puñal para herir a su adversario. Don Pedro llega en este instante, y los cascos de su caballo derriban al labriego, que cae de espaldas y al tropezar con la cabeza en una piedra queda muerto.



## LA MALDICIÓN

Damas y caballeros se han acercado al lugar de la tragedia. Don Pedro está desesperado ante el resultado de la fatalidad. Doña Fernanda y don Luis no se atreven a levantar la vista del suelo. De pronto, aparece una vieja, que al ver al muerto tendido en la hierba comienza a llorar con gran dolor. Es una indígena: la madre del infortunado campesino. Trabajosamente inquiere en castellano quién ha sido el culpable. Al levantar la vista para conocerle, retrocede como si viera una aparición. Luego le señala y exclama:

—¡Don Pedro! Yo soy Laurinaga. Has matado a tu hijo. *¡Naxjero Majorata baruca liles tinerjorate!*

Las últimas palabras son indescifrables en nuestros días, excepto Majorate y tinerjorate, que bien pudieran referirse a Fuerteventura y a los majoreros. Alguien ha visto en ellas una maldición de la isla y de sus habitantes.

Han pasado los siglos. Fuerteventura es ahora el esqueleto de una isla.



CAVERNA DE LOS GUANCHES.

# SUSANA Y EL DIABLO

**V**IEJOS anaqueles repletos de libros. Volúmenes aforrados en añejo pergamino. Manuscritos. Sobre la mesa: libros, más libros. Y un señor de angulosas facciones y quevedos de oro, descifrando un legajo con lupa bajo el cono de luz que proyecta una pantalla.

Y el señor — don Agapito del Olmo — ha levantado la mirara de los papeles y ha hablado con parsimonia:

—En la Edad Media, el diablo escogía con preferencia para sus apariciones los montes de la Europa Central: los Cárpatos, el Hartz y las cumbres del Jura. Pero esto no quiere decir que nuestras islas fueran olvidadas...

Su gentil oyente le escucha con interés. Es una damita de porte distinguido, morena y dulce como una princesa de Winterhalter. Fuera del cono de luz se divisa su silueta. Lleva mitones hasta más arriba del codo, y las manos descansan con un abanico entre los pliegues de su traje negro.

El señor del Olmo evoca toda una comitiva de

diablos menores. Los *tibicenas* de Gran Canaria, descritos en el siglo xv por el capellán de la conquista don Pedro Gómez Escudero. Los animales lanudos, «ympinados en dos pies», que según manuscrito de la Academia de Historia, «heran demonios que tomaban cuerpos phantásticos en el ayre y se hazían adorar y temer». El cerdo sagrado o *Aranfaibo* de la isla de Hierro; otro diablo en opinión del franciscano fray Juan de Abreu y Galindo. El *Irnene* o Perro Infernal de la isla de la Palma. El *Guayota* de Tenerife. Y el célebre *Macheal* o *Machías* de la isla de Gomera, aquel demonio con figura de macho cabrío, que inspirara al arcaizante poeta de principios del quinientos Vasco Díaz Tanco en su curioso *Triunfo Canario Isleño*:

*«Allí Machías con monstrua figura  
veyendo ella nudo cualquiera parida,  
con uso coyotino dél era tañida  
después de salida la simple criatura,  
por do le solían cubrir la natura  
con el tabinaste que está en los desiertos  
y desta manera quedaban muy ciertos  
que aquella parida estaría segura.»*

Entre las volutas de esta enrevesada octava, se adivina al diablo pretendiendo satisfacer sus lúbricos deseos con las recién paridas. Y menos mal que para evitarlo existen unos cinturones de castidad tejidos con las ramas del «tabinaste que está en los desiertos». No obstante, o alguna dama gomera se olvida

del faldellín protector o el diabólico galán se decide por una doncella, pues en otra estrofa el poeta de Fregenal comenta así las andanzas diablunas:

*«Do dizen antiguos que hovo linage  
de aqueste malvado por esta manera,  
y de un tizonazo que un hombre le diera  
(quizá fuera el esposo o novio ultrajado)  
quemó mucha tierra la bestia salvaje;  
assí que nojado con mucho corage  
ya no predicava sobido en las peñas,  
(¡el diablo era predicador!)  
empero hazía maneras y señas  
que por aquel fuego le dieron ultrage.»*

#### SIGUE EL DIABLO

Establecidos los españoles en las Afortunadas, el Maligno continúa sus aventuras. Satanás siente predilección por los conventos. Y en las islas hubo 61 conventos, 61. Las monjitas tienen que soportar sus acometidas. Pobre de sor Catalina de San Mateo. Pobre de doña Ana Cibo de Sopranis. Y pobre de doña Petronila Monroy de los Cobos, aquella milagrera sor Petronila de San Esteban, ardida en amores celestiales y atormentada desde su nacimiento por el habitante de los Abismos.

Sor Petronila vino al mundo en Las Palmas el 2 de abril de 1676. En tal día, un diablejo disfrazado de toro quiere matarla. Así, al menos, lo hace constar su fu-

turo confesor y biógrafo don José Loreto, deán de la Basílica de Santa Ana: «El Demonio en esta figura — afirma en uno de sus manuscritos, conservado en el Museo Canario — presintiendo la guerra que le había de hacer aquella recién nacida niña, irritado en infernales furias, pretendía sofocarla antes de que llegara a crecer.»

En los archivos isleños de la Inquisición se registran miles de procesos por pactos con el demonio. 1531: La niña de quince años Felicitas del Pino, está «desposada con el diablo desde hace seis meses». 1590: Agustina de Vargas, viuda, invoca a los demonios arrojando al fuego sal y ciertas yerbas. 1603: Leonor, morisca, esclava de Gabriel de Acuña, de 27 años, es acusada de tener tratos con Satanás bajo la figura de un lindo doncel. Y un último ejemplo, del Archivo Histórico Nacional de Madrid. 1607: Isabel Rodríguez, la Chicharrona, de Tenerife, se le forma causa por «sospecha vehemente de que la rea tiene pacto tácito con el demonio».

El diablo por todas partes. Con atributos zoomórficos o luciendo la estampa de un gallardo caballero. En coros y sacristías o amarrado en una cueva de Fuerteventura por San Diego de Alcalá, con un cordel que todavía se enseña a los turistas en la ermita de Nuestra Señora de la Peña.

...Don Agapito del Olmo se ha desposeído de sus quevedos de oro y una sonrisa ha animado sus angulosas facciones. Sobre el fondo de gruesos folios, la figura de don Agapito recuerda a los monjes medievales, místicos y eruditos, triunfadores de las ase-

chanzas de Satanás. Y el señor del Olmo ha dicho:

—Todo esto parece un sueño. Ya nadie, por fortuna, cree en los diablos.

—¿Cómo podéis decir eso? —interroga la damisela—. Si he cruzado el mar hasta estas islas, es por buscar a Satanás. ¡Y lo hallaré!

El señor del Olmo vuelve a sonreír. Su interlocutora se ha levantado para marcharse. Cuando la ve salir de su despacho, el señor del Olmo se enfrasca de nuevo en sus legajos. ¡Bah, el diablo, tonterías!... Ante sí tiene la copia de un manuscrito del deán Loreto. Hojea unas páginas. Se detiene en el lugar donde consigna la respuesta del Señor a sor Petronila de San Esteban, cuando ésta le ruega que libre a las mujeres de las baladronadas de los demonios:

«Hija, ellas, con su mala disposición, son quienes los incitan a que ellos los inquieten.»

## EL ENCUENTRO

El cantarino rezongueo de la campana menor del Señor San Agustín vibra en los cristales. Diego Artilles se incorpora en el diván que le sirve de lecho. Por la ventana se perfila la torre de la iglesia. En la cámara hay cuadros a medio terminar y una jarra de loza verde con pinceles y espátulas. Una mujeruca entra con el desayuno y una carta dirigida al pintor. Diego se lleva la mano al pecho y declama con prosopopeya:



—Marchad en paz, mi señora doña Dolores. Que la paz sea con su merced.

La carta no tiene firma: «Deseo un desnudo, al cual serviría yo misma de modelo. Si acepta pintarlo, le espero el lunes a las siete de la tarde en el patio de los naranjos de la catedral. Iré vestida de negro y con velo.»

Noble rincón de Vegueta: Isla varada en medio del río tormentoso del tiempo. Calles recoletas y balcones labrados con las aromáticas maderas de los bosques canarios. Plazas dormidas entre el sahumero de los siglos. Casas antañonas de fanfarrón escudo. Recuerdos de corregidores, obispos e inquisidores. En las vigas de las iglesias, los navegantes isleños colgaron las copias en miniatura de los navíos que les transportaron a tierras de Indias. En la catedral, el pendón de la conquista recuerda a aquellos bravos soldados de Fernando e Isabel, encandecidos ante la vislumbre de un magnífico tesoro de glorias y riquezas.

Un halo de misterio rodea a las calles vegueteñas. Sus rótulos son generalmente españoles: Balcones, Audiencia, Espíritu Santo... Los pasos del pintor Diego Artiles parecen despertar el eco de los legendarios conquistadores. ¿No surgirá tras una esquina el general don Juan Rejón con su airoso penacho en la cimera, o don Juan de Frías, el obispo-guerrero, arrasando la tizona bajo el manto morado?

Sobre las casas se recorta el cielo ensangrentado del atardecer. Diego pasa embebido en sus pensamientos. ¿Quién será la comunicante? Las sombras avanzan

por las intrincadas callejuelas. De vez en cuando, aparece un caballero de casaca o chupa de terciopelo y algún cura de manteos revoloteantes. Diego entra en la catedral. En el patio de los naranjos, las sombras tejen y destejen temblorosos encajes sobre las losas del pavimento, y una fuente, escondida entre los arrayanes, cuenta los segundos con su cansino gotear en la taza de piedra.

El pintor se dirige a una sombra cobijada entre sombras. Al acercarse, distingue a una joven dama, junto a la puerta que conduce al templo. Va vestida de oscuro y un velo oculta su cara. Es ella, sin duda, ha pensado. E inclinándose, ha dicho:

—Mi señora, yo soy Diego Artiles, el pintor.

Ha anochecido por completo. El jardín es una mancha oscura entre las columnas claustrales. La fuente continúa desgranando su monótona canción, y el azahar de los naranjos aroma el aire dormido en los árboles y en las piedras. Y la dama ha contestado con aire misterioso:

—Caballero, yo deseo un retrato algo especial...

## LA MAJA Y EL PINTOR

Susana — el pintor no conoce sus apellidos — permanece ante el artista recostada en unos almohadones de brocado. El pincel reproduce poco a poco los rasgos carnales de la delicada figura. En los descansos hablan de arte. Ella contesta al pintor sin abandonar

su aire embelesado. Diego se ha ido interesando por su modelo, y a veces intenta desviar sus palabras por vericuetos confidenciales, pero Susana rehuye toda conversación íntima y da muestras de un pesar que aflora de sus entrañas cuando se trata de ahondar en su pasado.

Diego Artiles ha de conformarse con explicar sus teorías pictóricas. Cada vocablo encierra, como esos trocitos de ámbar que contienen insectos milenarios, el fósil de una idea o de un concepto. Al yuxtaponer los vocablos, sumamos y despertamos estos elementos infinitesimales para obtener otra idea más compleja. Lo mismo se puede hacer en un retrato. Cada pincelada ha de condensar un rasgo espiritual, y el conjunto revelará el temperamento del modelo... Ella parece escucharle, pero sus pensamientos vuelan y revelan en otras alturas. Quizá algún diablillo sonríe en un rincón del aposento.

Así van pasando los días y la imagen de Susana no se aparta de la mente del pintor. En una ocasión ella no acude a la hora acostumbrada. ¡Qué largos son los días cuando se espera! Diego Artiles cavila. ¿Para qué querrá un retrato de su bello cuerpo desnudo? ¿Por qué viste siempre de negro? ¿Por qué tanto misterio? Ya es casi de noche. Las campanas de San Agustín han dado el toque de queda. De pronto, unos golpes en la puerta le vuelven a la realidad. Es una carta, y el pintor ha leído estas palabras: «Perdonadme, hoy no podré ir a vuestra casa.» El corazón de Diego Artiles late con fuerza. En una esquina del plieguecillo hay una corona con un mem-

brete: «Susana Rojas de Meneses. Duquesa de San Alejo del Valle.»

¿Por qué has quedado sorprendido, Diego Artiles? Sí, una duquesa. ¡Ah!, tú no has oído hablar de otro artista que al mismo tiempo que tú pinta a otra duquesa en el lejano Madrid. Las duquesas se tornan en majas, y las majas en duquesas, cuando el traje ha quedado en un rincón y se van sublimando las gracias de la mujer en el trasmundo del lienzo. Sí, Diego Artiles, duquesa es la linda Susana, y son sus sueños más que ducales, pues se atreven con unos pensamientos que no están al alcance de las criaturas. No busques tus rivales en la tierra que nos sustenta. Ella ansía un más allá. Y el más allá puede estar en el camino peligroso de las tormentas infernales.

## UNA BRUJA

Diego quiere desentrañar el enigma de la duquesita forastera. Se ha decidido a seguirla a la salida del estudio. La brisa caliente se aquieta por las calles en esta noche que ha elegido para la aventura. Los chapines de Susana repiquetean en las baldosas. Todo es sombra y misterio. En las esquinas, los faroles de aceite vierten su luz vacilante. Susana sube por la calle del Castillo y dobla hacia Santa Bárbara. Al llegar a la placetilla de San José, mira con desconfianza a su alrededor y penetra en una casa de sórdido aspecto.

Diego, que se escondía en un portal, se aproxima

a la casucha y siente el crujir de las viejas escaleras al paso de su amada. Después de unos momentos de vacilación, se decide a continuar la empresa. Sube también al piso alto. Por un agujero de la puerta vislumbra un cuchitril, vagamente iluminado por un candelabro. Allí está Susana Rojas de Meneses, junto a una vieja de nariz ganchuda que se diría arrancada de una lámina de grimorio medieval. Un buho se yergue sobre una consola. Y la bruja, contrayendo el apergaminado rostro, ha levantado una mano y ha dicho con acento profundo:

—Yo también le amé en mi juventud. Su ardoroso aliento quemó de gozo mis entrañas.

Y la voz de la duquesita:

—Me muero por él. Tráelo hasta mí y te daré todo lo que apetezcas.

Las manos de la bruja trazan en el aire círculos cabalísticos. Sus miradas se fijan en una bola de cristal, que divide y proyecta en el techo las luces del candelabro. Luego extiende los brazos sarmentosos y musita gravemente:

—Mata Cruz, Cruz, Cruz, Serpiente Ponzonosa, Puerta de las Siete Llaves, Manto de Salé, Lagartija de las Tinieblas, Vino de los Cálices Sacrílegos, Sangrientas Palmas de Idumea, Pata Caprina del Gran Sátiro: por vuestros poderes sobrenaturales conjuro al Poderoso Señor de los Fuegos Plutónicos para que se presente en la primera noche de luna llena ante Susana Rojas de Meneses.

¡Enamorada del diablo! Diego huyó aterrorizado.

Muchas veces en el transcurso de los siglos, la maldita serpiente de los vicios nefandos ha erguido su cabeza desde el légamo de inmundicias donde se oculta. Con desconsoladora frecuencia, los hombres han abandonado a Dios para dirigirse a Belial. Misas Negras. Sacrilegio. Aquelarres... Toda una corte diabluña de depravación y vileza. Las más bajas pasiones arrastrando a los hombres en busca de placeres malditos. Y cientos de criaturas humanas ofreciéndose a las lascivas caricias de los diablos en las fiestas sabáticas: «Ha llegado recientemente a Nos — dice el Papa Inocencio VIII en su Bula *Summis Desiderantes* — el conocimiento cierto, no sin que hayamos experimentado profunda pena, de que cierto número de personas de uno y otro sexo, olvidando su propia salvación y separándose de la fe católica, se entrega carnalmente a los demonios íncubos y súcubos.»

## TEMPESTAD

Noche de tormenta, y por tanto de diablos. Susana está en un lujoso aposento de su casa. Tras espesos nubarrones se ha ocultado la luna, y los relámpagos iluminan con breves intervalos las ventanas. La figura desnuda pintada por Diego Artiles se destaca en la oscuridad aureolada por el leve resplandor de un brasero de sahumar. Susana se arrodilla de espaldas al cuadro y extiende los brazos al frente. Conjura a Satanás. Sus voces agitadas se confunden con los

ruidos de la tormenta. Susana tiembla de angustia. La terrible letanía se va convirtiendo en un murmullo:

*¡Satán, apiádate de mi triste dolencia!*

*Por siempre, Satán.*

*¡Satán, presérvame del dolor de tu ausencia!*

*Por siempre, Satán.*

*¡Satán, envíame la paz de tu clemencia!*

*Por siempre, Satán.*

*¡Satán, concédeme el gozo de tu presencia!*

*Por siempre, Satán...*

En esto se oye un golpe seco en un extremo de la estancia. Una columna de humo se trenza en espesas volutas. Hay olor a azufre. El corazón de Susana salta en el pecho. Las fuerzas le abandonan, se siente desfallecer.

Lentamente se va desvaneciendo el humo. Una capa de reflejos sangrientos fosforece alrededor de una silueta. En la semipenumbra brilla el carbón encendido de una mirada. La sonrisa satánica se aguza entre la perilla y los enhiestos bigotes. Susana, acongojada, quiere apartar la vista, pero aquellos ojos y aquella mirada y aquella sonrisa le atraen con fuerza irresistible. El fragor de la tempestad rodea a la escena de un ambiente trágico. Transcurren unos segundos. El incensario se apaga y Satán oye caer a sus plantas, desfalleciente de amor, a la gentil duquesita.

En el exterior, los elementos se desatan en una sinfonía furiosa. Los violines del viento inician un *crescendo* que se desgrana en infinitas melodías. Se mez-

clan los tonos profundos del contrabajo y las flautas de óboes y flautines. Los *adagios* se resuelven en *allegros vivaces*. El huracán dobla los árboles en los jardines y arranca las veletas de los campanarios. Relámpagos y truenos. Nubes. Agua. Viento.

Lentamente, la tormenta se va apaciguando y la lluvia entona con dulzuras de clavicordio un *andantino gentile*. La luna aparece de nuevo. Un gallo la confunde con el sol y modula un quiquiriquí prolongado.

## LA SONRISA DEL PINTOR

La ciudad se despereza bajo el sol tras la tempestad que en los días anteriores se ha cernido sobre la isla como un lúgubre pajarraco. La torre de San Agustín, dorada por la purpurina solar, eleva al cielo la alegre súplica de sus campanas. Los viejos palacios parecen remozarse, y en los jardines seculares, los coros de niños dejan en el aire un trémolo sutil de canciones y risas.

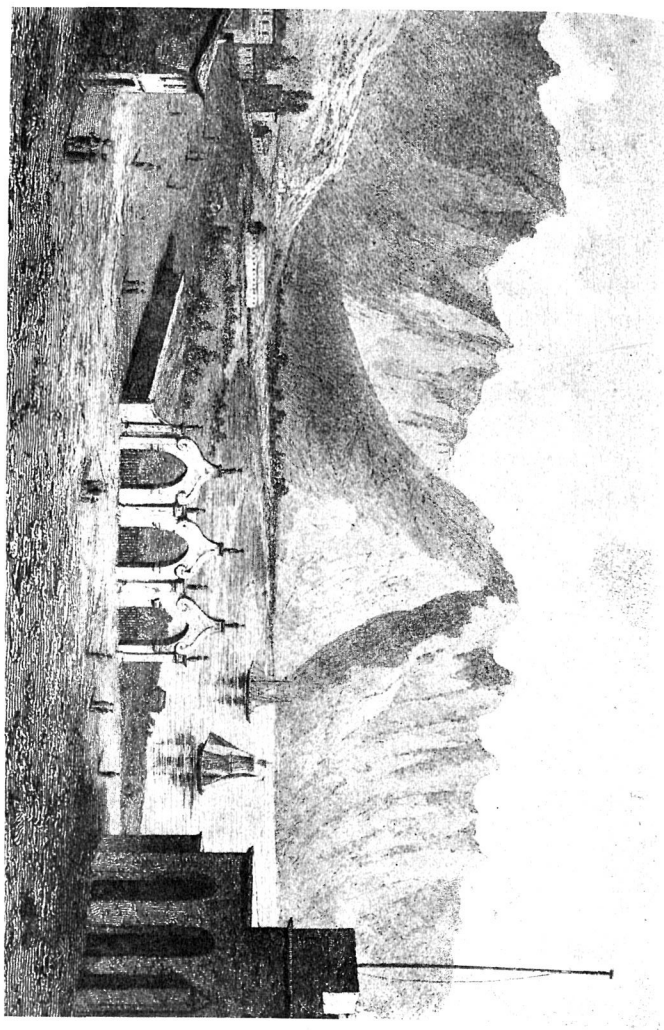
Diego Artiles lee en su casa un libro del afiligrado poeta y erudito don Agapito del Olmo. Su título: *Poemas de amor desesperado*. Diego va pasando hojas y hojas. De pronto, queda suspenso ante un soneto, *A Satanás*, y una dedicatoria: «A la dama vestida de negro y enamorada del diablo».

¿Se referirá el poeta a Susana? ¿Cómo pudo conocer la historia de la bella duquesita?... Las preguntas quedan flotando en el aire. Diego Artiles ha sonreído.



Diego Artiles se ha olvidado del libro y de su autor. Todos sus pensamientos se anegan en el recuerdo de Susana. Y Diego Artiles ha vuelto a sonreír con levedad nostálgica. Y ha tomado de una mesa un cuaderno de notas: «Alquiler del traje de diablo, 30. Azufre, 4. Dos cuernos de pasta, 7...»

SANTA CRUZ DE TENERIFE.



# UN ALMIRANTE CANARIO

**I**SLA de la Palma y 1594. En este año nace en la villa de Tazacorte un niño — Francisco Díaz Pimenta — que al correr del tiempo ha de ser General y Almirante de la Real Armada de Indias.

Un siglo antes había sido conquistada la isla para los Reyes Católicos. La empresa fué comenzada por el obispo y cabildo catedral de Canaria por mediación de Francisca Palmesa, una señora de armas tomar que había sido ama del regidor don Diego Zurita. Poco después, llegó a tierras palmeras el conquistador don Alonso Fernández de Lugo, que dió fin a la resistencia de los isleños y alzó el pendón victorioso por Aragón y Castilla. Una vez que la isla fué pacificada comenzaron a llegar familias españolas, portuguesas y flamencas. Fray Luis Manuel de Lugo, el canónigo Samarinas y otros sacerdotes franciscanos y seculares comenzaron a catequizar a los indígenas. Se plantaron viñedos y cañas de azúcar. La nueva colonia prosperaba y para regirla se nombraron varios síndicos, y el Cabildo quedó constituido bajo la presidencia — al

alimón — del alcalde mayor letrado y el corregidor de Tenerife.

En estas postrimerías del xvi, la isla de la Palma es muy rica. Barbuzanos y mocaneros cubren sus montañas de bosques, y en sus valles se cultivan el tabaco y otras plantas exóticas. La vida es muy barata: Un azumbre de leche vale seis maravedíes. Un par de chapines de una corcha se puede comprar por sesenta y cinco maravedíes. La frisa de tierra cuesta algo más de dos reales. El lienzo de presilla, ocho maravedíes la vara...

Los palmeros son muy animosos. Muchos han marchado a correr fortuna a las Indias, y los que continúan en la isla han fabricado ingenios, albercas para la recogida de aguas y una multitud de iglesias con fachada colonial y altos campanarios. Mozos y mozas celebran el final de la recolección con bailes de tajarastes y saltonas. Los viejos contemplan las luchadas y fuman en sus largas pipas de madera renegrida. La vida de los isleños sólo se interrumpe de vez en cuando por las llamaradas de algún volcán semiapagado o la amenaza de los piratas nórdicos y berberiscos. Hace algún tiempo, y precisamente frente a Tazacorte, el calvinista Jacques de Soria — un hugonote metido a caballero de industria — ha apresado al navío *Santiago* y ha dado muerte al padre Ignacio de Acevedo y otros treinta y nueve misioneros que se dirigían a tierras del Brasil.

La lucha contra la piratería tiene en tensión constante a la isla. El francés *Pata de Palo* ha logrado desvalijar a la ciudad de Santa Cruz de la Palma, y

sus habitantes han tenido que luchar a garrotazos por la falta de armas de fuego. Para evitar percances similares, la isla se fortifica a lo largo de sus costas con castillos y reductos. Así puede rechazar el ataque de Drake, con sus treinta galeones y sus seis mil hombres de desembarco. La artillería, con sus pelotas de hierro, hunde algún navío, y el famoso corsario se retira. Una escuadra todavía más poderosa, la de Vander-Doez, se estaciona frente a las playas palmeras, pero los holandeses no llegan a decidirse al abordaje y cambian de rumbo a la vista de las baterías costeras erizadas de cañones de bronce.

Luego habían de venir piratas normandos, turcos, Windon, los mahometanos... Y la Palma, siempre alerta.

## INFANCIA Y JUVENTUD

Francisco Díaz Pimienta ha visto de cerca a los piratas y ha sentido en su corazón el deseo de poder combatirlos algún día. Además, desde su niñez ha vivido en presencia del salobre encanto del mar. Primero en Tazacorte y luego en Garachico, la villa tinerfeña fundada a principios del mil quinientos por el genovés don Pedro de Ponte y su esposa doña Ana de Vergara. Cuando cuenta escasamente once años, el futuro almirante construye un barquichuelo de madera con el propósito de emprender una larga travesía, pero su viaje termina en el roque — *gara* según los guanches, origen del nombre de la villa — que se

levanta en medio de la rada de donde había partido.

El hombre propone y Dios dispone. Marino quiere ser el muchacho, mas su intento no encuentra feliz acogida en la familia. Tanto sus tíos, en cuya casa de Garachico se ha educado, como sus padres, le tienen señalado otro camino. Parece que hay un voto por medio, y ha de estudiar para misacantano. Los hábitos no le gustan mucho, pero no hay otro remedio, y para Sevilla embarca el joven — 16 años — Díaz Pimienta con objeto de vestir el manto y beca de seminarista.

Aunque malcontento con su suerte, costumbre obliga, y a los pocos meses de estancia en tierras andaluzas se dedica con gran ahinco a sus filosofías y latinajos. Toda la semana la pasa desvelado sobre los libros y únicamente se distrae de ellos en los paseos domingueros por las márgenes del Guadalquivir. Allí los ojos se le van tras las fragatas y galeones que preparan sus velas para levar anclas y partir hacia las Indias.

El diablo anda suelto por todas partes. Un día obtiene permiso para subir a un navío con dos compañeros del seminario. El capitán, don Lucio de Fuentes Quintanilla, le presenta a su hija, una muchacha de quince años de poca estatura y con los ojos «celestes y bonitos». El seminarista, después de este primer encuentro, vuelve a visitar todos los domingos a sus nuevos amigos. La grácil figurilla de doña Lorenza de Fuentes se le enreda en los *sine qua non* canónicos durante las clases, y cuando llega el día de asueto ha de verla otra vez, aunque en su concien-

cia se reproche el exceso de inclinación hacia la damisela.

La torturada felicidad del seminarista no había de durar mucho tiempo. Una mañana de mayo parte la fragata *San Pedro* y la hija del capitán de mar, Fuentes Quintanilla, hubo de quedar clausurada en el palacio de su familia. Allí, entonces, de los apuros de Díaz Pimienta, ya decidido a ahorcar los hábitos en la primera ocasión, por lograr una entrevista con su amada. Pasa las noches sin dormir e idea mil estratagemas. Por fin, se decide por una escapada nocturna. Está a punto de realizarla, cuando recibe una carta de las islas con una terrible noticia: Su padre ha muerto.

Pasados unos días de dolor, sin más consuelo que el rezar a todas horas y quedarse frente a frente con sus pensamientos, decide abandonar el seminario para seguir su verdadera vocación. Sus estudios náuticos le permiten mayor libertad y consigue ver a doña Lorenza. Los amores de la sevillana y el canario son muy plácidos. Suelen ir a pasear a orillas del río, y sueñan juntos con un futuro viaje a las islas de la Fortuna. Cuando don Lucio de Fuentes está en la ciudad, de vuelta de sus largos derroteros, van al teatro o a alguna tienda de novillos en las dehesas del Guadalquivir. Con cierta frecuencia les acompaña don Antonio Quintanilla, un primo de la muchacha que conoce a los comediantes más famosos y sabe correr la garrocha con singular habilidad. Todos se desviven en mutuas cortesías. Y cuando se descuidan sus acompañantes, el marino aprovecha la ocasión para apretar una mano de su amada o mirarse en sus ojos azules.



Transcurre algún tiempo. El antiguo seminarista nota ciertas rarezas en el comportamiento de su novia. Ya está a punto de terminar sus estudios, y solicita de doña Lorenza una explicación de su conducta. Ella le cita en su reja, por la noche, para hablarle de algo importante, el mismo día que Pimienta abandona la academia con su despacho de alférez de navío. A la hora del encuentro lleva su nuevo uniforme. En la semioscuridad de la ventana blanquea la diminuta silueta de doña Lorenza. El alférez ha tomado una mano de su amada y la ha llevado junto a su pecho. Con voz tierna y persuasiva, ella ha hablado de su padre y del deseo de ambos de que se realice la boda tan pronto como el marino alcance el grado de capitán. De aquí nace su aspecto sombrío durante los últimos días: de la inminencia de una forzosa separación. Van a partir unas naves para Flandes. La ocasión es propicia y el joven alférez puede obtener varios ascensos consecutivos si se distingue en las acciones de desembarco. Doña Lorenza le esperará con el corazón en vilo, y será suya al regreso de la feliz aventura.

Mar de Flandes. La escuadra española llega a su destino. Los navíos de escolta se han batido valerosamente. El alférez don Francisco Díaz Pimienta recibe de manos del almirante de la flota una encomienda con el nombramiento de un grado superior. Ya falta menos para llegar a capitán... En tierra se celebra la noticia, con aquella cerveza flamenca que, pese a su fama, maravillaba a nuestro buen estilista don Antonio de Solís pudieran hacerla agradable las fuerzas

de la costumbre. Las mozas gordotas y rubicundas de la taberna abrazan al héroe, y los oficiales españoles brindan por su triunfo y por las islas Canarias.

Díaz Pimienta casi no ha tenido tiempo para saborear su victoria. Llega carta de España. Doña Lorenza de Fuentes se ha casado con don Antonio Quintanilla, que ha sabido correr la garrocha para clavarla en el corazón de su encantadora prima.

#### LA LUCHA CONTRA LA PIRATERÍA

Al comenzar el coloniaje español en las Indias, el gobierno ha prohibido el comercio con el extranjero e incluso entre las diferentes colonias. A poco se establecen los jueces de Indias y la Casa de Contratación para regular el intercambio entre los puertos americanos y los españoles de Cádiz y Sevilla. Las islas Canarias, desde el segundo viaje de Cristóbal Colón, han enviado a ultramar cañas de azúcar, rolos de plataneras y simientes de limones, sidras y naranjas. Igualmente salen del archipiélago con rumbo a occidente muchas cabezas de ganado: becerros, cabras y ovejas, y los primeros cerdos y gallinas, pues según Bartolomé de las Casas, todos los animales de estas últimas especies que existen en el Nuevo Mundo, proceden de los llevados por los conquistadores desde la isla de la Gomera. Al decretarse el monopolio de los puertos andaluces, protestan las autoridades insulares, y don Felipe II reconoce los derechos a la importación y exportación directa de las islas Canarias,

en las instrucciones a don Alonso Pacheco, por su importancia para el «servicio y beneficio de estos nuestros reinos, e especialmente para el trato y comercio de las Indias, por estar en el parage en que están e ser camino para ellas.»

Los galeones y buques-registros navegan cargados de mercaderías de España a las Indias y de las Indias a España. Entonces surgen los piratas por todas partes, con el sano deseo de aumentar su peculio a costa de los trabajos de los demás. Las Antillas sirven de refugio a los caballeros de industria. Sus derroteros se extienden por todos los mares y llegan hasta las lejanas islas de la Fortuna.

Don Francisco Díaz Pimienta asciende a capitán de mar después de diversas aventuras, y no sin pena ni gloria, que la gloria la ganó en aguas de Flandes, y la pena le quema el corazón al recordar las promesas de la novia sevillana. Pero ahí están de nuevo los piratas, y quedan las garambainas del amor para los pusilánimes. Nuestro caballero navega por el Atlántico armado en corso contra los filibusteros. En los descansos dirige la construcción de galeones en La Habana y Santo Domingo. Por esta época recibe la orden de atacar la isla de la Tortuga, una de las principales guaridas de los bucaneros y ladrones del mar, pero el gobernador de la Española le pone impedimentos y los foragidos tienen tiempo de huir con su botín de mil abordajes. Díaz Pimienta continúa la persecución. En un nuevo viaje tiene ocasión de prestar eficaz ayuda a las autoridades de Maracaibo. Luego regresa a la Península, y a poco embarca otra vez

para las Indias en una flota que parte de Cádiz el 12 de mayo de 1633, para desalojar a los piratas de la isla de San Martín.

La lucha contra el filibusterismo llega a un grado de heroicidad máxima. Los piratas, ante el peligro común, se asocian en grandes escuadras y desafían a los convoyes de galeones protegidos por los navíos de guerra de la Real Armada del Mar Océano. Don Francisco Díaz Pimienta se distingue en todas las expediciones que realiza, y en sus azarosos viajes y tornaviajes de España a las Indias adquiere fama de ser el más temible enemigo de los piratas.

Los mártires de Tazacorte, y las ciudades palmeras assoladas durante su niñez, quedaron vengados con creces por el marino canario.

## LA ISLA DE PROVIDENCIA

Después de un viaje a América, don Francisco Díaz Pimienta decide casarse. Hace algún tiempo que ha conocido en Portugalete a doña María Alfonso de Valdecilla, hija de un caballero de la Orden de Santiago, que tiene el cargo de superintendente de fábricas y plantíos en el Señorío de Vizcaya. La boda se celebra en el pueblo natal de la novia. Díaz Pimienta, nombrado gobernador y capitán general de Menorca, disfruta de luna de miel en la isla mediterránea. Durante algunos meses vive tranquilo, pero el mar está cerca y pronto siente la atracción ineludible de las olas y las brisas marinas.

Ya ostenta el navegante canario la graduación de general y almirante de la Real Armada de Indias. 1641 y mares antillanos. La isla de Providencia o de Santa Catalina está en manos inglesas, y Su Majestad ordena a Díaz Pimienta que la restituya a España. El suelo insular es muy fértil. En él se cultiva tabaco, cacao y cañas de azúcar. No sin saber lo que ganan, han ofrecido los holandeses 400.000 ducados por la isla a sus actuales propietarios. Y el nuevo almirante se dispone a reconquistarla con los galeones *San Juan* y *Jesús María de Casaille*, la charúa *San Pedro*, las breas *Sansón* y *San Marcos*, y tres pataches de 75 toneladas, y el *Comboi*, y la *Santa Ana*, y la *Teatina*, y el *Jesús María de Ayuda de Portugal*.

La acometida a la isla comienza a mediados de mayo. Pimienta ordena cambiar la bandera de capitana de una nave a otra para burlar a sus enemigos. Mientras dirige el ataque a tierra, se hace cargo del mando de la escuadra don Rodrigo Lobo. El almirante parte hacia las playas de Providencia en una chalupa, seguido de una escuadrilla de lanchas y pataches. La fusilería española contesta desde el mar a las baterías costeras, y la isla parece hundirse entre el fuego y la metralla. Los marinos y la infantería logran poner pie en tierra, y los ingleses se retiran de las trincheras cavadas en la orilla, para refugiarse en un castillo elevado a alguna distancia de la costa.

Comienza el asedio del reducto. Los españoles son dueños del resto de la isla y han colocado centinelas en los lugares más estratégicos. Disponen los sitiados de escasos víveres y al cabo de unos días solicitan la

rendición por medio de los frailes dominicos que tenían cautivos. Cuatro capitanes españoles se entrevistaron con el gobernador inglés, con objeto de comunicarle que Díaz Pimienta respetará sus vidas y les proporcionará la ocasión de regresar a su patria. La generosidad del almirante es acogida por los vencidos con grandes muestras de agradecimiento. Los ingleses asisten a la misa y Te Deum celebrados por los españoles. Y cuando se distribuyen y señalan las piezas de artillería y soldados que han de guarecer la isla, el almirante don Francisco Díaz Pimienta embarca en la nave capitana y ordena levar anclas con rumbo a Cartagena de Indias.

## EL MEDITERRÁNEO

Aunque los mejores caminos de España están en el Atlántico, no se pueden olvidar las aguas mediterráneas. Hay que tener en cuenta las costas de la levantisca Cataluña y las tierras de Toscana y Nápoles. La escuadra de Díaz Pimienta acude a todas partes, unas veces en son de guerra y otras con comisiones reales. En la época de las campañas italianas traslada a Mesina al príncipe bastardo don Juan José para tomar posesión del virreinato, y luego conduce a España a doña María Ana de Austria, prometida de don Baltasar Carlos y esposa después de su padre el rey don Felipe IV.

Entre viaje y viaje se preocupa el almirante de su casa. Tiene cuatro hijos: Nicolás, Martín José, Fran-

cisco y Teresa. Tras laborioso papeleo ha conseguido vestir los hábitos de la Orden de Santiago, y ahora pretende adquirir el señorío de la villa de Puerto Real. Al fin, llega a un acuerdo con el Tesoro, que le concede el dominio mediante el pago de 13 cuentos y 844.636 maravedíes de plata. Entonces comienza a edificar un palacio dentro de los límites de su propiedad. Con tal objeto trae de Nápoles en sus naves dos estatuas de mármol, una suya y otra de su esposa, y reúne en torno a los pórticos y columnatas, que se van elevando con prontitud, una pléyade de artesanos reclutada en toda Andalucía. No obstante, Díaz Pimienta no había de ver terminadas las obras. Que sobre los designios de los hombres impera siempre la voluntad de Dios.

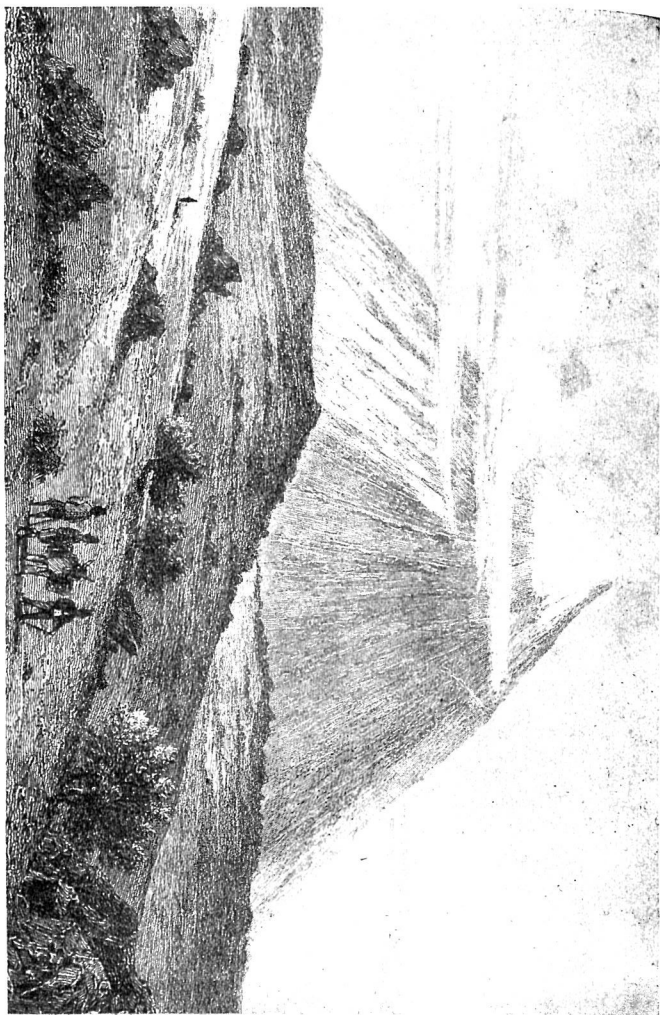
Aunque Pimienta había nacido al borde de las aguas turbulentas del Atlántico, otro mar le ha de servir para el descanso eterno. Durante una travesía de la *Capitana de Nápoles*, en 1652, le sobrevino la muerte y su cuerpo es arrojado al Mediterráneo entre el círculo de honor formado por sus navíos con las banderas arriadas. Y si hubo de contentarse con una tumba de espumas y una marcha fúnebre de brisas y cañonazos, no le faltó un digno epitafio, trazado en *El Criticón* por Baltasar Gracián, como homenaje a su memoria:

«Entonces — se refiere a las luchas del Principado — tuvo lugar otro accidente de peso mucho más considerable, cuya relación no podemos ni excusar ni diferir y del que en la misma ocasión daba cuenta a Su Majestad. Éste fué a primero de septiembre,

la muerte acelerada e impensada del general Francisco Díaz Pimienta, de unos dolores que le sobrevinieron y nunca se creyó fuesen mortales. Engaño de la robustez que desde los años menores hasta los que vivió, había cultivado con los ejercicios más penosos de la navegación, llegando por la senda más ardua y dificultosa al puesto con que murió de Capitán general de la Armada del Mar Océano, y a un colmo de gloria, que igualaba, si no excedía, a lo sublime de aquella dignidad. Sujeto en quien admiró la edad presente y admirarán las venideras en el grado de perfección mayor, todas las prendas que la idea sepa desear de un soldado y General del Mar.»



EL PICO DE TENERIFE.



# LA REVOLUCIÓN DE LOS MONAGUILLOS

**A**LABADO sea el Señor. Esta historia nos desentraña el origen de una típica expresión canaria: ¡*Arrempuja Chano!* Y nos muestra cómo la rebelión de unos simples monaguillos pudo dislocar por completo el tinglado sobre el que se fundamentaba una sociedad.

...El señor Gobernador ha desenvainado la tizona.

Su Ilustrísima el señor Obispo ha abandonado su carroza y corre por la calle de Armas.

Los regidores han tomado las mazas del Ayuntamiento para defenderse y atacar a sus adversarios.

Toda la ciudad, con unánime entusiasmo, se baraja en una lucha de proporciones descomunales. Y es que, a veces, las pequeñas causas producen grandes efectos.

## EN UNA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD

Cuentas viejos y apolillados papeles que allí, por la segunda mitad del siglo XVII, reverdecían con todo

esplendor las disputas comineras de la primera época colonial en Las Palmas de Gran Canaria. Malos, malos tiempos para la gente sosegada. La isla está muy apartada del mundo y de alguna manera hay que pasar el tiempo. Las cuestiones más insignificantes despiertan el belicoso interés de los ciudadanos. Ni el mismo diablo, si sentara plaza de oidor de la Real Audiencia, pudiera desovillar las enredadas madejas de las discordias.

¿Un asiento preferente en la catedral? Pleito habemos. ¿Una carroza demasiado suntuosa o una pluma indebida en el sombrero? Al instante se movilizan las fuerzas vivas, y aun las muertas, y se reproduce con todo lujo de pormenores la batalla de San Quintín.

Las diferencias entre dos personajes cualesquiera se extienden como reguero de pólvora. El regente, por ejemplo, ha tenido que sufrir una malévola sonrisa de un racionero. Se cruzan unas palabras algo fuertes. Interviene el fiscal. Al fiscal le reprende el obispo. Algún regidor mete baza. Claro está que el señor corregidor no puede permanecer al margen del asunto. Entonces aparecen los oidores... Y de petardo en petardo, el fuego corre por la traca hasta que las pacíficas calles se transforman en escenario de una lucha campal.

El historiador don Pedro Agustín del Castillo ha dibujado en 1680 la planta del Real de Las Palmas. Hay iglesias y conventos por todas partes. Señora Santa Clara se mira frente a frente con Señor San Francisco. Santo Domingo reposa en su apartado rin-

cón del barrio de Vegueta, y San Lázaro, con sus locos y lazarinos, apuntala a la muralla que ciñe a la ciudad por el norte. Y así, Señor San Agustín, el convento de las *alfonsas* — Recoletas de San Ildefonso —, el de las monjas concepcionistas, Señor San Telmo, Señor San Justo, Nuestra Señora de los Reyes, Espíritu Santo, Señor San Antonio Abad... El ambiente religioso se resuelve en campanarios y confituras monjiles. Por las calles se ven congullas y manteos. Se oyen motetes. Pasan procesiones... Y la ciudad, desentendida del tiempo y del espacio, duerme su sueño monacal entre nubes de incienso elevadas hacia el trono del Altísimo.

Pero a veces se despierta. Y en una ocasión, el obispo amonesta a los oidores por entrar en la Basílica de Santa Ana con su guardia de alabarderos, armas al hombro, durante las exequias de un personaje de la familia real. Y en otra, el gobernador de armas se empeña en cambiar el traje morado y la golilla blanca del pertiguero catedralicio por vestiduras pardas y modestas, «que son de una muy grande reverencia». Todo esto porque sus maceros usan vestiduras parecidas. Y cátese al bueno del obispo entablado un duelo con el gobernador a base de tablillas y anatemas, pregones conminatorios y campanadas a horas canónicas. Hasta la Corte han de llegar los mensajeros de ambos bandos para dar cuenta a Su Majestad de tan importante asunto. Y el mandato real, oídas las partes, zanja el litigio ordenando la dispersión cromática del morado: De aquí en adelante, los maceros se vestirán de rojo y los pertigueros de azul.

## NUESTRO SEÑOR EL OBISPO

Llega don Bartolomé García Ximenez y Rabadán a esta rebujina de nuestro mundo, cuando el siglo XVII acaba de cumplir los dieciocho años. La adolescencia y juventud del futuro prelado transcurren de modo apacible, si descontamos alguna leve trastada de su vida de seminarista. Luego, ya ordenado, marcha de preceptor a la ciudad de Salamanca, donde consigue que su nombre resalte como lector de gramática latina. Andando el tiempo, el rey le señala para la mitra canaria, y le concede las bulas aquel gentil papa y poeta que en el Siglo fuera el *cavaliere* Fabio Chigui.

Con el nombramiento en la taleguilla morada, emprende don Bartolomé el viaje a las islas de la Fortuna. De Cádiz zarpa una veintena de navíos escoltados por una saetía genovesa. El obispo se acomoda en la cámara de *La Granadina*, un carabelón de alto velamen, y culebrinas tras las portas disimuladas. La escuadra toma el rumbo un domingo y, desde entonces, la casualidad quiere que a don Bartolomé le persigan como un maleficio los números rojos del calendario. Sucesos buenos, sucesos malos, todos los eventos importantes de su vida acontecen en fechas dominicales.

Dos docenas de velas sobre el horizonte. Las olas encrespadas se cubren de espumas. El viento silba en el cordaje. Llueve. ¡Bandera negra a la vista! El barco de Su Ilustrísima, huyendo de tormentas y

piratas, ha de alongarse hasta las tierras de Indias. Y a la vuelta, después de innumerables peripecias, ha caído en poder de unos corsarios ingleses, y ha dejado en sus garras varias cajas de puros antillanos, mil pesos, un cáliz y ¡hasta el anillo episcopal!

Un *domingo* amanece su navío frente a las Afortunadas. Nuevas tormentas. Visitas a varias islas. Intervención en el pleito de los vinos de Icod. Y otro *domingo* llega a su sede de Las Palmas entre música de charangas, cohetes y aclamaciones fervorosas de sus diocesanos.

El nuevo obispo se granjea muy pronto la estimación de los palmenses. Es muy humilde en el trato con los menesterosos y viste con gran modestia a pesar de sus cuantiosas rentas episcopales. A los pobres de Gran Canaria regala todos los años miles de fanegas de trigo y enormes cantidades de medicinas y utensilios de labranza. Para la catedral de Las Palmas encarga a Génova una monumental lámpara de plata maciza, y años después ayuda a una iglesia de Tenerife con más de doscientos mil reales y dos mil cuatrocientos ducados.

## GENIO Y FIGURA

...Mas tales caridades con el prójimo y su inmensa humildad las olvida don Bartolomé cuando supone que se vulnera alguna preeminencia eclesiástica. Basta recordar su actitud al prohibir a los predicadores que den la venia de *Muy Ilustre Señor* al Ayuntamiento

de Santa Cruz de Tenerife, o la apocalíptica frase *¡Váyanse a la porra Sus Señorías!* con que se apostrofa a los regidores cuando en venganza le ponen el veto a las fiestas conmemorativas del sudor milagroso, que se decía había brotado en cierta ocasión del rostro de San Juan Evangelista en la iglesia de La Concepción de La Laguna.

El aspecto de don Bartolomé es imponente. Tiene una estatura muy elevada y un semblante noble al par que severo. En su mano derecha, una gran amantista — regalo de sus fieles en sustitución de la robada por los piratas — quiebra las luces al bendecir con majestuoso ademán a las multitudes. Hubiera sido curioso verle ataviado a la usanza soldadesca como aquellos capellanes de la conquista que se paseaban a caballo por la ciudad con los cascos y corazas sobre las vestiduras talares.

¡Ah, don Bartolomé!, brava figura la tuya, humilde y belicosa, caritativa y soberbia, entre los muy magníficos caballeros que te rodean sin oscurecer tu gloriosa aureola. Gracias a ti la isla entera se despierta de su letargo y puede contemplar tu pintoresco cortejo de canónigos y monaguillos en lucha muchas veces contra los enemigos de tu fama. ¡Honor a tu memoria don Bartolomé García Ximénez y Rabadán, terror de oidores y alguacilillos, burlador de gobernadores y regentes, eterno vencedor en toda clase de escaramuzas desarrolladas en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas de Gran Canaria!



## EL TERCIO DEL OBISPO

Forman los monaguillos de la catedral de Santa Ana una comunidad, si de gente menuda, «de gran valimiento y señorío». Tienen plaza en ella los vástagos de las familias con pergaminos más apolillados por su ranciedad y algunos paniaguados que se ocupan en funciones concernientes a la limpieza y ornato del templo.

Sus vestiduras son de seda roja o azul con sobrepellices de lienzo rizado y esclavinas orladas de piel blanca. Gentiles atavíos para tan gentiles caballeros. Pero aún más gentiles en días de sonar campanas. Que no están poco guapos en las procesiones y funciones catedralicias con sus trajes acuchillados de seis — rojo, celeste y esmeralda — con medias blanquísimas, zapatos de hebillas de plata y grandes plumas escarlata en los sombreros.

El mando de los monaguillos corre a cargo del pertiguero, un hidalgo secular que preside el coro de canónigos con su simbólico bordón de plata. No es fácil meter en cintura a la jaranera tropilla. Por ello, el historiado caballero ha delegado su capitanía en el caniculario, tan diligente en su importante ministerio de arrojar los perros del santo recinto como en dirigir las intervenciones litúrgicas o profanas de sus subordinados.

El caniculario o perrero lleva con gran prestancia su uniforme de largo topón azul y gorguera de lino

almidonada. Como es natural, usa el almidón azulado o papista que tan odiado fuera de miss Turner, aquella pizpireta inglesita que pagara con la cabeza sus veleidades de inventora de almidones y venenos. Menguado de él con gorguera amarillenta: Hubiera sido tildado de hugonote y encerrado en las mazmorras de la Santa Inquisición.

Cuando los monaguillos logran escapar de su fécula, se divierten organizando pedreas en la Marina. Los guijarros de la playa se convierten entonces en proyectiles, disparados contra sus acérrimos enemigos, los acólitos del Señor San Agustín o Señor San Telmo. Pragmáticas y sinodales son insuficientes para calmar sus exaltadas pasioncillas. En varias ocasiones ha resultado descalabrado alguno de ellos por un tiro bien dirigido, y ha aparecido con la cabeza vendada en las pomposas ceremonias de la Santa Iglesia Catedral.

## LA CONSPIRACIÓN

Estamos a mediados de abril. Hay un profundo revuelo en el cuerpo de monaguillos. La causa es digna de tenerse en cuenta. El obispo, sin hacer distinciones, ha repartido a voleo las serviles ocupaciones de limpiar las imágenes y barrer el pavimento del templo. ¡Futuros títulos de Castilla manejando plumeros y escobas! Sus Señorías, a pesar de no levantar más de una vara del suelo, se sienten ofendidos por esta humillación sin precedentes.

Los gentiles caballeretes se reúnen en conclave. ¿Quién iba a imaginarse tamaña osadía y entrometimiento en el Obispo? ¿Para qué ha servido la ayuda que le han prestado en mil ocasiones? Antoñito de León es partidario de dar una cencerrada a don Bartolomé. Federico Alvarado aconseja fijar pasquines por las calles... Vence en la disputa un retoño de la ilustre prosapia de los Sosa. ¿No son enemigos el gobernador y el obispo? ¿No les ayudaría en su venganza el contrincante de García Ximénez? El intentarlo, al menos, no ha de costar nada. Y se ha nombrado una comisión para resolver la duda, y los conspiradores se han acercado al palacio del Muy Magnífico Señor Gobernador de las siete islas de Canaria, Regente de su Real Audiencia, Caballero de Santiago y General por el fuero de Guerra don Juan Antonio de Balboa y Mogrobejo.

Los monaguillos se presentan en la regentalía de la plaza de Santa Ana. Para mayor lucimiento se han encasquetado sus ornamentos litúrgicos. La bandada de petirrojos — sus pintorescas vestiduras les igualan a los pájaros — solicita una audiencia del señor gobernador, que les es concedida al instante. Al ver don Juan de Balboa a los monaguillos en el salón de recepciones, no puede reprimir una ligera sonrisa, a medias encubierta entre los hilos de plata de su barba. No se cohiben por ello los amotinados. Tienen confianza en la importancia de su propuesta. Y el señor don Luis Felipe de Sosa y del Castillo — monaguillo en jefe — se ha adelantado hasta el estrado y ha tomado la palabra...

Le escucha con creciente interés don Juan de Balboa. El porte del gobernador recuerda a los caballeros de Rembrandt. La mirada de sus ojos trasluce una sagacidad de felino en acecho. Un rayo de luz relampaguea en el colete de ante amarillo, cruzado por la banda roja con leones de plata de su enseña hidalga. La mano sobre el pomo del espadín, se afila contra el calzón de color albaricoque, y en las botas de grandes polainas caídas relumbra el caballeresco remate de unas espuelas de oro.

Don Luis Felipe de Sosa ha terminado su discurso. A Balboa no deben haberle parecido desdeñables los proyectos del monaguillo. El señor gobernador ha despedido a sus nuevos amiguitos con sentidas manifestaciones de aprecio y, contra su costumbre, ha acompañado luego a sus visitantes hasta la misma puerta del palacio.

## EL GOBERNADOR Y EL OBISPO

Los dos personajes se tratan con mucho cortesía y al saludarse se deshacen en melifluas reverencias. Pero la procesión va por dentro. Ambos esperan una buena oportunidad para vengarse del enemigo. El obispo ha salido triunfante en cierta cuestión de cobro de diezmos y alcabalas, que don Juan de Balboa hubiera deseado se sancionara a su favor. Por otra parte, el Ayuntamiento se ha opuesto a que don Bartolomé lleve silla de manos y su tradicional cortejo cuando los regidores asisten en corporación a alguna

ceremonia. Y en este caso, Su Majestad ha ordenado que el obispo vaya a pie, «en presencia del Gobernador o del corregidor», y con un acompañamiento que no debe exceder de tres clérigos.

Don Bartolomé supone que esta disposición ha sido otorgada por intrigas del gobernador. Con toda solemnidad ha jurado que no ha de asistir a fiesta alguna sin sus canónigos y monaguillos. Para ello, es necesario que las primeras autoridades se conformen con quedarse en casita, mientras él luce su magnificencia. ¿Y querrán permitir don Juan de Balboa y don Luis Tadeo Benítez, el corregidor, que don Bartolomé se salga con la suya, dejándoles a ellos en ridículo? No es presumible, no. Pero Dios dispone, y sus designios han de respetarse por encima de todo.

## VIEJOS PAPELOTES

¡Oh, la delicia del rebuscador de antigüedades: las gratas andanzas por los archivos de las islas a la caza de las escurridizas noticias históricas! Un viejo manuscrito nos confía algunos detalles escapados hasta ahora al celo escopetero de los historiadores de las Afortunadas. Con su ayuda se puede reconstruir el desarrollo de la curiosa revolución de los monaguillos.

Desde fines del siglo xv, se celebra con grandes fiestas religiosas y profanas el día de San Pedro Mártir, aniversario de la incorporación de Gran Canaria a la corona de Castilla. El pendón de la conquista recorre las calles de la ciudad en solemne procesión

cívica. Ahora, en estos tiempos del seiscientos, la comitiva ha de llegar hasta el convento de Santo Domingo — reconstruído después del saqueo de Vander-Doez y sus piratas — donde se entonan unas *canzonetas* por un coro de muchachitas adiestradas por el chantre don Diego Botello y se reparte pan y vino con profusión en recuerdo del trueque de regalos realizados en aquella plaza por la princesita isleña Guayarmina y el conquistador don Pedro de Vera. Luego, todos se dirigirán al lugar de la recepción y besalamano en que habrá de ser figura principal don Juan de Balboa o el personaje que éste designe si por fuerza mayor no pudiera asistir al acto.

La víspera de San Pedro Mártir se ha derrumbado una pared en la calle de Colón que ha dejado sin vida al hijo de un comerciante establecido en las ceranías. En igual fecha, el gobernador ha dirigido al obispo una ceremoniosa misiva — copiada en el citado manuscrito — rogándole que por encontrarse enfermo tenga la bondad de tomar la representación del rey en el besalamano del aniversario de la conquista.

El corregidor ha marchado a Tenerife. El gobernador está enfermo. Don Bartolomé puede acudir, por tanto, con su curioso séquito, ante la ermita donde oró Colón a su paso para América. El honroso encargo ha tenido la virtud de disipar sus rencores. Con gran alegría se dispone a recoger en la amatista de su anillo episcopal los besos de vasallaje a Su Graciosa Majestad el Rey Don Carlos II el Hechizado.

En un periquete se trasladan de la catedral rojas colgaduras de damasco con flecos de oro para cubrir el costado de poniente de la plaza de San Antonio Abad. Ante un repostero con las armas españolas se coloca un sillón de alto respaldo, cubierto por un dosel de terciopelo azul bordado de plata, y un portestandarte que ha de guardar el pendón mientras se celebran las ceremonias.

Don Bartolomé ha dirigido todos los preparativos. Don Bartolomé ha pensado en el triunfo de la Iglesia. Y con objeto de dar más solemnidad a su presencia, don Bartolomé ha solicitado la carroza, «con sus seis caballos bayos», de un encopetado personaje de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad

## 29 DE ABRIL

Ha llegado la fecha gloriosa. San Pedro Mártir trae el recuerdo de los conquistadores y de los aborígenes isleños, aunados en el mismo fervor hacia los fundadores del pueblo canario. La ciudad estalla en regocijos populares. Las calles están engalanadas, y en los corazones, el amor se desbordará al paso del pendón que simboliza a la patria española.

El día ha amanecido espléndido. El obispo se pasea por el jardín del palacio episcopal después de haber celebrado la misa del alba. Ha visto salir el sol tras las casas de Vegueta y se siente satisfecho, feliz. Ha entrado después en palacio. En el comedor le esperan sus servidores eclesiásticos. Ya está servido el des-

ayuno. Y don Bartolomé ha tomado de la mesa un cangilón de chocolate de las monjas claras y unas *lenguas-de-pájaro* y se ha quedado mirando al cielo mientras humedece los bizcochos en el exquisito moscatel de la Vega Grande de San Mateo.

A las once de la mañana se oye un fuerte clamoreo, y el obispo se asoma al balconcillo de la plaza de Santa Ana. El pendón «con la efigie de San Juan Bautista e puntas de gallo», envuelto en damasco violeta, se destaca entre la abigarrada muchedumbre. Don Bartolomé traza el signo de la Cruz con gesto solemne y se retira a los aposentos interiores al emprender la comitiva la marcha hacia Santo Domingo.

Transcurrido algún tiempo, el obispo se dispone a trasladarse al lugar donde se ha de celebrar el besalamano. Ya la procesión debe haber abandonado el convento del Perro, llamado así por ostentar en su fachada el gozquezuelo de la orden dominicana: *domini canes* o perros del Señor.

Don Bartolomé se acomoda en los mullidos almohadones de la carroza entre el grueso y colorado caudatario don Sebastián Montesdeoca y el beneficiado de San Telmo don Rafael Estévez, un curita muy simpático que anda como galgo tras liebre en pos de un canonicato de la Santa Iglesia Catedral. El prelado trata con gran confianza a sus acompañantes. A don Rafael le suele llamar, por conocer sus ansias, *mi futuro canónigo*, y al caudatario, o encargado de llevarle la cola del manto consistorial, *mi querido don Chano*. Y este apelativo, americano y canario, adquiere en su boca un tono de franqueza irónica que



sienta a las mil maravillas a la bonachonería de don Sebastián Montesdeoca.

Se pone en movimiento la comitiva. Los blancos cortinajes del coche ostentan las armas de la noble casa de Manrique de Lara. Abren la marcha cuatro hidalgos a caballo con estandartes y largas trompetas, y detrás de la carroza, avanzan en nutridas filas los monaguillos, sacristanes y canónigos.

### LA CARRERA

Nuestro señor el gobernador goza de una excelente salud. ¿Acaso pretende ahorrarse unos besos en su aristocrática mano? El señor gobernador ha ideado, en colaboración con los monaguillos, sus revoltosos aliados, una original manera de vengarse del obispo y humillarle ante toda la ciudad.

Con todo sigilo ha preparado su carroza. Desde su palacio, frontero al episcopal, emprenderá la marcha por otras calles hacia la plaza de San Antonio Abad. Si logra adelantar al señor obispo, se sentará en el sitial y su contrincante se verá obligado a besarle la mano como representante del rey. Esta terrible venganza hará el debido efecto en el temperamento de don Bartolomé, puntilloso e intransigente en toda cuestión relacionada con el honor.

Las *malas lenguas*, que tan ligeras son cuando tratan de reputaciones ajenas, han llegado a suponer que el gobernador ha mandado tirar la pared que la noche anterior matara a un niño, con objeto de obs-

truir la calle de Colón y poder adelantar así a su enemigo. Aunque en realidad el derrumbamiento fué casual, es innegable que ha favorecido los planes de Balboa, el cual no había previsto la posibilidad de que García Ximénez dispusiera de un carruaje para trasladarse a la plaza de San Antonio Abad.

Mientras el gobernador pone en ejecución sus planes, el prelado va muy tranquilo rezando sus oraciones. La carroza discurre por el callejón de San Marcial hasta la plaza de los Alamos, en la trasera de la Catedral, y emboca la calle de la Pelota, donde las ruedas saltan ruidosamente sobre el empedrado mal dispuesto.

Antes de llegar a la calle de Armas, un mensajero oficioso detiene el coche para comunicarle que el gobernador se dirige a toda marcha hacia la histórica plaza. Don Bartolomé ha comprendido al instante la situación y ha ordenado que se fuerce hasta el máximo a los caballos. Detrás de la carroza corren agobiados los canónigos y monaguillos... ¡Pero el diablo la había de hacer! Cuando empiezan a escalar la empinada cuesta de la calle de Armas, se atasca el carruaje y no son suficientes para sacarle del apuro los arrestos de cocheros y espoliques ni los tirones de los ardorosos «caballos bayos».

El obispo grita a pleno pulmón para alentar a sus caballerizos. La carroza, no obstante, continúa inmóvilizada. Al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos vocales, don Bartolomé ha descendido a la calle arremangándose la capa consistorial. Todos le contemplan con admiración. Y don Bartolomé se ha

dispuesto a emplear su vigorosa musculatura, y ha animado campechanamente al orondo caudatario don Sebastián Montesdeoca con la frase que luego sería obligada entre los canarios al pretender desplazar de lugar algún objeto:

—¡Arrempuja Chano!

En esto se oye el canto y clarín del pregonero real anunciando la cercanía del gobernador de Su Majestad. A don Bartolomé le queda una única solución, que trata de poner inmediatamente en práctica. Sin pensarlo más, abandona la carroza y emprende una desenfrenada carrera, cuesta arriba, por la calle de Armas... Mas el obispo no ha contado con la rebelión de su menuda tropa. En un momento, los monaguillos se han cogido de las manos y han formado una sólida muralla que se opone a todo intento de asalto.

Contra ella se lanza impetuosamente don Bartolomé.

## LA BATALLA FINAL

No aclaran las historias conocidas, ni el citado manuscrito, cuál de las dos autoridades llegó primero a la plaza y se sentó en el sillón presidencial. Pero se puede colegir de cierta carta dirigida por una noble dama de Las Palmas a otra de Arrecife de Lanzarote al poco tiempo de acaecidos estos sucesos. En ella se queja la señora palmense de los malos ejemplos que ofrecen los representantes del soberano con sus conti-

nuas discordias. Para probar sus asertos afirma entre otras cosas: «...fijaos cómo serán que por San Pedro, cogieron querella el obispo y el general Gobernador, porque el Obispo no quiso ceder su Asiento en la plaza de San Antón Abad, y el gobernador cometió desacato en la persona del Seor Obispo, que Su Ilustrísima penó con excomunió mayor...»

Del resto de la carta se deduce que el *desacato* ha consistido en varios golpes de tizona propinados por el gobernador en la tonsurada cabeza del prelado. Por lo visto, el bravo don Bartolomé ha logrado forzar el cerco de los monaguillos, y ha ocupado primero el sitio. Don Juan de Balboa le conmina a cederle el puesto por ser la autoridad máxima en las islas, y al negarse su contrincante, quiere tomarse la justicia por sus pecadoras manos, sin parar mientes en la representación espiritual de don Bartolomé.

Don Juan de Balboa está furioso y «como fuera de su naturaleza». Mal lo pasara su enemigo si los presentes no le sujetaran. Y en este momento ha llegado la procesión y se ha iniciado una batalla campal en la que toman parte, secundados por el pueblo y las restantes autoridades, don Bartolomé y sus canónigos por un lado y Balboa y los monaguillos por el bando contrario.

El combate termina cuando los contendientes se cansan de dar estacazos. Los descabros y caídas han sido numerosos, aunque sin mayores consecuencias. Todo quedará arreglado con árnica e infusiones de tila. Únicamente es digna de consignarse una original noticia conservada por un cronista isleño:

«Se dice que el casco del señor Gobernador resultó con el penacho despenachado.»

### SIC TRANSIT...

Por los historiadores *serios*, que se ocupan muy a la ligera de las menudencias descritas, conocemos la vida ulterior de algunos de los personajes de este relato.

El gobernador vivió todavía muchos años y al concluir su mandato fué muy feliz por tierras peninsulares. El obispo se volvió supersticioso y creía adivinar su destino en los fenómenos astronómicos que observaba. Cuando el cometa de 1689, pensó que su muerte se aproximaba, y aseguró a sus acompañantes que también salían cometas auguradores para los obispos, como sucedía con el resto de los mortales. Al año siguiente, el *domingo* — siempre el maleficio dominical — 30 de abril, le sobrevinó un ataque apopléctico, y el *domingo* de Pentecostés, 14 de mayo de 1690, entregaba su alma a Dios con ejemplar entereza.

Por el contrario, dichas historias nos escamotean toda noticia referente a las andanzas posteriores del caudatario don Chano y de los revolucionarios monaguillos. Respecto a estos últimos, no es aventurado suponer que saldrían indemnes de la batalla — dada su experiencia en lances guerreros — y que algunos de ellos llegarían con el tiempo a obispos, gobernadores.. o caudatarios.

# LA ISLA VIAJERA

**L**OS cartógrafos medievales solían acordar sus plumas y pinceles al ritmo de las imaginaciones de los navegantes. Y no es exégesis de sofistas embaucadores, que nunca fué la gente de mar ahorradora de palabrerío, ni parca en asuntos que a la fantasía atañen. Al conjuro de las descripciones marineras, henchidas a fuer de nostálgicas, surgieron aquellos ptolomeos y portulanos con su áurea lluvia de islas maravillosas. Allí de los tesoros y de las fuentes regeneradoras de la juventud, de la isla del Brasil y las Quimbambas, del gran Paititi y los magníficos Eldorados.

La leyenda es flor de grato perfume para corazones sensibles. La leyenda es oasis de ventura en el desierto de la vida, milagro alquitarado y hecho realidad en alambiques de exaltadas imaginaciones. Y la leyenda habría de escuchar las encendidas voces de los grumetes, que habían contemplado a un santo peregrino surcando los mares sobre una ballena con siete ciudades en su lomo. Y así nació, para adorno de mapas casi celestiales, la estrella simbólica de la isla

*Non Trubada* o de *San Balandrán*, ceñida en guirnalda de aleluya por aves y peces de graciosa plumaería y escamas doradas.

En aquella época se habían olvidado los estudios geográficos de Roma y Grecia. Las obras de Plinio y Estrabón permanecían soterradas bajo el polvo de los siglos. No es extraño, por tanto, que la candidez general, sin el apoyo de las fuentes escritas, convirtiera a los monjes en navegantes y a las islas en ballenas. Una tradición irlandesa relataba el vagabundaje de un fraile, llamado San Brandano o Balandrán, por las islas del océano amado de Pytheas, hasta que los ángeles le condujeron a una especie de paraíso con arroyos de miel y leche y playas fecundadas por el oro dáfnico de los dioses paganos.

La búsqueda de esta tierra de promisión habría de preocupar a continuas generaciones de navegantes. Al fin, se dió la noticia de su fingido descubrimiento. Y aquel *Finis Terrae* de Rosmital «porque más allá no hay sino agua y piélago» — fué rechazado hasta la isla del monje viajero. En el acto, los geógrafos, con pasión de entomólogos, sintieron la necesidad de fijarla con el alfiler de su ilusión en las cartas marinas. Varios nombres le sirvieron de divisa, y fué situada en los más diversos parajes. La *Carta Catalana* de 1375 la colocó hacia el suroeste de Irlanda. La de Herdfor, de principios del siglo xv, y otras muchas, cerca de las Canarias. En los alrededores de Madera, las de Pizzigani, Bianco y Benincasa. Y por último, el globo precolombino de Martín Benhain, la dejó navegando en medio del Mar Tenebroso,



como un enlace entre Europa y las Indias Orientales, a igual distancia de Cipango (Japón) que de las islas de Cabo Verde.

Las expediciones a la tierra misteriosa se organizaban sin interrupción desde las costas atlánticas. Todo en vano. La ballena de San Balandrán huía siempre ante los ojos encandilados de los marinos. Las naos antiguas — galeras, carracas, carabelones, urcas, galeazas... — corrían en su demanda con las velas desplegadas, tensos los calabrotos y maromas de barlovento. Y la isla, en suplicio tantálico, se ofrecía ante sus proas sin que jamás llegaran a alcanzarla.

## COLÓN Y LA ISLA ENCANTADA

No es arriesgado suponer que Cristóbal Colón, durante su estancia en Madera y Porto Santo oyera hablar de las tierras que aparecían hacia Occidente. La discutida carta de Toscanelli nombra a la Antilia, que en la traducción del dominico Las Casas se identifica con la isla de las Siete Ciudades o de San Balandrán. Hernando Colón, en su *Historia*, señala entre los tres motivos principales que decidieron a su padre a emprender el viaje, los rumores e indicios de la existencia de tierras ultramarinas. Además, el diario del Almirante, con fecha 9 de agosto de 1492, y en ocasión de haber recalado por una de las islas Afortunadas, consigna los informes tomados directamente por el jefe de la expedición:

..«Juraban muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que luego fué el primer conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla de Hierro, que cada año veían tierra al Oeste de las Canarias, que es el Poniente, y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento.»

Ya Plinio había descrito una octava isla canaria, *Ora Solis*, por ser la más occidental, y Ptolomeo la designaba por *Aprositus*, la oculta o desconocida. Un agustino de Las Palmas, siglos después, la citaba como «la isla a la cual no se puede llegar», y el cronista trotamundos D'Avezac tomaba del monje Barinto la calificación de «Tierra prometida de los Santos».

Se podrían añadir otros muchos ejemplos. La isla maravillosa existía... al menos, en la imaginación de los contemporáneos del ilustre navegante. En el *Livro das Ilhas* se comenta una futura conquista de Fernao Telles y Juan Alfonso de Estreito, y entre los documentos de la Cancillería de don Alfonso V en la Torre de Pombo, correspondiente a 1472, se guarda una «Carta de merced a la Infanta D. Brites y sus hijos de una isla que se decía *La Aparecida*, a través de la isla S. Tiago y que ya el Infante D. Fernando mandara a buscar».

Júntese a todo esto la historia o leyenda del *navegante desconocido* que había alojado Colón en su casa de la Madera, y no parecerá descabellada la idea de que la isla de San Balandrán fuera uno de los cimbeles que imantaran la atención del Almirante,

conduciéndole hacia las venturosas tierras indianas.

A veces, corriendo tras una quimera, se encuentra una realidad que supera al bien imaginado: El puntito negro de una ballena en el horizonte puede ocultar todo un Mundo.

#### LAS PRIMERAS EXPEDICIONES CANARIAS

Desde el extremo occidental de las islas Afortunadas se vislumbraba a menudo la tierra sambalandrónica: Sobre el horizonte, el perfil sinuoso de dos montañas separadas por un valle, y en la escotadura, el espejeo de las aguas de un riachuelo entre la mancha verde de los árboles. Esta visión desaparecía — al cabo de unos minutos o unas horas — como si se diluyera en las nubes que la rodeaban. Corregidores e inquisidores, curas y regentes de Audiencia, abrían informaciones y compulsaban los datos recogidos en diferentes localidades. Y siempre se llegaba a comprobar la creencia en la isla, y se ordenaba una expedición con el bendito propósito de sujetarla por medio de lazos de singladuras al mundo conocido.

La primera armada fué organizada en 1526 por Fernando Álvarez y Fernando de Troya, los cuales volvieron a la Gran Canaria, de donde habían partido, sin lograr otra cosa que airearse por las brisas atlánticas.

No obstante, la isla de San Balandrán seguía haciendo de las suyas, y tan pronto se dejaba ver frente a la Gomera o el Hierro como se desplazaba ha-

cia los confines de la Palma. En 1570 sus apariciones fueron muy numerosas. La noticia llegó hasta el Regente de la Audiencia de Canaria, doctor Hernán Pérez del Grado, el cual ordenó una concienzuda investigación. Más de cien testigos del Hierro declararon haber visto a la «isla phantasma» con todo detalle. Igual sucedió en la Gomera. Por si esto fuera poco, el piloto Pedro Vello y otros dos marinos portugueses afirmaron haberla visitado al regreso de las Indias. Una tempestad les había forzado a reembarcarse precipitadamente, y cuando pretendieron regresar para recoger a dos compañeros abandonados en la huída, se encontraron con la sorpresa de que la isla había desaparecido como por arte de encantamiento.

Las diligencias oficiales se tradujeron en el resultado de costumbre: Tres navíos partieron hacia la tierra ignota, bajo el mando de don Fernando de Villalobos, Regidor y Depositario general de la isla de la Palma...

Y tampoco esta vez el mar se resolvió a dejarse arrancar su secreto.

Los insulares no lograban persuadirse de que su constancia habría de quedar siempre sin premio. Ya no eran sólo Pedro Vello el que hubiera desembarcado en San Balandrán. Lo mismo aseguraba un marino francés, Decourt o de la Court, y el hidalgo semi-canario Marcos Verde. Incluso en los tratados internacionales, como el de Évora entre Portugal y Castilla, se tenía el cuidado de consignar a la isla «Encantada» entre las tierras adjudicadas a los caste-

llanos para su futura conquista. Sus señales de vida parecían innegables. Cuando soplaban los vientos occidentales, llegaban a las playas canarias, gajos verdes, limones y otras frutas en anticipo de las delicias ofrecidas por el santo predicador a los que lograrán subir sobre el lomo de la ballena...

### EXORCISMOS Y DECLARACIONES

En ninguna parte se enlazan mejor la leyenda con la historia, ni la realidad con los sueños, que en el esplendor que fulge en torno a San Balandrán. Todo un pueblo vuelca las colmadas redes de la fantasía sobre las ondas azules del mar canario. Fray Juan Manrique ha asegurado que vió a la isla desde el lugar palmero de Chipude. Un franciscano, en Alajeró, ha dibujado su perfil estampado sobre el horizonte que se extiende ante la Gomera. Y el Teniente de Capitán don Bartolomé García del Castillo, escribano público y de Cabildo del Hierro, con aprobación de los Muy Ilustres Señores de la Real Audiencia de Canaria y el Notario Párroco del obispado, certifica su aparición, mientras el Muy Reverendo Padre Predicador General fray Luis Rey, misionero apostólico, desata sus exorcismos sobre las langostas surgidas en el pago del Golfo. El señor García del Castillo relata el hecho con minuciosidad en un manuscrito conservado en el Museo Canario de Las Palmas. Al brotar de la nada la fantasmagórica isla,

el padre predicador se vuelve hacia el horizonte y con un crucifijo en la mano derecha y el libro de exorcismos en la izquierda, recita una oración, «en cuyo idioma latino — dice García del Castillo — entendí imperaba a los demonios», con objeto de ahuyentar a los espíritus malignos de aquella tierra y sus contornos, y ante el conjuro, «con el mismo orden que se manifestó y descubrió dicho Cuerpo, se volvió a cubrir de nubes y negarse a la vista».

Un siglo antes, en 1632, el historiador Fray Juan de Abreu y Galindo, partidario decidido de la isla, explica las dificultades que se oponen a su descubrimiento. Ante todo coloca a la voluntad divina, que no quiere mostrarla a los hombres, y en el terreno material, a las nubes que la ocultan en ciertos momentos y a las corrientes marinas, cuyo curso no conocen bien los navegantes.

...Y la ballena de San Balandrán seguía su camino plateado de espumas por el Océano Tenebroso.

El autor de este libro de historias más o menos pintorescas, sintió también la comenazón de descubrir a la isla misteriosa, ya que no por los mares atlánticos, en los archivos y bibliotecas. Quizá algún día se decida a dar a conocer el resultado de sus investigaciones. Mas no quiere dejar pasar esta ocasión sin publicar, aunque sólo sea fragmentariamente, un curioso documento que encontró en el Archivo de Indias de Sevilla. Consiste en una declaración de Joan Palomo, «jijo de Micaelita Pacheco», ante la Audiencia de Las Palmas:

...«como estando en el lugar de Charpudo (Chipude) que es en la isla de la Palma se pareció por el Ueste con la cerrasón y la nievla una tierra que es tierra del diablo y tierra de demonios y tierra de maldición que llaman isla de San borodón o balandrán... Y cuando pareció la tierra... unos descían que era tierra de Dios y otros que era tierra del Diablo, y en esto salió el señor provisor del obispado de canaria que pasa allí descanso y dijo que era tierra natural y el seor Chantre que le acompaña dijo que era tierra maldita del enemigo Malo y en esto llegó el señor tiniente Presbítero Capellán y se metió en el tumulto de las voces de los curas y seglares que se pegaban por defender sus opiniones a palos y piedras y callaos, y recibió un golpe malino en el cogote, que murió sin extremaunción, y se le administró los santos óleos y la vendición y se le dió sepultura christiana. Dicen las bocas insanas que fué cura y no seglar quien pegó el palo que lo mató, pero por mi Salvación, yo, Joan Palomo, que soy de Icod de los Vinos, que es en la isla de tenerife, y jijo de Micaelita Pacheco y christiano viejo que vengo de christianos viejos, digo que fué seglar por que vi cuando pegó y no le vi la cara pero vi el pelo re-tinto negro y sin coronilla que dicen tonsura, y lo digo y afirmo y reafirmo en la ciudad de Canaria ante el señor oidor...»

## UN ROMANCE MARINERO

Después de una tercera e infructuosa descubierta en busca de la isla ignota — piloto: Gaspar Pérez de Acosta, nauta y cosmólogo asesor: fray Lorenzo Pinedo, franciscano — a principios del XVII, transcurrió más de un siglo antes de que los canarios se decidieran a olvidar los reveses anteriores. Durante el verano de 1721 comenzaron a circular de nuevo los rumores de apariciones misteriosas. Por entonces era Gobernador y Capitán General de las Afortunadas don Juan Mur y Aguerre, caballero del hábito de Santiago y persona muy estimada de los insulares por su competencia para el mando y sus ejemplares virtudes. Y aquí tenemos otra vez a un gerifalte deslumbrado por las noticias de la tierra paradisíaca: Informaciones en las islas del extremo occidental. Diligencias en el Puerto de la Cruz. Junta de regidores perpetuos, alcaldes mayores y títulos de Castilla en la ciudad de La Laguna, residencia del General Gobernador. Y por todas partes, asambleas y cabildos con objeto de dilucidar si procede o no procede buscarle el rastro a la incansable ballena.

Al fin, se decidió la exploración de los mares isleños en la «valandra» de nombre astronómico — al menos por su longitud, si no se quiere tener en cuenta el alcance telescópico y teleológico de su intento — *Nuestra Señora de Regla, el Buen Viaje y San Telmo*, previa detención en el Hierro para que el piloto



y dos o tres de los navegantes, «los más ynteligentes», fijaran el rumbo conveniente para aprehender el movedizo retiro de San Balandrán. En otras ocasiones, los pilotos habían sido Fernando de Troya, Fernando Alvarez, Fernando de Villalobos... Otro Fernando dirigiría la nave equipada según las órdenes del general Mur: don Juan Fernando Franco de Medina, capitán de Infantería y señor de tierras peninsulares, que hacía gracias de sus honorarios como comandante de la expedición.

No andaba muy seguro Mur y Aguerre en cuanto al resultado del viaje, pues pese a su convencimiento de la autenticidad de la isla hablaba en las instrucciones dictadas a don Juan Fernando, de «si quisiera Dios se descubra tierra», con cierto santo temor de que el señor le negara esta suerte. Mas en caso de descubrirla, debía prender fuego en el monte inmediato al mar con objeto de limpiar la costa, observar las radas o puertos naturales y disparar las piezas artilleras «para reconocer si ay gente, procurando no arriesgar la embarcación, sino gozar de la vanda del abrigo de los vientos».

El 11 de noviembre de 1721 partía la nave del luengo apelativo. Parece que el aire ayudaba al velero. Sin embargo, no era suficiente el que la proa cortara las ondas a toda velocidad con su bigote de espuma. Bordada para acá, bolineada para allá, rizos sueltos, nueva cangreja, apretar de escotas... Y la isla sin dar señales de vida. Se metían en el Atlántico... Nada. Volvían hacia las Canarias... Nada. ¿Una singladura para el Norte?... Nada. ¿Cogían

la derrota del Sur?... Nada tampoco. Y así, los días, las semanas, un mes, hasta que el capitán perdió la paciencia y ordenó el regreso al punto de partida.

Continuaron las expediciones, aunque con carácter particular. Su resultado seguía siendo el de costumbre. Tantos desengaños habrían de traer, como inevitable secuela, la pérdida de la fe en la isla. Si bien Pedro Agustín del Castillo y otros eruditos canarios la defendían todavía con denuedo, Feijóo y José de Viera y Clavijo apuntaban sus aguzadas ironías contra el blanco de la credulidad cristalizada en mitos edénicos. Incluso el pueblo llega a sentir cómo se marchitan sus esperanzas de encontrar a San Borondón o Balandrán. Por tradición oral se ha conservado, con diversas variantes, un romancillo que la gente marinera solía cantar como acompañamiento del chapoteo de los remos en el agua:

*«Trimenda mentira  
nos metió el patrón,  
quien siendo muy joven  
mucho navegó,  
en la barca Elvira  
la que se perdió.*

*Tan brava y bonita  
y se trabucó,  
buscando la isla  
que un fraile miró*

*frente a la Gomera  
con todo claror.*

*El patrón contaba  
cosas que inventó,  
porque aquella isla  
jamás la encontró,  
ni vióla en su vida  
ni a ella arribó.*

*Era la Encantada  
que desapareció,  
la negra ballena  
del diablo mayor,  
con los siete obispos  
y el santo santón.*

*Boguen compañeros,  
que el viento rondó,  
boguen compañeros,  
que el viento salió,  
y la mar nos tumba  
sobre el caletón.*

*Boguemos ligeros  
con fuerza y ardor,  
que allá por los mares  
la Elvira se hundió,  
sin dar con la isla  
de San Borondón.»*

Refrigencia. Reflexión. Ángulos límites y densidades de aire. Curvatura. Los términos científicos invaden el campo que había acotado la leyenda. Nacen mil teorías para explicar el misterio. Y la tierra de San Balandrán queda clasificada como un simple fenómeno de espejismo. No obstante, perduran algunos creyentes en la Isla. Parafraseando a un erudito canario del siglo XVIII, diríamos que los partidarios de ella compensaban la poca fortuna de sus intentos de hallarla, con el placer que a sus fantasías brindaba la confianza en las brujas y hechizos mágicos: Siempre ha sido preferible para los hombres una isla de San Balandrán encantada que diez San Balandranes descubiertas y puestas al alcance de sus naves.

#### EVOCACIÓN EMOCIONADA

Al correr de los siglos, el desarrollo de la navegación de altura y el resurgir racionalista, ahuyentaron a los extraños seres que poblaban los mares y las imaginaciones. Volaron las aves de rico plumaje, y los peces de irisadas escamas se hundieron entre las olas. Desaparecieron las serpientes y los dragones alados. Las sirenas se refugiaron en sus islotes de coral, y únicamente, muy de tarde en tarde, atraje-ron con sus cantos a los náufragos de los veleros que se habían atrevido a desafiar las furias oceánicas.

El mar quimérico de la antigüedad ha perdido todo su encanto. Tan sólo la ballena de San Balandrán sigue navegando sobre las ondas marinas para

deleite de los que creen en su existencia. ¿Qué importa si la prosaica ciencia de nuestros días nos ha demostrado que era un reflejo de una de las islas Afortunadas? No imitemos a esos pobres de espíritu que niegan la vida real y eterna de Don Quijote, y están convencidos cómo alienta un individuo insignificante que contemplan en su presencia. Hay también unos ojos del alma para ver a aquellos seres que escapan a nuestras percepciones materiales. Porque el mundo es mezquino, tengamos fe en la isla de San Baladrán, que surca rutas ideales como refugio de nuestros ensueños. La isla del santo irlandés existe. Es la misma tierra que habitamos. Para que se nos revele como el paraíso de la leyenda sambalandrónica, sólo es necesario que sepamos vivir como hombres de buena voluntad que aspiran a ser felices sin desear el mal de sus semejantes.

# INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Dedicatoria</i> . . . . .	7
<i>Prefacio</i> . . . . .	9
<b>GUERRA DE CAMPANARIOS</b> . . . . .	<b>15</b>
Primavera... . . . .	17
Las campanas . . . . .	19
La disputa del reloj . . . . .	22
Unos amores extraños . . . . .	24
La llegada del reloj . . . . .	27
El final del litigio . . . . .	30
<b>EL AZOR DE DON GUILLÉN PERAZA</b> . . . . .	<b>33</b>
La Palma... . . . .	35
El caballero del azor . . . . .	35
Sirinoque . . . . .	37
El rapto . . . . .	39
La princesa cautiva . . . . .	40
Epitafio . . . . .	42
El azor vuela . . . . .	44
<b>EL ALFÉREZ Y LA MORISCA</b> . . . . .	<b>47</b>
Telde... . . . .	49
Las moriscas . . . . .	51
Los cristianos viejos . . . . .	54
El bautizo . . . . .	56
Malos vientos . . . . .	58
Río de Oro . . . . .	61
En el mar . . . . .	63
El recuerdo . . . . .	67
<b>LA HERENCIA DEL CANÓNIGO</b> . . . . .	<b>69</b>
Cuando llueve . . . . .	71
Barbas y bigotes . . . . .	73

	<u>Págs.</u>
La perilla de don Pedro . . . . .	75
El legado . . . . .	77
Los tiempos nuevos y la leyenda . . . . .	80
<b>GUAYARMINA, PRINCESA DE GRAN CANARIA . . . . .</b>	<b>83</b>
Siete islas... . . . .	85
Los normandos . . . . .	86
Los españoles . . . . .	87
Guayarmina . . . . .	89
Un día de San Pedro Mártir . . . . .	91
El triple grito triunfal . . . . .	92
La incorporación a Castilla . . . . .	94
La boda de la infanta . . . . .	95
<b>LA CASQUIVELETA NIÑA DE BERMÚDEZ . . . . .</b>	<b>99</b>
Fueron siempre... . . . .	101
Los memorialistas . . . . .	103
Ha llegado una escuadra . . . . .	105
Escaramuzas . . . . .	107
Amor, pérfido amor . . . . .	110
... Y los memorialistas . . . . .	112
<b>LA MALDICIÓN DE FUERTEVENTURA . . . . .</b>	<b>115</b>
Fuerteventura... . . . .	117
El señor de la isla . . . . .	119
Hijos y cabalgadas . . . . .	120
El lobo y el cordero . . . . .	122
De cacería . . . . .	124
La maldición . . . . .	127
<b>SUSANA Y EL DIABLO . . . . .</b>	<b>129</b>
Viejos anaqueles... . . . .	131
Sigue el diablo . . . . .	133
El encuentro . . . . .	135
La maja y el pintor . . . . .	137
Una bruja . . . . .	139
Tempestad . . . . .	141
La sonrisa del pintor . . . . .	143
<b>UN ALMIRANTE CANARIO . . . . .</b>	<b>145</b>
Isla de la Palma... . . . .	147
Infancia y juventud . . . . .	149
La lucha contra la piratería . . . . .	153
La isla de Providencia . . . . .	155
El Mediterráneo . . . . .	157



	<u>Págs.</u>
<b>LA REVOLUCIÓN DE LOS MONAGUILLOS . . . . .</b>	<b>161</b>
Alabado sea... . . . .	163
En una muy noble y muy leal ciudad . . . . .	163
Nuestro señor el obispo . . . . .	166
Genio y figura . . . . .	167
El tercio del obispo . . . . .	169
La conspiración . . . . .	170
El gobernador y el obispo . . . . .	172
Viejos papelotes . . . . .	173
29 de abril . . . . .	175
La carrera . . . . .	177
La batalla final . . . . .	179
Sic transit... . . . .	181
 <b>LA ISLA VIAJERA . . . . .</b>	 <b>183</b>
Los cartógrafos medievales... . . . .	185
Colón y la isla encantada . . . . .	187
Las primeras expediciones canarias . . . . .	189
Exorcismos y declaraciones . . . . .	191
Un romance marinero . . . . .	194
Evocación emocionada . . . . .	198

## INDICE DE LAMINAS

	Entre páginas
Ataque del pirata Van-der-Doez a Las Palmas de Gran Canaria. (Grabado holandés: nótese los nombres topográficos equivocados) . . .	4 y 5
Santa Cruz de Tenerife . . . . .	16 y 17
La Ciudad de Las Palmas . . . . .	32 y 33
Erupción de Cahorra en Tenerife . . . . .	48 y 49
Dragonero y Aloes . . . . .	64 y 65
Trajes de naturales de las Canarias . . . . .	80 y 81
Ruinas del Palacio de los Condes de Gomore, en Garachico . . . . .	96 y 97
El Pino Santo en la Isla de Palma . . . . .	112 y 113
Caverna de los Guanches . . . . .	128 y 129
Santa Cruz de Tenerife . . . . .	144 y 145
El Pico de Tenerife . . . . .	160 y 161

ESTE LIBRO, VOL. VI DE LA  
COLECCIÓN «LA BAHÍA»,  
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN  
LOS TALLERES GRÁFICOS  
DE AGUSTÍN NÚÑEZ, EL DÍA  
25 DE ABRIL DE 1944.

# LA BAHIA

publica sólo obras de gran calidad literaria, y además, las más representativas de la literatura universal de nuestros tiempos.

## TÍTULOS APARECIDOS:

*Frank Swinnerton*: NOCTURNO

*Jacques de Lacretelle*: SILBERMANN

(Premio Fémína)

*James Hilton*: ADIÓS, MR. CHIPS

*Evelyn Waugh*: UN PUÑADO DE POLVO

(Premio Hawthornden)

*Liviu Rebreanu*, CIULEANDRA (La danza del amor y de la muerte)

*L. García de Vegueta*: ISLAS AFORTUNADAS (Retablo de vida colonial)

## DE PUBLICACIÓN INMEDIATA:

*André Maurois*: CINCO ASPECTOS DEL AMOR (3.º edición)

*Eiluned Lewis*: ROCÍO SOBRE LA HIERBA

*John Buchan*: TREINTA Y NUEVE ESCALONES, ETC., ETC.



EDICIONES AYMÁ - BARCELONA

